

Amantes Italianos

Lynne Graham

La amante del siciliano

La amante del siciliano

Entre la multitud de aeropuerto ella vio a un siciliano peligrosamente guapo…¡Él vio a su amante y madre de su hijo!

Gracias a la obstinación y las increíbles dotes de persuasión de Gianni D'Angelo, Faith se dio cuenta de que los últimos tres años de su vida habían sido una mentira. Pero su pasado era demasiado inquietante como para asimilarlo… Claro que si eso suponía continuar siendo la amante del siciliano…

Capítulo 1

Edward sonrió sin querer prestar atención a la expresión de preocupación de Faith.

-Ni se me había pasado por la cabeza que mamá nos fuera a hacer una oferta tan generosa.

Faith respiró hondo.

-Lo sé, pero...

-En realidad tiene su lógica. ¿Qué sentido tendría comprar otra casa habiendo espacio de sobra para todos en Firfield?

En ese momento anunciaron el vuelo de Edward, que se puso en pie con el maletín en la mano.

-Bueno, ya hablaremos de ello cuando vuelva.

Faith se levantó también. Era delgada y rubia, de muy corta estatura pero muy bella, con los ojos azul zafiro y la piel tersa.

-Te acompaño hasta la puerta de embarque.

Su prometido dijo que no con la cabeza.

-No es necesario. Ni siquiera sé por qué te has molestado en venir al aeropuerto -dijo con sequedad-. Solo voy a estar fuera tres días.

Edward se fue caminando y pronto desapareció entre la multitud. Faith salió lentamente de la cafetería, algo aturdida por la noticia que acababa de darle Edward. Se casaban dentro de cuatro meses y ya llevaban tres buscando casa. De pronto, Faith se dio cuenta de que por parte de Edward la búsqueda había terminado: su madre les había ofrecido compartir su enorme casa.

Era una idea espantosa, admitió Faith consternada y con culpabilidad. Ella sabía que no era muy del agrado de la madre de Edward, por mucho que se esforzara en disimularlo. La señora Benson tampoco sentía especial cariño por Connor, el hijo de Faith, que tenía dos años. Tuvo que admitir, muy a su pesar, que había sido precisamente el hecho de ser madre soltera lo que había originado el rechazo que la madre de Edward sentía por ella.

Mientras se dirigía a la salida, los ojos cansados de Faith se pasearon por la multitud. De pronto, sintió que su cuerpo se ponía en tensión y que su mirada se detenía en algo. Se descubrió observando a un hombre que se encontraba entre la gente. Se quedó paralizada mientras el corazón le golpeaba el pecho con fuerza.

Sentía un impulso tan poderoso como inexplicable que le

impedía apartar la mirada de él. Era un hombre muy alto y de piel oscura. Sus marcados rasgos de bronce eran tan llamativos que con un solo vistazo una se daba cuenta de lo guapísimo que era. Faith sintió una tensión que estaba haciendo que le palpitasen las sienes.

Llevaba un abrigo oscuro sobre los hombros de manera informal. Tenía aspecto de hombre rico y sofisticado, con un aura de elegancia que dejaba adivinar su poder. Faith sintió un sudor frío al preguntarse con miedo y confusión qué estaba haciendo.

Justo en ese momento el desconocido giró la cabeza con arrogancia y miró directamente hacia ella. Sus oscuros ojos se fijaron en ella de una manera que hizo que se sintiera incapaz de moverse. Pero, justo entonces, el nudo que sentía en el estómago la obligó a correr hacia los lavabos más cercanos y así lo perdió de vista.

Pocos minutos después, ya se encontraba algo mejor, aunque, al quedarse mirando su imagen en el espejo del baño, se dio cuenta de que todavía estaba temblando. Estaba sobre todo desconcertada por su extraño comportamiento. ¿Qué demonios le había hecho comportarse de tal modo? ¿Por qué razón se había quedado inmóvil mirando a un completo desconocido como si fuera una adolescente enamoradiza?

¿Enamoradiza? Pensó en la palabra que había elegido y se sintió incómoda, como le ocurría siempre que le venía a la cabeza algo que no consideraba propio de ella. No se encontraba bien, quizás tuviera algo de fiebre, a lo mejor era uno de esos virus que se contraen con tanta rapidez.

Tenía que haber alguna razón para que un completo extraño le hubiera inspirado tanto temor… lo único que se le ocurría era que le recordara a otra persona que ella ya conocía. Aquella explicación la puso en tensión. En seguida se reprochó el haber reaccionado de forma tan exagerada ante un incidente tan tonto.

En realidad, sabía perfectamente lo que le ocurría, sabía cuál era el motivo de tanta inseguridad. Pero era algo en lo que había aprendido a no pensar, al menos últimamente. Faith había conseguido, con mucho ahínco, eliminar de su cabeza todas aquellas cosas que la asustaban.

¿Conocería a aquel hombre? La duda la golpeó con fuerza antes de que pudiera concentrarse en borrarla de su mente. Se quedó con la mirada perdida en el vacío, horrorizada y transportada a otro mundo, un mundo propio lleno de inseguridades de las que creía haberse librado para siempre. ¿Qué había sido de todos aquellos años perdidos?

El tumulto de unos adolescentes que la empujaban le hizo volver a la realidad. Tuvo que parpadear varias veces y respirar hondo para recuperar la calma.

Al volver a la sala donde había visto a aquel hombre, le interrumpieron el paso.

-¿Milly...? -dijo con sorpresa una voz misteriosa y con acento extranjero.

Faith miró hacia arriba, muy arriba, y se encontró con unos ojos oscuros que la miraban con tanta frialdad que sintió cómo el corazón se le subía a la garganta. ¡Era el hombre al que había estado observando diez minutos antes! Se quedó helada por la sorpresa.

-¡Madre di Dio...! -el desconocido la miraba fijamente-. ¡Eres tú!

Faith lo miró sorprendida y un poco avergonzada. Dio un paso hacia atrás.

-Lo siento, pero creo que me confunde con otra persona.

-A lo mejor eso es lo que te gustaría -la miró de un modo tremendamente intimidatorio desde su imponente altura, sus ojos oscuros la observaban de tal modo que le hicieron sonrojarse-. ¡Dio! Todavía te sigues sonrojando. ¿Cómo lo haces? -preguntó con mucha, mucha suavidad.

-Escuche, no lo conozco y tengo prisa -dijo Faith entre dientes, en tono de evasiva. En el fondo, no podía evitar preguntarse si su reacción al verlo unos minutos antes no le habría dado razones para creer que quería que se acercara a ella.

-¿Que no me conoces? -repitió con sequedad-. Milly, estás hablando con Gianni D'Angelo, salir corriendo asustada o inventarte una estúpida historia no te va a sacar del agujero en el que estás metida.

-Está cometiendo un error, usted no me conoce -le dijo Faith tajante.

-No hay ningún error, Milly. Te reconocería entre mil mujeres -contestó en un murmullo torciendo su sensual boca con gesto burlón-. Así es que, si pretendías que la operación de la nariz te hiciera irreconocible, no ha funcionado. ¿Y a qué viene comportarte así? Ya tienes suficientes problemas sin necesidad de comportarte como una cría.

Faith abrió sus ojos con sorpresa.

-¿Operación de nariz? Pero...

-Tienes muchas cosas que explicar, me gustaría que tuviésemos la larga conversación que me debes en un lugar un poco más tranquilo que un aeropuerto -afirmó enérgico-. Así que salgamos de

aquí antes de que me reconozca algún periodista.

Cuando Faith intentó esquivarlo, él se puso inmediatamente en su camino.

-Po... por favor, apártese de mi camino... -tartamudeaba con una confusión y un miedo que estaban creciendo dentro de ella como una poderosa marea negra.

-No.

-Está loco... si no se aparta, gritaré.

Dio un paso atrás con sus marcados rasgos endurecidos por la incredulidad.

-¿Qué demonios te pasa? -preguntó de repente lleno de furia.

Faith aprovechó el hueco que él había dejado y salió corriendo a toda velocidad.

Una mano fuerte la agarró de la muñeca cuando solo había recorrido unos metros.

-¿Dónde te crees que vas? -le preguntó enfadado mientras intentaba tomarle la mano.

-Voy a decirle a la policía que me está molestando. ¡Suélteme!

-No seas ridícula... ¿Qué demonios te ocurre?

Faith miró a su alrededor. Solo el miedo a provocar una escena en público impidió que explotara.

-Por favor, deje que me vaya -le pidió.

Al intentar zafarse de él, le arañó la mano con el anillo de compromiso. Él le tomó la mano y estudió con detenimiento el pequeño diamante. Apretó con fuerza los labios sin color y la volvió a mirar a la cara con los ojos brillantes.

-Ahora entiendo por qué te comportas como una loca -reconoció con una violencia apenas reprimida.

En ese momento, Faith se vino abajo. Movió la cabeza de un lado a otro en busca de ayuda, las cuerdas vocales no le respondieron y solo pudo emitir una débil queja. Pero. sorprendentemente, eso fue suficiente. Gianni D'Angelo, como él mismo se había llamado, le soltó la mano como si de pronto le quemara, y la miró atónito.

Temblando como un flan, Faith dio un paso atrás.

-Yo no soy esa Milly que usted busca... no lo había visto en mi vida y no quiero volver a verlo...

Se marchó corriendo, con el estómago revuelto otra vez. Corrió a través del interminable aparcamiento, después aflojó el paso, agotada y sin aliento. ¡Qué loco! Mira que asustarla de esa forma solo porque se pareciera un poco a una mujer que obviamente lo había abandonado. Gianni D'Angelo. No reconocía ese nombre. ¿Y

por qué habría de hacerlo?

Pero, ¿no era extraño que aquel hombre le hubiera llamado tanto la atención en un primer momento?

A medida que sus temores crecían sin parar, el terror se hacía cada vez más real. ¡Era imposible que él la hubiera reconocido! Ella no podía ser el tipo de persona que va por ahí con un nombre falso. Ella era Faith Jennings, única hija de Robin y Davina Jennings. Quizás hubiera sido una adolescente problemática, pero eso no era nada fuera de lo normal, sus padres la habían perdonado hacía ya mucho tiempo todas las preocupaciones que les había causado en el pasado.

Media hora después, ya en su pequeño coche atascado en mitad del tráfico de hora punta, se regañó a sí misma por encontrarse en tal estado de alteración. Allí estaba ella, una mujer adulta de veintiséis años reaccionando como una jovencita asustada que corre a casa buscando la protección de sus padres.

Gianni D'Angelo tenía la mirada perdida en lo que había al otro lado del ventanal de su despacho londinense. Se extendía ante él una impresionante panorámica de las luces de la City, pero él era incapaz de verlo.

Podía notar que, incluso doce horas después, todavía se encontraba en estado de shock. También sabía que, en ese tipo de situaciones, el autocontrol era fundamental. Aun así, lo único que deseaba era golpear las paredes para intentar deshacerse de la rabia que lo estaba devorando. Había pasado tanto tiempo buscando a Milly... casi se había dado por vencido. Lo que no había previsto era que ella cometiera la tontería de fingir no conocerlo y, para añadir algo más a todas las traiciones del pasado, intentara huir de nuevo. ¿Y no se le habría ocurrido que él podía hacer que la siguieran?

Milly, para él siempre había sido Ángel... De repente, Gianni se vio invadido por una oleada de recuerdos que, después de tres años intentando erradicarlos de su memoria, todavía le destrozaban las entrañas. Recordó a Milly saliendo de una tarta de cumpleaños vestida de ángel y tropezando con su propia ropa. Era increíblemente bella, pero también muy torpe cuando se ponía nerviosa. Milly le dejó saborear por primera y única vez en su vida lo que podía ser un hogar...

Y a él le encantó, ¡qué estúpido! Gianni cerró los puños con fuerza y rabia. Quería castigarse por acordarse solo de las cosas agradables; se obligó a recordar el momento en el que encontró a su Ángel, embarazada, en la cama con Stefano, su hermano pequeño.

Aquello le proporcionó un enfoque diferente de la vida hogareña y de familia. Hasta aquel momento, en el que descubrió la amarga verdad, no había sido consciente de cuánto había confiado en ella. Así pues, en vez de pedirle que se casara con él, como había planeado, lo que hizo fue largarse con otra. ¿Qué otra cosa podía hacer en tales circunstancias?

Habría querido matarlos a los dos. Por primera vez pudo entender el porqué de los crímenes pasionales. Las dos únicas personas a las que había dejado acercarse a él lo habían traicionado. Un muchacho de diecinueve años y una chica solo un par de años mayor que él. La diferencia de edad siempre estuvo ahí, pero él había estado demasiado ciego para admitirlo; ahora lo veía claramente, aunque le provocaba una enorme amargura. Naturalmente, Stefano la adoraba, todo el mundo adoraba a Milly.

Milly lo llamaba todos los días con cualquier pretexto y nunca dejaba de repetirle cuánto lo quería. Pasó mucho tiempo sola. El trabajo siempre fue lo primero para él, pero nunca le prometió nada que no fuera a darle. Siempre fue sincero con ella, incluso fiel. ¿Cuántos hombres solteros en sus circunstancias eran totalmente fieles a su amante?

Al oír la puerta, Gianni se dio la vuelta y centró su atención con impaciencia en la visita de Dawson Carter, su jefe de seguridad en Londres. Su hijo, pensó de pronto con satisfacción... Milly debió de tener el niño. Y, pasara lo que pasara, iba a utilizar a ese niño para llegar a Milly. Quisiera o no, Milly iba a volver con él...

-¿Y bien? -preguntó sin disimular su ansiedad.

Dawson estudió el aspecto de su jefe, un hombre increíblemente rico e implacable, y empezó a sudar. Gianni D'Angelo dirigía una de los más grandes e importantes empresas de componentes electrónicos del mundo. Tenía treinta y dos años y había llegado hasta allí desde la nada. Era un hombre fuerte, astuto y tremendamente hábil para los negocios. No le gustaba que lo decepcionaran y toleraba aún menos las intrigas.

-Si esa mujer es Milly Henner... -empezó a explicar Dawson con cautela.

-¿Qué quiere decir «si»? -replicó Gianni con incredulidad.

Dawson torció el gesto.

-Gianni... si es ella, ahora utiliza otro nombre y ya lleva mucho tiempo haciéndolo sin ningún problema.

-¡Eso es una locura, es imposible! -afirmó Gianni rechazando la noticia.

-Hace tres años encontraron a Faith Jennings en la cuneta de

una carretera de Cornwall. Estaba gravemente herida y no llevaba ningún tipo de identificación. La habían atropellado y el conductor se había dado a la fuga. La policía cree que la robaron después del accidente.

-¡Dio! -exclamó Gianni afectado por el relato.

-Estaba embarazada cuando tuvo el accidente -confirmó Dawson-. Y sí que tuvo el bebé.

Gianni quedó sobrecogido, le brillaban los ojos llenos de impaciencia.

-Por tanto, el niño debe de tener dos años y medio, ¿no? ¿Es un niño o una niña?

-Es un niño, se llama Connor y hará tres años en mayo. Nació antes de que la madre saliera del coma en el que quedó tras el accidente.

Gianni se tapó los ojos con las manos para ocultar los sentimientos que estos revelaban y reflexionó unos segundos sobre lo que acababa de oír.

-Entonces... -murmuró sin hacer gesto alguno-. Explícame cómo es que ahora Milly Henner tiene otro nombre.

-Estuvo mucho tiempo sin poder hablar, pero parece ser que llevaba una extraña pulsera. Había sufrido muchos golpes en la cara, por lo que tuvieron que hacerle la cirugía -por primera vez desde que trabajaba para él, Dawson vio estremecerse a su jefe, le impresionó enormemente ver aquella insospechada muestra de sensibilidad-. Así es que, lo primero que hizo la policía fue dar a la prensa una foto de la pulsera. En seguida la identificaron como una joven que se había ido de casa a los dieciséis años. Sus padres así lo confirmaron.

-¡Pero si los padres de Milly habían muerto! -lo interrumpió Gianni bruscamente.

-Gianni, ella nunca ha vuelto a recuperar la memoria tras el accidente, es totalmente amnésica.

-¿Totalmente amnésica? -preguntó Gianni reclamando una explicación.

-Es bastante extraño pero a veces ocurre -aseguró Dawson-. He hablado con una enfermera del hospital donde estuvo ingresada; todavía la recordaba. Cuando por fin volvió en sí, tenía la mente totalmente en blanco y cuando sus padres se la llevaron a casa seguía sin saber nada más de su pasado que lo que le habían contado. Tengo la sensación que ellos no la animaron precisamente a que se sometiera a otro tratamiento. Los médicos estaban furiosos por la intervención de los padres, pero no podían actuar en su

contra.

-La gente normal no se lleva a una extraña a casa y la trata como a su hija durante tres años -intervino Gianni con excesiva sequedad.

-Por lo visto los padres no habían sabido nada de su hija en siete años, pero aun así, estaban totalmente convencidos de que la chica de la pulsera era su hija desaparecida.

-¿Siete años?

-La policía intentó comprobar los informes de su dentista, pero habían desaparecido en un incendio y todo lo que el dentista jubilado recordaba era que la joven tenía buena dentadura, al igual que la chica que estaba ingresada en el hospital. Es una historia famosa en la ciudad donde vive ahora Faith Jennings, el milagroso regreso a casa.

-No fue un regreso, ni milagroso ni nada... ¡La del aeropuerto era Milly! Siete años... -murmuró Gianni sin dar crédito a lo que acababa de escuchar-. ¡Y Milly en coma indefensa ante unos secuestradores!

Dawson se aclaró la garganta.

-Los padres son gente respetable, son una familia acomodada. El padre es propietario de una pequeña planta de ingeniería. Si hubo algún error, no fue intencionado, sino debido seguramente al deseo de unos padres por recuperar a su hija.

A Gianni no le convencía la explicación.

-Puede que fuera así mientras Milly estaba enferma, pero cuando empezó a recuperarse tuvieron que empezar a sospechar la verdad, ¿por qué no hicieron nada? -preguntó en voz baja pero con furia-. ¿Y qué hay del prometido?

-Se llama Edward Benson. Tiene treinta y ocho años y es contable.

Gianni se apoyó en el borde de la mesa como para tomar impulso para atacar.

-Un contable -se burló entre dientes.

-Parece ser que es el segundo de abordo en la empresa del padre de ella. Hay rumores de que el matrimonio es parte de un trato de negocios.

-Resérvame una habitación en un hotel de la ciudad -exigió Gianni con frialdad, había borrado de su rostro cualquier emoción, tenía los ojos amenazadores y fríos como el hielo-. Creo que ya va siendo hora de conocer a mi hijo. Y eso va a levantar algo de revuelo, ¿no crees?

Dawson intentó no pensar en la llegada de Gianni con todo su séquito y su flota de limusinas a una pequeña ciudad... y en esa

mujer que, contra toda lógica, había osado olvidar su relación con uno de los magnates más ricos e influyentes del mundo. A mucha gente le esperaba una buena sorpresa...

-Así es que lo único que tienes que hacer es decirle a Edward que te niegas a vivir con su madre.

Louise Barclay rió al ver la expresión de angustia en el rostro de Faith.

Era una pelirroja con los ojos verdes y el rostro lleno de pecas que aparentaba tener veintitantos, pero pasaba de los treinta y tenía dos hijos adolescentes.

-Faith, a veces eres más tonta -bromeó Louise.

-Eso no es cierto.

-Sí que lo es, cuando se trata de tus necesidades. Dedicas toda tu energía a hacer feliz a los demás. ¡Vives la vida que ellos quieren que vivas! Tus padres se comportan como si tu cuerpo y tu alma les pertenecieran, y Edward no es muy diferente a ellos -dijo Louise, exasperada.

Faith se sintió violenta. Louise era su mejor amiga y su socia, pero no comprendía el sentimiento de culpabilidad que sentía en relación con sus padres.

-No es eso, es que... -intentó explicarse Faith.

-Sí es eso -Louise observaba cómo Faith preparaba un precioso ramo para entregar a domicilio-. Siempre te veo luchar para ser todo lo que los demás quieren. Querías ser jardinera, pero tus padres no deseaban que lo fueras, así que, aquí estás en una cursi floristería.

-Lo mismo que tú -respondió Faith riéndose.

-Pero esto sí es lo que yo quería hacer. Si no tienes cuidado, acabarás viviendo con mamá Benson. Sin que Edward se dé cuenta, ella hará que tu vida familiar sea muy conflictiva -vaticinó la pelirroja con convicción-. ¿Crees que no he notado lo nerviosa y callada que estás desde que Edward te dio la noticia anteayer?

Faith miró hacia otro lado. Por una vez Louise estaba errando el tiro. No le había contado a nadie el incidente del aeropuerto, pero no podía quitárselo de la cabeza. A su madre no le gustaba que le recordaran que su hija era amnésica y se enfadaba cada vez que ella mencionaba esa parte del pasado. Su comportamiento era comprensible: después de marcharse de casa, Faith no se puso nunca en contacto con sus padres para que no se preocuparan.

¿Cómo pudo ser tan egoísta como para no llamar a casa ni una sola vez para decir al menos que seguía viva? Aquel sentimiento de

culpabilidad había provocado en Faith la necesidad de hacer todo lo que estuviera en su mano para satisfacer a sus padres y compensarlos así por todo lo que les había hecho pasar.

Era consciente de que sus padres veían aquellos años como una caja de Pandora que era mejor mantener cerrada a cal y canto. «Empezar de cero». Era lo que le habían repetido sus padres todo el tiempo al principio de su convalecencia. Quedaba implícito que su incapacidad para recordar esos años podía suponer una bendición. Por tanto, Faith se concentró en intentar recuperar los recuerdos de la infancia. Estudió con ahínco los álbumes de fotos de esa niña querida y mimada que se convirtió en una adolescente regordeta, de desafiantes ojos azules y maquillaje que parecía pintura de guerra. Debido a su complejo de peso, cuando era adolescente detestaba las fotos, por eso había muy pocas con más de doce años.

También fue a los centros en los que estudió, habló con los profesores, paseó por la ciudad donde creció y visitó a muchos de sus compañeros del colegio, siempre con la esperanza de que su cerebro reaccionara y reconociera algo que le fuera familiar.

-Hay algo más que te preocupa aparte del empeño de Edward de volver a su casa materna -afirmó Louise con una perspicacia repentina.

El silencio se hizo insoportable. Faith respiró hondo y se decidió a hablar.

-Un hombre se me acercó el otro día en el aeropuerto. Era muy persistente, insistía en que me conocía, pero con otro nombre:... Milly -solo con recordar el incidente Faith se rió con nerviosismo, pero las palabras siguieron fluyendo de su boca-. A lo mejor tengo una doble por ahí. Es una tontería pero me dio miedo.

-¿Por qué te dio miedo?

Faith apretó fuertemente las manos en un esfuerzo por disimular el fuerte temblor.

-Verás... para serte sincera, ese hombre me llamó la atención desde el principio, no podía dejar de mirarlo -la vergüenza hizo que le temblara la voz.

-O sea, que estaba intentando ligar contigo. Cuéntamelo todo -pidió Louise con curiosidad-. ¿Por qué exactamente no podías dejar de mirarlo?

-No lo sé. Era muy, muy guapo -admitió Faith al tiempo que se sonrojaba-. Al principio pensé que me había visto mirándolo y eso lo había animado a acercarse, pero después cuando lo pensé... no creo que fuera así.

-¿Por qué no? Daría igual que llevaras un vestido hasta los pies y

que te peinaras como una novicia, tu belleza no pasaría desapercibida.

-Ese hombre estaba enfadado conmigo... quiero decir... con esa mujer... Milly -se corrigió Faith inmediatamente-. La acusaba de haber huido. Se quedó perplejo cuando le dije que no la conocía y amenacé con avisar a la policía.

-Sí que era persistente -ahora Louise estaba más sería.

-Dijo que se llamaba Gianni D'Angelo... pero ese nombre no me dice nada.

Louise se había puesto muy derecha y miraba con incredulidad.

-Repite ese nombre.

-Gianni D'Angelo.

-¿Tenía aspecto de tener mucho dinero?

-Iba muy bien vestido.

-Gianni D'Angelo es el propietario de Macro Industries. Un magnate de las empresas de alta tecnología. Mi ex marido hizo una campaña publicitaria para una de sus empresas. ¡Si llego a saber que un apuesto millonario estaba por el aeropuerto intentando ligar, me habría llevado el saco de dormir para hacer guardia hasta que se tropezara conmigo!

-No puede ser el mismo hombre -decidió Faith-. Debí de entender mal el nombre.

-¡O a lo mejor alguna vez tuviste una vida de lujo y te codeabas con los ricos y famosos! -se burló Louise entre risas-. Faith, creo que un loco intentó ligar contigo.

-Seguramente -asintió Faith.

Con gran alivio Faith decidió olvidarse del asunto por completo. Como había planeado unos días antes, llamó al agente inmobiliario para que le enseñara de nuevo la que pensaba era la casa de sus sueños.

Lo cierto era que Edward no había visto del mismo modo aquella casa victoriana dejada de la mano de Dios. Sabía que tenía que explicarle a su prometido las razones por las que no quería vivir con su suegra. Quizás entonces estuviera un poco más dispuesto a ver aquella casa con otros ojos.

Estaba situada a las afueras de la ciudad, rodeada por un precioso jardín separado de la carretera por unos enormes setos.

Una vez allí, Faith abrió la puerta principal y entró al vestíbulo. Había un fuerte olor a cerrado, por lo que dejó la puerta abierta de par en par con el fin de que entrara el aire de la mañana. Dio un paseo por las habitaciones abandonadas y por fin llegó al invernadero, que todavía conservaba parte de su encanto. Edward

dijo que habría que demolerlo.

El débil sonido de unos pasos no consiguió sacar a Faith de su abstracción. Se dio la vuelta pero sin esperar ver a nadie. Así es que el susto fue colosal cuando al girar la cabeza se encontró con Gianni D'Angelo en el umbral de la puerta. Se le escapó un grito ahogado, el rostro se le quedó lívido.

-Solo quiero hablar contigo. No quería presentarme en la tienda, ni en tu casa. Al menos aquí estamos solos en terreno neutral -mientras hablaba hacía un gesto tranquilizante con las manos, pero no surtió ningún efecto-. Tranquila, no me voy a acercar más a ti, no quiero asustarte. Solo quiero que me escuches.

Faith se encontraba paralizada y, en ese estado, era completamente incapaz de escuchar. Se puso a temblar. Tenía la atención fija en él; absorbiendo hasta el más mínimo detalle de su aspecto: pelo negro muy corto, pómulos marcados, nariz clásica, la boca perfectamente dibujada y la fuerza arrolladora que se reflejaba en cada uno de sus rasgos.

El traje gris destilaba estilo y obviamente era carísimo. Se amoldaba a sus anchos hombros, acentuando las líneas de su cuerpo musculoso y tremendamente masculino.

-Por... por favor -consiguió decir ella tartamudeando.

-¡Por Dios! -exclamó él cortante-, ¿Cuándo te has convertido en ese manojo de nervios siempre al borde de la histeria? Bueno, te voy a enseñar una prueba que demuestra que nos conocemos.

-¡No quiero haberlo conocido! -dijo Faith con toda sinceridad-. ¡Quiero que se vaya y me deje en paz!

Él sacó algo del bolsillo y se lo mostró a ella.

Faith lo miró fijamente pero no podía acercarse a verlo de cerca, parecía una fotografía.

-Esta eres tú hace unos tres años -explicó enérgicamente-. Si te acordaras de algo, ahora estaríamos a punto de tener una buena pelea,

-¿Una pelea? -susurró Faith con debilidad.

-Aquel día me acerqué a escondidas con la cámara. Tú te pusiste furiosa y me hiciste prometer que rompería la foto, pero te mentí. Me temo que es la única foto tuya que tengo -entonces se agachó y le lanzó la foto haciendo que se deslizara por el suelo.

Se quedó a medio metro de Faith y ella la miró unos instantes sin moverse. Tenía los ojos abiertos de par en par. En la foto vio a una chica delgada, con los pechos desnudos, era su cara, sus ojos, su boca... sus pechos. ¡No quería ser esa chica descarada! La sorpresa la sacudió de arriba abajo.

-Quedármela fue un gesto típicamente masculino -admitió Gianni toscamente.

Faith emitió una especie de queja entre los labios apretados. Le daba vueltas la cabeza, lo veía todo borroso y le flaqueaban las piernas. Entonces, la arrastró una oscuridad absoluta y se desmayó.

Gianni la tomó entre sus brazos antes de que cayera al suelo.

Capítulo 2

Cuando volvió en sí, Faith se sentía aturdida. No paraba de parpadear intentando agarrarse a la realidad.

Por fin consiguió ver algo con total claridad: esa cara morena y esos ojos casi dorados que atrapaban su atención y la dejaban paralizada. Ni siquiera podía respirar con normalidad.

Se estremeció desconcertada al notar lo que estaba sintiendo en los pechos y cómo sus pezones reaccionaban endureciéndose. No podía respirar, ni hablar, ni pensar. Su cuerpo estaba cobrando vida propia y ella era incapaz de controlarlo.

«Gianni... Gianni», una voz sin aliento que apenas reconocía como suya suplicaba dentro de su cabeza. Sin ser consciente de sus movimientos levantó la mano y buscó a tientas su fuerte barbilla...

Los ojos de Gianni tenían un brillo helador. Entonces, él rompió el hechizo del momento al mover la cabeza poniéndola fuera de su alcance a la vez que la miraba con desdén.

-Cuando quiera acostarme contigo, ya te lo haré saber. Mientras tanto, mantente alejada.

Sus palabras fueron tan demoledoras, que devolvieron a Faith a la realidad de un golpe. Según se incorporaba en la silla de mimbre en la que había estado recostada, se le vino a la cabeza todo lo que había sucedido justo antes de desmayarse. Cerró los ojos con fuerza, incapaz de enfrentarse a la fría mirada de Gianni.

Recordó el desdén con que la había mirado y aquellas humillantes palabras de rechazo. Recordó también lo que había provocado esas crueles palabras. Se sintió avergonzada al recordar el ansia que se había apoderado de ella justo en el momento de recuperar el sentido y verlo tan cerca. Esa poderosa sensación confirmaba todo lo que ella sospechado sobre ese lado de su naturaleza.

Abrió los ojos de golpe al oír unos pasos que se acercaban y se quedó boquiabierta al ver en la puerta a un hombre de uniforme que le ofrecía un vaso de brandy. Gianni despidió al hombre con un gesto autoritario y puso el vaso en las manos de Faith.

-Bebe. Estás más blanca que la pared -le ordenó tajante.

-¿De dónde han salido ese hombre y esta bebida? -preguntó perpleja.

Gianni frunció el ceño como si ella hubiera preguntado una

estupidez.
-Cuando te desmayaste. Llamé a mi chófer al teléfono del coche y le dije que te trajera un brandy.
Faith asintió mientras lo observaba. ¿Su coche tenía mueble bar? Debía de ser un coche enorme. La sensación de irrealidad aumentó aún más. El abismo que los separaba parecía inmenso. Según le había dicho Louise. Gianni D'Angelo era un rico y poderoso empresario Y. desde luego esa era la imagen que daba. ¿Qué clase de relación podría ella haber tenido con un hombre así? De pronto pensó que prefería no saberlo.
-Bébete el brandy -ordenó Gianni con ligera impaciencia.
-Yo... casi nunca bebo alcohol.
-Vaya, cuando yo te conocí no eras precisamente abstemia -la informó Gianni sin titubear.
Sorprendida ante su respuesta Faith dio un sorbo. Sintió cómo aquel fuego líquido le recorría la garganta y la quemaba por dentro. Tragó con fuerza y respiró hondo.
-Bueno, parece que es cierto que nos conocemos. Quiero que me devuelva la foto -añadió tan pronto como recordó la visión de aquella imagen de sí misma y se dio cuenta de que ya no estaba en el suelo.
-Olvídalo; es mía. ¡Qué propio de una mujer! -gruñó Gianni con desprecio-. Solo te enseñé la foto para demostrarte que en algún momento hubo un cierto vínculo entre nosotros, ¡y ahora solo puedes pensar en esa nimiedad!
A Faith no le parecía ninguna nimiedad; aquella foto era la prueba de un pasado que prefería mantener enterrado.
-Mire, señor D'Angelo...
-¿Señor D'Angelo? -preguntó con una media sonrisa que le heló hasta los huesos-. Déjalo en Gianni.
Aquella sonrisa era una amenaza. Seguía de pie a varios metros de ella, pero seguía pareciendo un felino a punto de atacar. Era consciente de su hostilidad.
-Tú... me odias...
El se quedo helado.
El silencio invadió la habitación.
Repentinamente, se alejó de ella aún más.
-No me recuerdas... no recuerdas nada, ¿verdad?
-No -admitió afectada.
-Pensé que tendrías muchas cosas que preguntarme. Esto tampoco es fácil para mí -susurró a la vez que se acercaba a ella. Aquellos ojos oscuros la miraban Y le hacían palidecer-. He de

admitir que cuando te ví en el aeropuerto deseé estrangularte; no sabía que habías perdido la memoria. ¡Pero no me gusta que me mires como si te fuera a atacar!

Faith se sintió intimidada por la fuerte personalidad que estaba dejando entrever. Y no se encontraba con fuerzas para intentar calmarlo.

-Milly...

-Yo no me llamo así -protestó.

Él lo dejó pasar.

-Escucha... Estás asustada porque estoy haciendo que tu pequeño y tranquilo mundo se tambalee. Pero no es de mí de la que tienes miedo; tienes miedo de todo lo desconocido que yo represento.

Faith asintió tímidamente, le sorprendía la forma en la que él era capaz de ver ciertas cosas. No estaba acostumbrada a que alguien intentara ver dentro de ella y tratara de entender la que sentía.

-No quiero asustarte, pero es probable que te afecte cualquier cosa que te diga, así es que solo te contaré la más esencial.

-¿Cómo te has enterado de dónde vivo? ¿Por qué sabes que tengo amnesia? -preguntó Faith en tono acusatorio.

-Hice que te siguieran desde el aeropuerto y luego hice algunas averiguaciones.

Faith se levantó de la silla y lo miró perpleja.

-¿Por qué hiciste algo así? ¿Por qué te tomaste tantas molestias? ¿Por qué has venido hasta aquí? ¿Solo porque tuvimos una relación hace unos años?

-Estoy tratando de explicártelo. Tenía la ingenua esperanza de que empezarías a recordar ciertas cosas cuando me vieras de nuevo -confesó Gianni con risilla burlona, su inquietante rostro se puso en tensión-. Pero parece que voy a tener que seguir el camino difícil. Te aconsejo que te vuelvas a sentar.

-No -Faith se estiró con la repentina necesidad de tomar el control de la situación-. No tengo por qué pasar por todo esto si no quiero. No tengo por qué escucharte.

-Me temo que sí tienes por qué -murmuró Gianni.

-No es cierto. Solo quiero que te vayas y me dejes en paz -admitió Faith con sinceridad desoyendo la voz interior que le decía que era una cobardía. Al fin y al cabo acababa de encontrar la oportunidad que llevaba años buscando, la manera de abrir un pequeño hueco en el enorme muro que la separaba de su pasado. Pero le daba miedo lo que pudiera ver a través de ese hueco, era por eso por lo que estaba dejando pasar la oportunidad.

Gianni D'Angelo la estudió con una intensidad inquietante, con los ojos brillantes y entreabiertos.

-No puedo marcharme. Me has preguntado por qué he venido y te lo voy a decir. Es muy sencillo. Cuando desapareciste de mi vida estabas embarazada de mí...

Faith sintió cómo le zumbaban los oídos. Lo miró con la boca abierta al darse cuenta de que ese tranquilo mundo que él había mencionado con sarcasmo se estaba tambaleando.

-Connor es hijo mío -anunció Gianni con calma.

El suelo empezó a moverse bajo los pies de Faith. Tenía los ojos perdidos en el vacío.

Cuando empezó a tambalearse, Gianni se acercó. Le puso una mano en la espalda para ayudarla a recuperar el equilibrio y la llevó fuera del invernadero.

-No, no vuelvas a desmayarte. Te voy a sacar de toda esta humedad, los dos necesitamos aire fresco.

La luz del sol que vio al salir de la casa parecía tener una fuerza inusual para esa época del año.

-No... pero... Connor... Es imposible… ¡Tú no!

Sin prestar atención a sus protestas, Gianni la llevó hasta un viejo banco y le hizo sentarse con una suavidad sorprendente. Se agachó a sus pies y le tomó las manos temblorosas.

-No había otra forma de decírtelo. De verdad estoy intentando impresionarte lo menos posible.

Ese último susto la había dejado temporalmente incapaz de responder. ¿Cómo podía decir que esa bomba era una impresión mínima? ¿Podía haber algo más impactante que lo que ya le había dicho?

-Me duele mucho la cabeza -farfulló como un niño pidiendo compasión.

Gianni le apretó las manos entre las suyas.

-Lo siento, pero te lo tenía que decir. ¿A qué te crees que he venido? ¿Por qué crees que me he pasado tres interminables años tratando de encontraros a los dos? -le preguntó emocionado.

Faith lo observó algo atontada. Ese era el padre de su hijo. ¿Cómo no había considerado esa posibilidad? Pero ya sabía por qué no lo había pensado siquiera, Connor podría haber sido hijo de cualquiera.

Hubo un tiempo en el que quiso saber quién era el padre de su hijo, pero cuando se lo confesó a sus padres se dio cuenta de lo violentos que eso les hacía sentir. Cuando cuestionó su actitud ante algo que para ella era crucial, ellos ni siquiera quisieron expresar

con palabras lo que opinaban.

Temían que ella hubiera sido promiscua, que no supiera con seguridad quién la había dejado embarazada. Le dolió mucho darse cuenta de que sus padres sospechaban cosas tan oscuras de un pasado que ella era incapaz de recordar.

-Puede que el padre de mi hijo me quisiera, ¡a lo mejor ahora está buscándome! -había dicho entre sollozos intentando defenderse.

-Si tanto te quería, ¿por qué ahora estás sola? ¿Por qué no se puso en contacto con la policía cuando desapareciste? ¿Por qué no ha venido aquí a buscarte? Seguramente sabía al menos dónde vivían tus padres, aunque tú no estuvieras en contacto con nosotros últimamente, ¿no habría intentado comprobar si estabas aquí?

Al enfrentarse a tantas dudas que no sabía contestar, Faith acabó por abandonar la idea de que el niño fuera fruto de una relación estable. Desde ese día intentó aplacar su curiosidad y se resignó a pensar que Connor había sido el resultado de un encuentro casual. No obstante esa sospecha no hizo más que desencadenar temores mayores. Leía tantas cosas horribles sobre lo que una adolescente sin dinero podía llegar a hacer para sobrevivir...

-Milly... -le susurró Gianni agarrándola por los hombros.

-Ese no... no es mi nombre -afirmó temblorosa.

Él levantó las manos y se las puso en las mejillas, lo que hizo que ella temblara aún más por sentirlo tan cerca.

-Pero ese es el nombre por el que yo te conozco -murmuró suavemente.

-Por favor suéltame...

-Estás temblando como un flan.

Advirtió que llevaba razón. Sin darse cuenta, le puso las manos en el pecho, inmediatamente notó el calor que él desprendía y tuvo que retirar las manos a punto de perder el equilibrio ante la necesidad de alejarse de él. Aun así podía sentir su aroma: limpio, cálido y con una carga de masculinidad que Edward no tenía. Edward siempre olía a jabón. «¡Dios, Edward!», oyó una voz que gritaba dentro de ella.

Volvió a emitir una queja. Se tapó la cara con las manos temblorosas para ocultar la desesperación que sentía. Amaba a Connor más que a su propia vida y allí estaba su padre para reclamar sus derechos, ¿a qué otra cosa si no iba a haber ido?

-Permíteme que te diga algo... -la forma de hablar de Gianni sonaba amenazadora pero por alguna razón no la asustó-. ¡Tres años lejos de mí te han convertido en un desastre! Te voy a llevar al

hotel conmigo y voy a hacer que te vea un médico.

Gianni la condujo hacia el coche mientras ella intentaba reaccionar, pero él actuaba con demasiada rapidez; según decía algo, lo hacía. Miró la limusina plateada con la boca abierta y vio cómo el chófer le abría la puerta trasera y la invitaba a entrar.

-¡No puedo ir a tu hotel!

Gianni la ayudó a entrar en el coche con extrema delicadeza y se sentó a su lado, en el asiento de cuero. La puerta se cerró tras ellos.

-¡No voy a ir a ningún sitio contigo! -protestó Faith con nerviosismo-. Tengo que volver a la tienda.

-Estoy segura de que tu compañera se las puede arreglar sin ti un par de horas.

-Tengo que ir a recoger a Connor a la guardería... ¡ah, no!... Se me olvidaba que hoy no tengo que ir -mintió torpemente-. Se iban de excursión y no volvían hasta...

-Vamos, no podrás esconder a Connor de mí. Cuando quiera conocer a mi hijo, lo haré, pero no lo voy a hacer mientras tú estés todo el tiempo a punto de ponerte histérica.

El parecía verla por dentro y eso le daba miedo.

-No estoy a punto de ponerme histérica. Oye, el coche... la casa... no he cerrado.

Gianni le enseñó las llaves.

-He cerrado yo cuando hemos salido. Si me das las llaves de tu coche, haré que te lo lleven al hotel, tú no estás en condiciones de conducir.

Faith lo miró como embrujada y le dio las llaves. Era como un tornado que la arrastraba cada vez más lejos, enterrándola entre el polvo. Y era muy frío, muy, muy frío. Había intentado tranquilizarla, le había tomado las manos haciendo un esfuerzo para que ella viera que entendía por qué estaba tan destrozada. Pero nada de eso había funcionado. ¿Por qué? En él no había ningún calor humano. Incluso sus preciosos y brillantes ojos eran heladores.

En mitad de su confusión pensó en que Connor tenía los ojos un poco más claros pero su piel tenía ese mismo tono dorado, incluso en invierno. Quizás estaba mintiendo al decir que era el padre de Connor. Pero un hombre tan poderoso como Gianni D'Angelo no iba a perder el tiempo en demostrar algo así sin estar totalmente seguro.

Las ideas más dispares se agolpaban en la cabeza de Faith. ¡Habían dormido en la misma cama!, tuvo que moverse para no tener que cruzar ni una mirada con él. Había utilizado su bañera. Era imposible que ella hubiera tenido en algún momento un baño

tan lujoso como el de la fotografía. Sin embargo él había evitado todo el tiempo utilizar la palabra relación para describir lo que los había unido en el pasado. «Un cierto vínculo», esas habían sido sus palabras exactas. ¡Qué forma tan rara de denominar su... su ¿que?

No había sido una aventura, ni tampoco una relación. ¡Dios! ¿Habría sido solo una aventura de una noche? ¿O quizás algo aún peor? No, no. Rápidamente descartó una sospecha tan melodramática. Si hubiera sido una prostituta, él no habría podido estar seguro de que el niño era suyo. Faith no podía creer las cosas que se le pasaban por la cabeza. Era como si de pronto alguien le hubiera abierto el cerebro para que dejara fluir todas las preocupaciones que la habían atormentado durante tanto tiempo.

En completo silencio Gianni sacó un vaso del mueble bar del coche y sirvió otro brandy que puso en sus manos temblorosas.

¿Es que ella bebía mucho cuando se conocieron? Se llevó el vaso a los labios y notó el frío del cristal. La pesadilla continuaba. ¿Qué quería él de ella? Tenía demasiado miedo para preguntarlo, sentía un pánico que le impedía tener una conversación racional.

Ni siquiera se había fijado en el camino que había tomado la limusina hasta que al salir del coche vio que estaban en un lujoso hotel situado a unos cuatro kilómetros de la ciudad. Lo conocía porque había cenado allí el día de su veintiséis cumpleaños. Hasta a su padre, que era aficionado a ciertos toques de sofisticación, le sorprendió el precio de la cena.

-No quiero entrar ahí... llévame a casa. No me encuentro bien.

-Te puedes echar un rato -le aseguró Gianni-. Y así podrás aclarar un poco tus ideas.

-No me estás escuchando.

-Es que no estás diciendo nada que quiera escuchar.

-¿Alguna vez lo he hecho? -dijo Faith en un susurro al mismo tiempo que entraban en el ascensor.

-No me acuerdo -respondió sin hacer la el mínimo gesto.

Le dio un vuelco el estómago, ¿se estaba riendo de ella?

Gianni la miró desde su imponente estatura. Torció la boca.

-Me imagino que en realidad no quiero acordarme. En este momento no tiene ninguna importancia.

Faith estaba aturdida y sentía que le flaqueaban las piernas.

Al salir del ascensor se encontraron en un recibidor enmoquetado donde había una sola puerta. Gianni puso su fuerte mano en la espalda de Faith.

-No quiero estar aquí -dijo ella de nuevo.

-Lo sé, pero es que tengo la costumbre de conseguir lo que

quiero -la condujo a una suite muy espaciosa. Cerró la puerta y sin dudarlo un instante la levantó del suelo.

-¿Qué estás haciendo? -protestó ella.

-Deberías haber rechazado la segunda copa, aunque quizás te haya hecho un favor, el alcohol ha tenido un efecto relajante -entró en otra habitación y la dejó sobre una enorme cama-. El médico llegará en unos minutos, lo he hecho venir desde Londres.

-No necesito ningún médico.

Sin prestarle demasiada atención, Gianni salió de la habitación dejando la puerta entreabierta.

Al poco tiempo llegó el médico, era un hombre delicado, de mediana edad. Si le dijo cómo se llamaba, no era capaz de recordarlo; le resultaba totalmente imposible concentrarse, estaba demasiado cansada, le suponía un esfuerzo extremo intentar responder a sus preguntas...

Gianni observó a Milly mientras dormía. Muy a su pesar, estaba sintiendo mucha pena por ella; tenía un aspecto tan frágil, realmente frágil. En ese instante, Milly le parecía una pieza de delicada porcelana a la que alguien había hecho una pequeña grieta. Si no tenía cuidado, se rompería en pedazos y no podría volver a recomponerla. Connor necesitaba a su madre y no sería conveniente que tuviera un ataque nervioso provocado por la crisis de identidad que estaba a punto de sufrir.

¡Parca miseria! , exclamó Gianni para sí. Le habría gustado borrar a Robin y a Davina Jennings de la faz de la tierra por haber confundido a Milly de tal manera. Ella ya no era la misma persona, era como una sombra de sí misma: alterada, nerviosa y asustada. No lo conocía de nada y sin embargo había permitido que la llevara a su habitación. Era confiada como un niño.

Por el contrario, no había nada infantil en el comportamiento de él. Debía admitir que le encantaría arrancarle aquella camisa blanca y la falda de flores que llevaba, quería también liberar su precioso pelo de esa horrible trenza. Después, la llevaría a la cama y no saldrían de allí por lo menos en veinticuatro horas.

Había tenido la esperanza de no sentirse atraído por ella, pero no era así. Sin embargo, tarde o temprano acabaría siendo así, ella era una mujer y todas las mujeres acababan aburriéndolo. Era cierto que ella nunca lo había hecho, eso tenía que admitirlo. Si no la hubiera descubierto en la cama con su hermano, se habría casado con ella. Cuando se enteró de que estaba embarazada, lo invadió su conservadora educación siciliana, basada en valores tradicionales.

Estaba dispuesto a seguirlos hasta el final: una esposa, un hijo y un hogar. Pero esa mujer había destruido su sueño y la relación con su hermano.

Había deseado tanto vengarse, que todavía entonces podía sentirlo. Había ido a Oxfordshire con la idea de vengarse. La odiaba, pero al mismo se moría de ganas de que su dulce cuerpo le hiciera olvidarse de todo. La odiaba, pero no conseguía reunir las fuerzas necesarias para hacerle daño. Odiaba a los Jennings porque lo estaban obligando a herirla. No tenía más elección que destruir el pequeño pero falso mundo que la rodeaba. Tenía que ayudarla a recuperar su vida, sin él no podría hacerlo...

Una ligera sonrisa se dibujó en el rostro de Gianni haciendo así que se deshiciera de algo de tensión. Ella era suya. Desde que la vio en el aeropuerto, había estado en un estado de constante excitación que solo conseguía controlar con férrea disciplina. Al menos por el momento, ella era intocable. Había esperado tres años; bien podía esperar un poco más. Eso sí, tenía que librarse de su prometido. ¿Cómo reaccionaría el señor Aburrido ante la noticia de que Milly no era realmente la hija del dueño? Eso supondría un obstáculo a sus deseos de subir en la escala social.

Milly se dio la vuelta profundamente dormida. Gianni se acercó a ella y, antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, desató el lazo negro que sujetaba la trenza y le acarició el pelo con los dedos. Retiró las manos inmediatamente y se quedó pensando con los puños cerrados como para defenderse de algo.

Una vez hubiera recuperado la memoria y él hubiera podido disfrutar un poco de ella, la volvería a abandonar; aunque tendría que conservar algunos derechos de visita, por el bien del niño, por supuesto. Observó cómo su precioso pelo dorado se extendía en la cama como una cascada. Bueno, tampoco pasaría nada si tardaba algún tiempo en dejarla. Al fin y al cabo, no se podía poner caducidad al placer.

-¿Ángel...?

Alguien estaba tratando de despertarla. Faith empezó a desperezarse, pero al abrir los ojos se quedó paralizada.

Gianni D'Angelo estaba allí.

-¿Cómo me has llamado? -preguntó todavía algo adormilada. Al recordar todo lo que había sucedido, intentó no pensarlo hasta reunir fuerzas suficientes.

-Milly... te he llamado Milly.

-Me llamo Faith -le dijo con tranquilidad, sin querer darle ninguna importancia a que él la hubiera conocido con el otro

nombre. Creerlo significaría tener que enfrentarse a muchas preguntas sobre su pasado para las que todavía no se sentía preparada-. ¿Por qué demonios me has traído aquí?

-Necesitabas algo de tiempo.

Faith miró el reloj asustada, era casi la una.

-Tengo que ir a recoger a Connor.

-Llama a la señora Jennings. Deberías comer algo antes de ponerte a conducir.

¿La señora Jennings? ¡Qué forma tan rara de referirse a su madre!

Al ponerse en pie e intentar recuperar el equilibrio, le sorprendió notarse el pelo suelto y despeinado sobre la cara. Se le debía de haber caído el lazo mientras dormía.

-¿Comer? Ya te he dicho que tengo que recoger a Connor.

Gianni le ofreció un teléfono móvil.

-Pídele a la señora Jennings que vaya ella hoy. Tenemos que hablar.

-No, es que...

-No puedes huir de todo esto.

«Huir de todo esto». Esa frase le hacía temblar. Miró hacia otro lado y tomó aire. Una vez más Gianni D'Angelo estaba viendo lo que había dentro de ella. Edward y sus padres siempre se conformaban con lo que había en la superficie.

¿Cómo iba a reaccionar su prometido ante la repentina aparición del padre de Connor? Mal, seguramente muy mal, tuvo que admitir Faith. Edward era un hombre muy conservador. Una vez le confesó que el hecho de ser él el único hombre en la vida de Connor le hacía más sencillo aceptarlo.

Tenía el móvil en la mano.

-¿Crees que puedes decirme lo que tengo que hacer? -le preguntó con agresividad.

-Ahora mismo serías capaz de aprovechar cualquier excusa para largarte de aquí.

La exactitud de aquellas palabras le hizo sonrojar. Se dio la vuelta para mirarlo a la cara.

Como una bofetada en la cara, vio en ella calma y el autocontrol que ella tanto anhelaba.

-Comeremos en cuanto termines de llamar.

Le rechinaron los dientes. No podía aguantar por más tiempo toda la hostilidad que llevaba dentro.

-Lo cierto es que no me gustas nada.

Gianni se quedó quieto en el umbral de la puerta.

-Lo sé. La Bella Durmiente se despertó con un beso…

-Sí, pero la despertó un príncipe -Faith se quedó perpleja ante su rápido contraataque. Ella nunca discutía con nadie, era más bien la que solía calmar los ánimos.

-Si te hubiera besado, seguramente habrías gritado... bueno, a lo mejor eso es solo lo que quieres que crea -Gianni la observó con mirada burlona-. De hecho creo que tu cuerpo me recuerda mejor que tu mente.

Faith se sintió horrorizada ante tal sugerencia.

-¿Cómo te atreves?

Gianni hizo una exagerada mueca.

-Me encantaría saber cómo te las arreglas para dártelas de virgen mojigata y ultrajada siendo en realidad una madre soltera.

Faith notó cómo su rostro se ruborizaba.

-Verás, cuando algo me irrita enormemente, tengo que decirlo -le dijo antes de darse la vuelta y dejarla sola en la habitación.

En aquellos momentos Faith sentía una mezcla de rabia y desilusión. Marcó el número de su casa. Contestó su madre.

-Soy yo, lo siento pero no voy a poder ir a comer. Odio pedírtelo con tan poco tiempo, pero ¿podrías ir a buscar a Connor?

-Claro que puedo, cariño -respondió Davina Jennings inmediatamente-. Te noto nerviosa, ¿hay mucho jaleo en la tienda, o es que Louise no está? Bueno, no te preocupes. Será mejor que me vaya ya si quiero recoger a mi nieto y llegar a tiempo para hacerle la comida a tu padre.

-Gracias, mamá.

Faith colgó el teléfono y al hacerlo vio su propia imagen en el espejo. «¿Virgen ultrajada?» Sintió algo que le quemaba por dentro. ¿De verdad era esa la imagen que daba?

Durante su convalecencia, su madre solía advertirle que tenía que recuperar su reputación, que la gente se apresuraría a juzgar a una madre soltera. Además de estar en el punto de mira de las habladurías del pueblo, Faith era consciente de la preocupación de sus padres por cómo se comportaría. Sus padres eran muy discretos, pero al mismo tiempo eran figuras importantes de su comunidad y de su iglesia. Así que Faith siguió todos los consejos de su madre en cuanto a su vestuario y trabajó duro para pasar desapercibida.

Totalmente absorta, Faith tomó uno de los cepillos de plata que había en la cómoda y trató de ponerse el pelo en orden, pero no encontraba el lazo por ningún sitio. Desde luego, no había nada de mojigata en aquella rubia de la foto... y, le gustara o no, ¡esa rubia era ella! No obstante, le seguía resultando muy difícil de creer. Era

como si de pronto hubiera descubierto que tenía una gemela idéntica cuya personalidad era justo la contraria a la suya.

Después de todo, en tres largos años, Faith no había sentido la más mínima necesidad de acostarse con nadie. Sí que le habían pedido salir algunos hombres, la mayoría de los cuales, desgraciadamente, tenía una idea muy clara de cómo tenía que acabar la noche. Asqueada ante tales presiones, Faith había llegado a la conclusión de que su apetencia sexual era bastante pobre e incluso le maravillaba la mera existencia de Connor.

Edward era amigo de la familia desde mucho antes de que empezaran a salir y ella agradeció que se compenetraran tan bien en ese sentido. Su prometido no era demasiado exigente en el terreno sexual, ni se prodigaba en demostraciones de afecto. Según le dijo, prefería dejar la intimidad física para el matrimonio. Incluso le informó de que la respetaría aún más por el hecho de haber cometido «un error de juventud». Cuando se dio cuenta de que aquel «error» se refería a Connor, Faith se sintió tremendamente herida.

Volvió al salón de la suite, donde encontró a un camarero de pie junto a un carrito con comida. Gianni estaba junto a la ventana. La observó al acercarse y sintió un hormigueo en el estómago.

-Comamos -sugirió con suavidad.

Le sorprendió notar que estaba muy hambrienta. La tranquilizaba la presencia del camarero, que propiciaba una conversación superficial. Gianni le preguntó sobre los negocios y la ciudad. Su aguda inteligencia la dejaba muy atrás en temas económicos. Cualquier otro habría hablado sobre los monumentos o la historia de la ciudad, sin embargo la mente de Gianni funcionaba de forma muy diferente.

Muy a su pesar, Faith estaba fascinada. En medio de la pesadilla que estaba viviendo, Gianni D'Angelo era capaz de comportarse como si nada extraño estuviera sucediendo. Aquello era una muestra de lo inteligente y hábil que era para controlar una situación difícil.

Cuando el camarero se hubo marchado, después de servirles la comida, Faith volvió a ponerse nerviosa. Gianni la observaba con sus increíbles ojos dorados mientras a ella se le aceleraba el corazón cada vez más.

-Bueno, es hora de que hablemos de Connor -anunció él con total calma.

-¿De Connor? -protestó Faith-. ¡Todavía no puedo ni hacerme a la idea de que puedas ser su padre!

-No es que pueda, es que lo soy. Poco antes de marcharte, te hiciste una prueba para ver el ADN del niño. Sin ningún género de dudas, Connor es hijo mío.

A Faith se le escaparon el cuchillo y el tenedor de entre los dedos, para ir a caer sobre el plato con estruendo. Se quedó mirándolo atónita ante la revelación.

-No estabas seguro de... bueno, de... Quieres decir que no confiabas en mí... ¿sospechabas que podía haber alguna duda? -luchó para poder terminar de hacer una pregunta tan humillante.

El oscuro rostro de Gianni estaba inmóvil como una estatua. Se estaba arrepintiendo de haber mencionado la prueba del ADN solo para demostrarle que estaba seguro de ser el padre de Connor.

-Soy un hombre muy rico, la prueba era una precaución necesaria.

-¿Una precaución necesaria? -preguntó Faith.

-Sí, por motivos legales. Una vez comprobado que Connor es hijo mío, puede estar seguro de que, si a mí me pasa algo, él podría reclamar su herencia sin problema.

Faith asintió impresionada por el hecho de que, obviamente, Gianni ya había tomado medidas para incluir a Connor en su testamento. También se percató de que su forma de ver a Gianni había cambiado; solo tres horas antes hubiera querido que desapareciera, negaba tener cualquier necesidad de averiguar qué tipo de vínculo había habido entre ellos. Sin embargo ahora se moría por asegurarse de que los había unido una relación estable. Pero, en tal caso, no habría sido necesario llevar a cabo ninguna prueba de paternidad.

-Has dicho que estaba intentando huir de todo esto -le recordó con cierta tensión, tenía sus ojos azules clavados en los rasgos bronceados de él-. Es cierto que al principio era eso lo que quería, estaba demasiado perpleja. Pero ahora tengo un montón de preguntas que necesito que me contestes.

-Sobre nosotros -Gianni terminó la frase con suavidad-. Por desgracia creo que no sería buena idea desvelarte muchas cosas de golpe.

Faith frunció el ceño confundida.

-¿Por qué?

Gianni retiró el plato y se recostó en la silla para observarla detenidamente.

-Consulté a un psicólogo antes de venir.

-¿Un psicólogo? -Faith estaba totalmente desconcertada, se dio cuenta avergonzada de que la mala opinión que tenían sus padres

sobre los psicólogos había acabado afectándola.

-Me recomendó que, siempre que fuera posible, te enfrentaras a las cosas de una en una. Por eso quiero que nos centremos en Connor -le explicó Gianni muy despacio y con dicción clara, como si estuviera hablando con un niño a punto de tener una rabieta-. Creo que por ahora es suficiente con que aclaremos esto.

-A ver si he entendido bien -tartamudeó Faith inquieta-, ¿me estás diciendo que no estás dispuesto a…?

-A liar más las cosas y confundirte dándote información que aún no necesitas -le confirmó Gianni viendo cómo se le iban oscureciendo los ojos de rabia.

Faith retiró la silla con brusquedad y se levantó.

-¿Quién demonios te crees que eres para decirme eso?

-Por favor, siéntate y termina de comer.

Faith estaba temblando.

-Tengo derecho a saber qué papel desempeñaba en tu vida. No creo que eso sea información superflua.

-Pues yo creo que sí. Quiero hablar sobre mi hijo porque llevo tres años esperando y me gustaría conocerlo -afirmó Gianni al tiempo que le lanzaba una mirada desafiante.

-¡No vas a conocer a Connor hasta que no me digas todo lo que quiero saber! -empezó a sentir que le iba a estallar la cabeza, en parte debido a la aparición de una fuerza de carácter que ignoraba tener y que se estaba apoderando de ella por momentos, por mucho que luchara para contenerla-. ¿Qué era yo para ti? ¿Un lío de una noche? ¿Una prostituta? ¿O tu novia?

Con total calma, Gianni se acercó a ella sin mirarla a los ojos.

-No eras nada de lo que has dicho. Cara, por favor, dejemos esto para otro día -le sugirió suavemente con esos ojos tan oscuros e incisivos-. Cuando llegue el momento, te diré todo lo que quieras saber.

-¡Deja de tratarme como si no fuera lo bastante madura como para tomar mis propias decisiones! Te lo voy a preguntar una vez más antes de marcharme de aquí… ¿qué era yo para ti?

Gianni tomó aire.

-Eras mi amante.

Faith se quedó mirándolo fijamente con los ojos cada vez más abiertos y la boca también entreabierta, pero sin emitir sonido alguno. Toda la tensión que la había estado martirizando se esfumó. Ahora solo podía sentir el shock que la había dejado perdida y totalmente vulnerable. Entonces, cerró la boca y se obligó a moverse para dirigirse hacia la puerta. Una vez allí, titubeó un

segundo y volvió a cruzar la habitación para recoger su bolso. Pero no se permitió mirar a Gianni ni por una milésima de segundo.

-¿Están aquí las llaves de mi coche?

-Sí. Esto es ridículo -murmuró Gianni.

-¿Cuánto tiempo fui tu... tu amante? -consiguió pronunciar aquella palabra con gran esfuerzo.

-Dos años...

Faith se estremeció con ese segundo golpe. Tomó fuerzas y se puso recta antes de volver a dirigirse a la puerta.

-Espero que me pagaras bien por prostituirme.

En mitad de aquel silencio ensordecedor Faith giró la cabeza. Allí estaba Gianni sin mover ni un solo músculo, pero por primera vez pudo leer en su rostro sin ninguna dificultad, le ardían los ojos de furia. Algo más tranquila al ver su reacción, Faith salió de la habitación.

Capítulo 3

El leve control que Faith había conseguido reunir se vino abajo tan pronto como se encontró sola en el coche.

Se quedó un momento con la mirada perdida en el parabrisas, intentando tomar aire y tranquilizarse.

Era un hombre rico. Pertenecían a mundos diferentes. Claro, ella no podía ser su amiga, su igual. Ahora entendía por qué le había costado tanto dar un nombre a la relación que había entre ellos. Una relación que había tenido algo de comercial. Dos años. ¡Dos años! Sintió dentro de sí una angustiosa voz de condena.

Dos años. Durante dos de aquellos años que no recordaba había sido una mantenida. A cambio de sexo, seguramente él le pagaba la casa, la ropa y las facturas. Temblaba solo de pensar el tipo de mujer que era antes de perder la memoria. ¿Qué clase de mujer era esa que se hacía llamar Milly? ¿Qué más cosas humillantes le quedaban por descubrir?

Faith puso en marcha el coche haciendo un gran esfuerzo por reponerse. Gianni había dicho que ella desapareció. De acuerdo, quizás tardó mucho tiempo pero al fin se decidió a dejarlo. Seguramente planeaba empezar de cero. Y eso era precisamente lo que había hecho.

Al llegar a la rotonda que daba entrada al centro de la ciudad el dolor de cabeza que la había estado acechando empeoró tanto de repente, que se le nubló la vista. Tuvo que salirse de la carretera inmediatamente y parar en la cuneta.

Fue entonces cuando ocurrió. Como si de pronto alguien estuviera pasando diapositivas dentro de su cabeza, Vio una imagen de sí misma contestando al teléfono:

-Gianni... hace tres semanas que no te veo -decía su imagen con lágrimas en los ojos, aunque intentando que la voz no la delatara. Gianni, como cualquier otra persona obsesionada por el trabajo, detestaba que lo atosigaran.

-¿Por qué no te reservas un billete para el Concorde?

-Bueno -accedió con estudiada indiferencia a la vez que retenía las lágrimas.

-No me había dado cuenta de que hubieran pasado tres semanas -Gianni hizo una pausa y luego siguió con esa superioridad innata-. No, cara, no hace tres semanas. ¿No te acuerdas que pasé por allí la

noche antes de irme a Rio?

-Gianni, por mucho que te quiera, hay veces que me gustaría pegarte. ¡Pasaste aquí menos de cinco horas!

Entonces, tan repentinamente como había ido, la imagen se desvaneció y Faith se quedó atónita sentada al volante. Todas las sensaciones que tuvo durante su breve viaje al pasado permanecieron con ella y fueron como una revelación.

Bajó la ventanilla con mano temblorosa y respiró el aire fresco. De verdad había sucedido, esta vez sí había recordado algo. ¡Pero esa diminuta porción de su pasado era demasiado inquietante!

Lo había amado. ¡Había amado a Gianni D'Angelo! En algún momento tuvo capacidad de sentir algo tan fuerte que la devoraba por dentro. Hasta ese momento Faith nunca había siquiera soñado haber podido sentir algo así en toda su vida.

Resultaba aún más demoledor el tener que hacerse a la idea de que una vez había adorado a Gianni D'Angelo, había vivido pendiente de ese amor día tras día, lo había necesitado como necesitaba el aire que respiraba, sintiendo que sin él ella no existía...

Cuando salió de ese nuevo y terrible estado de conciencia, intentó olvidarlo por completo. Decidió que ya lo pensaría al día siguiente.

Condujo por la ciudad hasta llegar a Pétalos, la floristería que dirigía junto a Louise.

No había ningún cliente en la tienda, Louise estaba limpiando el polvo de las estanterías mientras canturreaba. Entonces se dio la vuelta y vio a su socia.

-¿Qué te ha pasado?

Faith se puso rígida, como un gato intentando defenderse.

-Nada... no me ha pasado nada.

-¿Qué te has hecho en el pelo? ¡Dios, nunca me había dado cuenta de que lo tuvieras tan largo!

-Me dolía mucho la cabeza... me duele mucho la cabeza -se corrigió con torpeza-. Lo siento, debería haberte llamado para avisarte de que iba a tardar tanto.

-No te preocupes y vete a casa ahora mismo, tienes un aspecto horrible -le dijo Louise tajantemente.

Aliviada por el consejo de su amiga, salió de la tienda y se dirigió hacia la vieja granja que sus padres compraron y reformaron cuando ella era solo una niña. Al llegar allí, el olor del barniz del porche y el sonido del antiguo reloj de pie la envolvieron y le hicieron sentirse mejor.

Connor salió corriendo de la cocina para recibirla.

-¡Mamá! -dijo alegremente.

Faith se agachó y tomó a su hijo en brazos. Lo abrazó con tanta fuerza, que el niño protestó. Aflojó los brazos rápidamente y lo besó para disculparse. De pronto sentía un amor irreprimible, pero, por primera vez, detrás de ese amor había una punzada de miedo e inseguridad.

Era un niño precioso. La combinación de pelo rubio, ojos marrones brillantes y piel dorada era del todo inusual. Pero de pronto Connor había dejado de ser solo suyo; también era el hijo de un hombre muy rico que quería compartirlo. ¿Hasta qué punto querría compartirlo?

Su madre salió también de la cocina.

-¿Te vas a tomar el resto de la tarde libre? -preguntó y luego frunció el ceño en un gesto de desaprobación-. Cariño, ¿qué te has hecho en el pelo?

-He perdido el lazo.

Davina Jennings era una mujer bajita y regordeta de pelo corto y canoso, siempre muy activa y animada.

-Deberías tomarte tiempo libre más a menudo. Cariño, pareces muy cansada.

-¿De verdad? -preguntó mirando hacia otro lado.

Hablaría con sus padres esa misma noche después de la cena, cuanto antes mejor; Gianni podría presentarse en la casa en cualquier momento. Quizás su forma de reaccionar contra Gianni no hubiera sido demasiado inteligente. Lo cierto era que le había hecho sentirse mejor, pero desde luego también habría aumentado la hostilidad de Gianni hacia ella. Al fin y al cabo, él no tenía la culpa de que ella fuera su amante. Ella era una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones.

-Bueno, Como ya estás en casa, creo que me voy a pasar por la iglesia a asegurarme de que todo está en orden para la actuación de la coral de esta noche -la informó su madre-. Ya sé que Janet Markham dijo que se encargaría de todo, pero a veces las más jóvenes del comité no son del todo fiables.

Faith sabía que su madre estaría fuera toda la tarde. A Davina le encantaba estar ocupada. Subió a su dormitorio a cambiarse mientras Connor jugaba con un camión de juguete que hacía un ruido tremendo. Cuando se hubo puesto un jersey y una falda vaquera muy cómoda, salió al jardín con el niño.

Hacía una tarde muy agradable, pero no conseguía sentirse tan tranquila Como solía hacerlo siempre que estaba en el jardín. Se

preguntaba qué sería lo próximo que haría Gianni y pensó que lo único que estaba haciendo ella era sentarse a esperar. Culpable ante tanta pasividad, fue a la cocina a llamar por teléfono. Pensó que lo más lógico era intentar concertar una cita con él para así poder hablar. Lo que menos deseaba es que se presentara allí sin avisar...

El recepcionista del hotel parecía no saber si Gianni D'Angelo estaba allí alojado o no. Aun así, le pidió su nombre y dirección antes de darle tan privilegiada información. Exasperada, Faith decidió dejarle un mensaje.

-Dígale por favor que Milly desearía verlo. Estaré... estaré en el parque a las cuatro -le dictó el mensaje con frialdad y colgó inmediatamente.

No quería dar su verdadero nombre si no era totalmente necesario. Le permitiría ver a Connor y que averiguara lo que quisiera. Tenía que tener cuidado porque era un hombre rico y poderoso que ya sentía bastante hostilidad hacia ella, así es que sería una tontería llevarle la contraria sin tener una buena razón.

Una hora después, Faith estaba llegando al parque. Allí no había ninguna limusina, por lo que dedujo que Gianni todavía no había llegado. Llevando a Connor de la mano, se dirigió hacia la zona donde estaban los columpios y el lago, siguiendo el camino que atravesaba las explanadas llenas de flores. El corazón le latía de tal modo que parecía que se le iba a salir del pecho.

De pronto vio a un hombre con un traje oscuro hablando por teléfono. Se puso muy nerviosa al percatarse de que estaba en un lugar muy solitario, a una hora en la que lo más probable era que aquello estuviera desierto. El hombre se quedó callado al cruzarse con ella. Connor se soltó de su mano y corrió hacia los columpios donde estaba el tobogán que tanto le gustaba.

-¡Mira, mamá! -gritó sin aliento al llegar, estaba radiante de satisfacción.

Fue en ese preciso instante cuando llegó Gianni, venía paseando por el mismo camino que ella acababa de recorrer. Algo muy parecido a la emoción recorrió el cuerpo de Faith y la dejó inmóvil. El hombre del teléfono estaba hablando con él, pero Gianni le hizo un gesto para que se callara porque tenía toda su atención puesta en el pequeño que se encontraba en lo alto del tobogán, agarrándose bien con sus pequeñas manos.

Mientras tanto Faith no podía apartar la mirada de Gianni. Vio cómo respiraba hondo y movía la cabeza en un gesto que casi denotaba vulnerabilidad. Observaba a Connor con tal intensidad y dulzura que hizo que Faith se estremeciera.

«¿Alguna vez me miró a mí del mismo modo?», pensó ella en un momento de debilidad. Nunca habría creído que Gianni D'Angelo pudiera sentir tanta emoción como la que estaba demostrando. Sus ojos intensos y fieros brillaban con enorme fuerza y no paraba de mover las manos con inquietud, como si no supiera qué hacer con su cuerpo.

Connor gritaba de alegría mientras se deslizaba por el tobogán una y otra vez completamente ajeno a los adultos que lo observaban.

-Es rubio... -dijo Gianni en voz muy baja pero sin mirarla ni un instante-. Por alguna razón nunca me lo había imaginado rubio.

Faith tenía un nudo en la garganta.

-Pero tiene los ojos y las cejas muy oscuros, y la piel siempre bronceada -señaló algo inquieta-. Y es muy alto para su edad, eso obviamente no lo ha heredado de mí.

-Es increíble -afirmó con marcado acento extranjero, mucho más marcado de lo que le había parecido por la mañana.

Hacía solo doce horas, pero en ese corto espacio de tiempo Gianni D'Angelo había cambiado su vida.

De repente giró la cabeza buscando los ojos de Faith.

-Me he perdido dos años y medio de la vida de mi hijo. Eso me lo debes... -murmuró con agresividad.

Faith se quedó pálida.

-Yo no lo sabía... no me acuerdo.

-Pero sí lo sabías cuando desapareciste -le recordó él sombríamente-. Ahora ve y trae a Connor para que sepa quién soy.

Ella se quedó desconcertada.

-No puedo.

-¿Por qué no? -replicó Gianni.

-El no te conoce... es demasiado pronto.

-No te me permitiré que hagas creer a mi hijo que soy un extraño. ¡Soy su padre! No creo que vaya a sufrir un trauma a su edad.

Faith lo miró con ojos angustiados. No se había preparado para tal petición. Había sido una ingenua al pensar que le bastaría con ver a Connor.

-¡Porca miseria! -exclamó de pronto con rabia a la vez que se acercaba a ella con ojos amenazadores-. ¿Es que llama «papá» a tu prometido?

Faith se alejó de él atemorizada.

-¡No, claro que no!

Gianni se tranquilizó un poco y se quedó pensativo observando a

la madre de su hijo: una figura delicada y temblorosa, el pelo, de nuevo recogido en una trenza y los ojos confundidos y asustados. Esa vez llevaba una espantosa chaqueta marrón, zapatos planos y una falda vaquera sin forma alguna; parecía una niña abandonada. Ya estaba desapareciendo el repentino ataque de rabia que le había provocado el ver a su hijo y darse cuenta de que ni siquiera sabía de su existencia. También se dio cuenta de que había algo que no había cambiado. Sin su ayuda, ella seguía siendo un auténtico desastre para elegir su vestuario; seguía dando más importancia a la comodidad que a la elegancia.

-No te preocupes, cara -susurró Gianni con tranquilidad

-No sé qué estoy haciendo aquí -dijo Faith con toda sinceridad.

-A lo mejor no era el lugar más adecuado, pero desde luego este encuentro es un paso adelante en la dirección adecuada -le explicó con tono conciliatorio. Para dar mayor fuerza a sus palabras le puso el brazo sobre los hombros después de asegurarse de que Connor seguía absorto en sus juegos-. Respira hondo y desahógate.

-Puede que me caiga redonda... -intentó bromear, pero le salió una voz demasiado tenue. Gianni la despojó del refugio que le prestaban sus brazos y, al hacerlo, Faith se dio cuenta de lo cálido y reconfortante que le había resultado. Sintió mariposas revoloteándole en el estómago.

-No si yo estoy cerca.

-De verdad no sé por qué te di un nombre falso -confesó Faith ante su propio asombro-. Me resulta muy extraño haber hecho algo así, siempre me he considerado una persona honesta.

Gianni se contuvo para no contestar de inmediato. Por supuesto, ella daba por sentado que su verdadero nombre era falso. Era lógico teniendo en cuenta que ella creía que los Jennings eran sus padres. Pero, antes de que acabara el día, tendría que hacer frente también a ese problema. Parecía ser que lo de tomarse las cosas de una en una era una tarea imposible.

-Llévame hacia donde está Connor -le pidió él.

Faith se quedó sorprendida de que no hiciera ningún comentario sobre lo que le acababa de decir, quizás no fuera el momento más adecuado para una confesión así; lógicamente, lo único que le interesaba en esos momentos era su hijo.

Empezaron a caminar hacia Connor. Faith estaba confusa pues se daba cuenta de que desde que había tenido ese recuerdo había cambiado mucho el modo de ver a Gianni, había dejado de ser un extraño, tenía demasiado presente que lo había amado. Pero no creía en absoluto que él también la hubiera amado.

Al verlos acercarse a él, Connor se quedó sentado en el columpio, esperándolos.

-¡Qué grande eres! -le dijo a Gianni, que se echó a reír, a la vez que se agachaba hasta quedarse a la altura de su hijo.

-Creo que tú también vas a ser muy grande.

-Connor... este es... -Faith se detuvo para volver a empezar una vez que el niño dirigió la mirada hacia ella-. Este es tu padre, Connor.

Connor se quedó perplejo.

-Es tu papá -repitió ella con tono más dulce.

-¿Mi papá? -dijo el niño al reconocer la palabra, estaba confundido. Entonces abrió sus grandes ojos negros y miró a Gianni maravillado-. ¿Como el de Peter?

Faith se agachó también.

-Eso es... igual que Peter tiene un papá... este es el tuyo -le explicó a su hijo.

-¿Quién es Peter? -preguntó Gianni algo confundido.

-Su amigo de la guardería -le respondió en voz baja-. Va mucho a su casa a jugar.

-¿Juegas a la pelota? -intervino Connor alborotado.

-Hace mucho que no juego -contestó Gianni relajándose un poco-. ¿Por qué no se me habrá ocurrido traer algún juguete?

-¿Juegas con coches? ¡Prooom, prooom! -preguntó Connor sacándose un cochecito del bolsillo.

-¡Me encanta jugar con coches!

Connor soltó una carcajada y le tendió los brazos para que lo levantara.

Gianni lo tomó en brazos al tiempo que se le iluminaba la cara y sus ojos oscuros comenzaban a brillar de emoción. Sujetaba a Connor con torpeza, manteniéndolo lejos de él, obviamente tenía miedo a tomarse demasiadas confianzas y estropear el momento.

Consciente de ser el centro de atención, el niño extendió los brazos imitando a un avión en caída libre.

-¡Compórtate, Connor! -ordenó Faith asustada. Al ver su error, Gianni sujetó al niño con más fuerza y más cerca de sí mismo.

-¡Papi! -exclamó Connor al tiempo que abrazaba a su padre y le daba un sonoro beso en la mejilla-. ¡Mi papi!

Faith estaba sorprendida. Incluso a tan temprana edad, su hijo había notado la diferencia entre él y su amigo Peter. Nunca lo había sospechado, siempre había pensado que era demasiado pequeño como para notar la ausencia de un padre en su vida, incluso había llegado a pensar que la presencia de su padre, el abuelo del niño,

llenaría esa ausencia. Por desgracia, Robin Jennings pasaba muchas horas trabajando y, para cuando llegaba a casa, Connor ya llevaba tiempo en la cama. Por su parte Edward encontraba excesiva la energía de un niño tan pequeño, incluso había admitido que se encontraría más relajado una vez que Connor fuera algo mayor.

Sin embargo, a Gianni le brillaban los ojos, Edward nunca había mirado a su hijo con tanto orgullo y tanta emoción. Claro que no tenía ningún motivo, puesto que Connor no era hijo suyo.

-¡Abajo! -pidió el niño.

Una vez en el suelo, Connor se puso a cuatro patas y gritó:

-¡Guau, guau!

-Esa es su imitación de un perro. Te va a enseñar todo su repertorio -explicó Faith-. Te está demostrando todo lo que sabe hacer.

-Está tan lleno de vida... es tan guapo -señaló Gianni en voz baja, agachándose de nuevo para estar cerca de su hijo, sin importarle que sus carísimos zapatos italianos se estuvieran llenando de barro.

Connor en seguida se aburrió de hacer el perro.

-¡Patos! -le recordó a su madre.

Gianni miró a Faith como pidiéndole una traducción de las palabras de su hijo.

-En el lago, le encanta mirar a los patos del lago.

El niño ya había salido corriendo hacia allí y sus padres lo siguieron. La luz del día estaba empezando a debilitarse, los árboles del camino proyectaban enormes sombras. Entonces, un hombre apareció en su camino y Faith gritó asustada.

Gianni se puso a hablar con él en italiano y fue entonces cuando ella identificó al hombre que antes había visto hablando por teléfono.

-¿Qué ocurre? -preguntó algo nerviosa cuando terminaron de hablar-. ¿Quién era ese hombre?

-Es que me sorprendió mucho recibir tu mensaje, especialmente cuando me dijeron que era de parte de «Milly» -admitió Gianni.

-Me pareció lo más discreto -explicó Faith ruborizada.

-Por desgracia, mis empleados de seguridad pensaron que era una trampa.

¿Empleados de seguridad? ¡Entonces esos hombres trabajaban para él!

-El parque está lleno de ellos, han estado una hora asegurándose de que todo estuviera en orden, les encantan estas cosas -admitió divertido.

-¿Y por qué iba a ser una trampa?

-Normalmente nadie me pide que quedemos en sitios tan públicos. Pensé que a lo mejor la prensa había conseguido averiguar algo sobre nosotros y que quizás tú hubieras recibido un mensaje parecido. La prensa del corazón daría una fortuna por una foto de nosotros tres juntos.

-¿La prensa del corazón? -preguntó asustada.

-Vamos, cara, despierta. La noticia de que Gianni D'Angelo tiene un hijo sería una exclusiva de lo más suculenta. Y tarde o temprano se acabará sabiendo. La única forma que tendría de protegerte sería manteniéndome alejado de mi hijo y no estoy dispuesto a hacerlo. No me comportaré como si Connor fuera un secreto vergonzoso.

Faith estaba horrorizada por lo que estaba escuchando. Era lógico que la prensa estuviera interesada en la vida privada de un hombre tan rico y poderoso, pero solo pensar en tal falta de intimidad hacía que se pusiera enferma. Algo así destrozaría a sus padres y ella sería la responsable una vez más.

Mientras que Connor jugaba con la arena, Faith se detuvo y se quedó descansando apoyada en un árbol.

-A ti no te importa lo más mínimo, ¿Verdad? No te importa lo que eso pueda afectarme a mí o a mi familia, tú seguirás adelante exigiendo tener libre acceso al niño.

-Soy culpable de todos los cargos -admitió tajantemente-. Ya me he visto privado de mi hijo durante suficiente tiempo.

-Eres tan insensible...

Gianni se acercó y puso una mano en el tronco sobre el que ella estaba apoyada, la miró con los ojos brillantes.

-¿De verdad crees eso? -preguntó con extrema dulzura.

Aquellas palabras provocaron en Faith multitud de pequeños escalofríos que le recorrieron la espina dorsal. Por un instante, deseó alejarse de él, pero luego ya no supo ni lo que quería. A medida que se debilitaba su sentido común, otras sensaciones mucho más físicas se apoderaban de ella.

A tan corta distancia, Gianni era capaz de hipnotizarla. Se le aceleró la respiración y la boca se le quedó seca. Una fuerte excitación se hizo con el control de todo su cuerpo. Sentía cómo se le aflojaban los músculos mientras que en los pechos sentía todo lo contrario: una enorme tensión y una sensibilidad extrema en los pezones.

Apenas podía respirar al notar la intensa mirada de Gianni clavada en ella. Él levantó la otra mano y posó un dedo en la curva de su boca. Solo al roce de su piel sintió un intenso calor por todo el

cuerpo y, sin darse cuenta, emitió un traicionero suspiro. Como Connor estaba jugando demasiado cerca, Gianni desplazó la mano y acarició suavemente la mejilla de Faith a la vez que sonreía con dulzura. Ella tuvo que aferrarse al árbol para no perder el equilibrio. Aquella sonrisa la había dejado sin defensas y le había provocado una ansiedad tan fuerte que le hacía daño.

-¡Pobre Edward! -exclamó Gianni con satisfacción a la vez que retiraba la mano del rostro de Faith-. Todo esto acabará explotándole en la cara, deberías dejarlo marchar antes de que sea demasiado tarde.

-¡No metas a Edward en todo esto! -le ordenó con toda la fuerza de su propio remordimiento.

-Pero si ya está metido hasta el cuello -respondió Gianni con frialdad-. Así es que ¿por qué alargar su sufrimiento? No tiene nada que hacer, ¿no?

-No sé de... de qué estás hablando -dijo Faith con voz entrecortada, aunque temía que sí sabía a qué se estaba refiriendo.

-He de decir que no siento demasiada compasión por él, pero seré justo porque es cierto que él no sabía que estaba entrando en mi territorio.

-¿Tu territorio? -repitió Faith sin dar crédito a lo que oía.

Gianni recorrió el cuello de ella con la yema del dedo mientras la observaba muy de cerca.

-Cara, tú todavía eres mía. No te puedes resistir a mí, nunca has podido. Quiero que vuelvas conmigo, Milly.

-¿Cómo se te ocurre? Tú ya no tienes nada que ver conmigo, ¡Connor es nuestro único vínculo! -afirmó Faith furiosa mientras se apresuraba a buscar al niño para marcharse por donde habían venido.

-Se está haciendo de noche... es hora de irnos a casa.

-¿Y los patos? -preguntó Connor lloriqueando.

-Los patos se han ido a dormir -contestó su madre con prisa, pero todavía pudo oír la risa de Gianni ante su respuesta.

Capítulo 4

Una vez que consiguió que Connor olvidara sus quejas y se metiera en el coche, Faith se dio cuenta de que lo había hecho de nuevo. Había llegado hasta la saturación y se había escapado cuando ya no aguantaba más. Un vez más, Gianni D'Angelo había conseguido sobrepasar los límites y la había obligado a adentrarse en aguas turbulentas.

«Su territorio». Recordó su afirmación con un escalofrío. ¡Gianni quería que volviera con él! Esa sola exigencia la había devuelto al estado de shock. Justo cuando estaba empezando a aceptar la idea de que fuera el padre de Connor, salía con algo que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

No oyó ni vio acercarse la limusina, por eso pegó un salto del susto cuando una mano tocó en el parabrisas de su coche para llamar su atención. Al volver la cabeza reconoció rápidamente aquella corbata de elegante seda negra, fue una descarga instantánea de adrenalina.

Gianni abrió la puerta del coche y le lanzó una fulminante mirada de reprobación.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Faith a la defensiva.

-Estás metida en un coche sin cerrar y en mitad de un parque desierto. Tienes la cabeza demasiado llena de cosas, ¿por qué no me dejas que te lleve a casa? -dijo Gianni con suavidad, provocando en ella un extraño escalofrío.

-¿Y de quién es la culpa de que yo tenga tantas cosas en la cabeza? ¿Por qué no me dejas en paz ni cinco minutos?

-No deberías estar aquí sola -afirmó con masculina seguridad, sabía que Faith no podía rebatirlo. Gianni se agachó para echar un vistazo al asiento trasero, luego volvió a mirarla a los ojos-. Connor también parece muy triste.

-¡Papi! -exclamó emocionado de pronto el niño.

En un gesto de desesperación, Faith apoyó la cabeza en el volante y luego miró a Gianni con odio.

-Vete, Gianni...

-Solo si prometes que te irás directamente a casa y te meterás en la cama, estás agotada.

Faith se puso aún más nerviosa. No quería irse a casa, no se sentía con fuerzas para enfrentarse a sus padres, que,

probablemente, se enfadarían mucho cuando se enteraran de que había aparecido el padre de Connor. Se sentía atrapada por su pasado y tenía la sensación de que nadie sería capaz de escapar al desastre que se avecinaba.

Levantó la cabeza y puso en marcha el coche.

-Te llamaré mañana. Ahora voy a llevar al niño a cenar a algún sitio -anunció desafiante a la vez que cerraba la puerta de un golpe.

Connor lloriqueó un poco al ver que se alejaban y eso hizo que Faith se disgustara aún más. ¿Cómo era posible que se hubiera encariñado ya con él? Se detuvo a los pocos minutos para llamar a casa desde una cabina y disculparse por haber vuelto a faltar a una comida familiar. Fue su padre el que contestó al teléfono.

Cuando explicó por qué iba a llegar tarde a cenar, su padre le contestó con voz tranquila:

-No te preocupes, nosotros también vamos a salir a cenar y seguramente volvamos tarde. Por cierto, Edward ha vuelto.

-¿Sí? -exclamó Faith sorprendida.

-Sí, tomó un vuelo esta mañana y se pasó por la fábrica justo cuando yo estaba a punto de irme -le explicó su padre.

Faith llevó a Connor a un restaurante donde lo observó comer con gusto, mientras ella mordisqueaba una patata sin poder olvidarse de la angustia que sentía. Gianni tenía ciertos derechos que ella no podía negarle. Era curioso, pensó Faith, muchos padres con hijos fuera del matrimonio se pasan la vida intentando eludir su responsabilidad, sin embargo el padre de su hijo había estado tres años intentando localizarlo. Parecía estar deseando formar parte activa de la vida de Connor, pero eso también significaba causarle a ella muchos problemas.

Edward ya estaba en su casa, así es que Faith sabía a dónde tenía que ir. Su prometido, más que nadie, tenía derecho a ser el primero en enterarse de las noticias. Él era un hombre tranquilo, seguramente todo aquello no le iba a hacer feliz, pero lo que sí haría sería tomárselo con calma, o al menos de eso se trataba de convencer a sí misma.

Condujo hasta la enorme casa de principios de siglo en la que vivía su prometido con su madre. Al caer en la cuenta, Faith agradeció enormemente que aquella fuera una de las noches de bridge de la señora Benson. Connor estaba medio dormido cuando lo sacó en brazos del coche sintiéndose la peor madre del mundo por tener a su hijo fuera de casa bien pasada ya su hora de acostarse.

Edward abrió la puerta y la observó con cara de sorpresa.

-¿Faith?

Ella se mordió el labio inferior.

-Papá me dijo que habías regresado temprano y necesitaba verte... así que aquí estoy.

-¿Pero por qué no has dejado a Connor en casa?

-Mamá y papá iban a cenar fuera.

-¿Estás segura? ¿Seguro que tu padre está con tu madre? Cuando entré en su despacho esta tarde, Robin estaba cancelando una cena de negocios -siguió hablando su prometido con todo reprobatorio-. Y, créeme, Bill Smith es un cliente demasiado importante como para anular una cita con él con tan poca antelación.

A medio camino de dejar a Connor, ya totalmente dormido, en el sofá que había en el rincón de la fría habitación, Faith no hizo ningún comentario sobre lo que le acababa de contar Edward. Estaba demasiado agobiada por lo que le tenía que contar.

-Verás, ha ocurrido algo inesperado -empezó a decirle afectada.

-Parece que hoy todo el mundo se está comportando de forma bastante inesperada. La manera tan evasiva en la que me ha tratado tu padre ha sido de lo más extraña -dijo con seriedad, sus ojos azul claro reflejaban su enfado ante lo que había entendido como un desaire.

-Escucha, Edward, esto es muy importante.

Edward se quedó apoyado en la chimenea mirándola con un irritante aire de condescendencia.

-¿Qué ocurre? ¿Las invitaciones de la boda no van a estar listas a tiempo?

-Es algo que nunca, nunca pensé que pudiera ocurrir. ¡Ha aparecido el padre de Connor, Gianni D'Angelo! -confesó Faith de un solo golpe.

Edward se puso muy tenso. Ahora sí le estaba prestando atención. De repente, empezó a agobiarla con preguntas, como si estuvieran en un juicio y ella hubiera sido acusada de algún crimen.

-Gianni D'Angelo... -repitió Edward con incredulidad-. A ver, ¿me estás diciendo que Gianni D'Angelo, el famoso magnate, es el padre de Connor?

-Sí, a mí me también me sorprendió mucho -admitió Faith con pesar.

-¡Deja ya de comportarte como si todo esto le hubiera ocurrido a otra persona! -la atacó Edward de pronto-. Créeme, no me hace ninguna ilusión escuchar todo esto. No es precisamente lo que yo esperaba. ¡Gianni D'Angelo! ¿Cómo demonios conociste tú a un hombre así?

-No lo recuerdo, Edward.

-¿Trabajabas para él?

-No... -respondió, retorciendo el borde de su camisa con nerviosismo.

-Estoy empezando a creer que tu pérdida de memoria es una estrategia para ocultar un oscuro pasado -le dijo Edward en tono de burla.

-Eso es horrible. Yo no puedo evitarlo -murmuró Faith muy dolida.

-Gianni D'Angelo... o sea que te movías por círculos algo extraños -señaló con malicia, lo que provocó un escalofrío en ella-. ¿Qué clase de relación teníais?

El enfado de Edward era mucho mayor de lo que ella había previsto ingenuamente, el desdén con que la estaba tratando era una desagradable sorpresa. «Ahora no le puedo decir toda la verdad, no puedo», pensó desesperada.

-Creo que tu futuro esposo tiene derecho a saberlo. ¡Si no me lo cuentas tú, se lo preguntaré a él!

-Me dijo... me dijo que yo era su amante -admitió con voz tenue. Estaba demasiado cansada para hacer frente a tanta presión.

El silencio pareció prolongarse durante horas y horas. Finalmente, Faith reunió fuerzas para levantar la mirada.

El rostro de Edward estaba enrojecido y la observaba como si fuera un monstruo.

-Estoy muy avergonzada.

-Así que esta es la persona con la que me voy a casar... la fulana de Gianni D'Angelo. Gracias por decírmelo.

Totalmente lívida, Faith se levantó y tomó a su hijo en brazos.

-No creo que tenga mucho sentido seguir con esta conversación -le respondió con frialdad-. Estás alterado y lo comprendo, pero es mi pasado, no mi presente.

-Alteración no es suficiente para describir lo que siento ante una relación tan sórdida -la atacó Edward con asco-. ¡Si esto se hace público, seré el hazmerreír de todos!

-No es probable que Gianni vaya a ir por ahí contándolo. Te lo dije solo porque no es algo que pueda guardarme para mí sola -aunque ahora era consciente de que habría sido mejor hacerlo.

Edward lanzó una malévola carcajada.

-Una vez mi madre me dijo que no sabía en lo que me podía estar metiendo contigo. ¡Obviamente debería haberle hecho caso!

-¿Quieres que te devuelva tu anillo? -preguntó Faith carente de expresión.

Edward se quedó inmóvil con los ojos llenos de resentimiento.

-¡Claro que no! Dios mío, ¿es que no puedo ni desahogarme un poco?

-Llamarme «fulana» es algo más que desahogarte -replicó Faith al mismo tiempo que la asaltaba la duda de si, una vez casados, Edward sacaría a relucir su pasado cada vez que se enfadara con ella-. También deberías saber que fui su amante durante dos años y... lo amaba.

Edward la miraba sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Aunque quizás no fuera intencionado, con esa última frase, Faith lo estaba desafiando.

-Faith -empezó a decir bruscamente.

-Lo único que quiero ahora mismo es irme a casa. ¿Podrías abrirme la puerta por favor?

Faith se marchó consciente de que lo más probable era que Edward no la volviera a ver del mismo modo después de aquello. ¿Podía culparlo por ello? A él siempre le había preocupado mucho lo que los demás pudieran pensar; de hecho, a muchos les sorprendió que le pidiera a una madre soltera que se casara con él. Seguramente ahora Edward se estaba cuestionando tal decisión. ¿Era lo que sentía por ella lo bastante fuerte como para aguantar aquellas noticias?

Cuando llegó a casa, encontró todas las luces encendidas, pero estaba demasiado ensimismada como para pensar en ello y lo que hizo fue llevar a Connor a la cama a toda prisa. Hasta que no volvió al piso de abajo, no se dio cuenta de que la casa tenía un aspecto de lo más extraño. En la cocina había restos que indicaban que su madre había empezado a preparar la cena antes de decidir salir. Faith empezó a recoger, sorprendida de que Davina hubiera salido dejando algunas patatas a medio pelar y la radio encendida.

¿Dónde habrían ido sus padres con tanta prisa? Su padre había anulado una cita de negocios y su madre debería haber ido a la actuación del coro de la iglesia. No era su aniversario, ni el cumpleaños de ninguno de ellos. Aquel comportamiento no tenía ningún sentido, pero Faith estaba demasiado cansada como para buscar una explicación. En su lugar, decidió acostarse y tratar de librarse de todas sus preocupaciones.

Acostumbrada a despertarse con Connor saltando sobre su cama, a Faith le sorprendió encontrar la casa en total silencio al despertarse esa mañana. Todavía medio dormida, echó un vistazo al despertador. ¡Eran más de las diez! ¿Por qué no la había despertado su madre?

De camino al baño, Faith observó que la cama de Connor ya estaba perfectamente hecha. Se lavó a toda prisa y se puso una falda marrón y un suéter de color burdeos. Esa mañana le tocaba a ella abrir temprano la tienda para recoger los pedidos. Bajó las escaleras a toda prisa, todavía algo perpleja.

Se quedó atónita al encontrar a sus padres sentados en silencio en el sofá del salón. Tenían un aspecto muy raro, parecían inmóviles y preocupados y también extrañamente envejecidos.

Robin Jennings se levantó de golpe al verla.

-Pensamos que debíamos dejarte dormir, así es que he llamado a Louise muy temprano y le he dicho que no te encontrabas bien. Luego, he llevado a Connor a la guardería como todos los días. Verás tenemos que hablar contigo y creímos... bueno, el señor D'Angelo creyó que sería mejor mantener al niño al margen de todo esto.

-¿El señor...? ¿Gianni? -repitió Faith cada vez más confusa-. ¿Cómo... quiero decir... conocéis a Gianni?

-Siéntate, por favor -le pidió su padre.

Sintió un repentino calor febril en el rostro, tuvo la sensación de que sabía lo que estaba ocurriendo. En ese momento, odió a Gianni D'Angelo con todas sus fuerzas. Obviamente había desoído sus peticiones y había ido a hablar con sus padres. Seguramente por eso habían salido la noche anterior. Habían estado con él. Sus pobres padres tenían el aspecto de haberse quedado destrozados con lo que habían descubierto sobre ella.

-¡Gianni no tenía derecho a entrometerse! -exclamó furiosa.

Su padre hizo un gesto de dolor.

-Faith, el señor D' Angelo...

En ese momento, Faith vio algo moverse por el rabillo del ojo, lo que le hizo darse la vuelta rápidamente. Se quedó mirando estupefacta. Gianni estaba de pie en la puerta del salón. Movió la cabeza negándose a aceptar lo que veía. La rabia y el resentimiento la obligaron a hablar.

-¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿Cómo te atreves a entrometerte de este modo? ¿Cómo te atreves a hablar con mis padres a espaldas mías?

-Vale, Faith -le dijo Robin Jennings tajantemente.

-¿Por qué le habéis dejado entrar? -preguntó furiosa. Gianni se acercó a ella con calma.

-Siéntate y tranquilízate -ordenó Gianni mirándola con la mirada impenetrable y gesto de gravedad-. Yo les pedí estar presente. Robin y Davina tienen una cosa muy importante que confesarte, pero es

necesario que los escuches.

¿Confesar? ¿Confesar qué? La confusión más absoluta hundió a Faith en el sofá. Seguía mirando a Gianni con mirada acusadora; él dominaba la habitación con su imponente estatura y su presencia. No encajaba allí, era como si estuviera fuera de su decorado habitual. Faith no conseguía entender cómo sus padres se habían dejado convencer ante una petición suya.

Llevaba un traje gris, de un diseño elegante y perfecto. Su mirada chocó con aquellos ojos oscuros y profundos y de pronto fue incapaz de pensar con lógica.

-Faith... -empezó a decirle su padre después de tomar aire.

Faith miró a sus padres algo avergonzada.

-¿Qué ocurre?

-Cuando te identificamos en el hospital hace tres años, no dudamos ni por un momento de que tú fueras nuestra hija. Llevabas la pulsera que nosotros regalamos a nuestra hija cuando cumplió dieciséis años, eras rubia con ojos azules y medias unos centímetros más que cuando te marchaste, estabas mucho más delgada, pero no era extraño, al fin y al cabo, siete años es mucho tiempo.

-¿Por que me estás contando todo esto? -preguntó Faith frunciendo el ceño.

Su madre se acercó un pañuelo a la cara y miró hacia otro lado sollozando.

-No puedo soportarlo.

-Lo que Robin está intentando explicarte es que su mujer y él cometieron un desgraciado error -avanzó Gianni midiendo todas y cada una de sus palabras.

-Estábamos tan emocionados de haberte encontrado -le dijo Davina Jennings con voz entrecortada-. Pasó más de un año antes de que yo misma admitiera que tenía alguna duda sobre tu identidad...

Faith estaba inmóvil como una estatua, sus brillantes ojos eran lo único que parecía conservar algo de vida en su cuerpo.

-No entiendo qué estáis intentando decirme...

-Al principio, estabas muy enferma, luego, cuando saliste del coma, no recordabas nada -le recordó Robin-. Nuestra hija no tenía ninguna marca de nacimiento que nos ayudara a asegurarnos. En aquel momento, no había nada que desentonara. Te habías hecho mayor y naturalmente habías madurado y habías cambiado.

Gianni observó el desconcierto en el rostro de Faith y le dijo murmurando:

-Lo que están tratando de decirte es que ellos no son tus padres.

-No son mis padres -repitió Faith como un niño obediente. No podía creerlo, simplemente no podía creerlo-. Eso es una locura... ¿por qué me decís algo así?

-Hemos llegado a quererte mucho -le explicó su padre, que, según Gianni, no era su padre-. De hecho, al darnos cuenta de la persona tan maravillosa en la que se había convertido nuestra hija, nos sentimos tremendamente felices.

-Pero con el tiempo empezamos a descubrir cosas sobre ti que no encajaban y que no podíamos pasar por alto, pero que tampoco podíamos explicar. Tú cantas muy bien, mientras que nuestra hija era incapaz de entonar siquiera. Hablas francés casi como un nativo... nuestra hija no pudo ni aprobar el francés del instituto, era un desastre con los idiomas.

Repentinamente encerrada en su propio mundo, Faith recordó la noche en la que su padre llevó a cenar a un cliente francés. En el momento en que aquel hombre dijo una frase en francés, sin darse cuenta, ella le contestó en el mismo idioma sin titubear un segundo. Ahora se acordaba de los sorprendidos que se quedaron sus padres. Entonces, no se dio cuenta. Todo lo contrario, estaba encantada porque aquel señor le dijo que hablaba muy bien francés. Por aquel entonces tenía la sensación de no poseer ningún talento que le pudiera ser de alguna utilidad, así que fue muy agradable descubrir que no era así.

-Todas las cosas que no concordaban y a las que al principio no prestamos atención, empezaron a venírsenos encima. Tu letra es muy diferente -dijo Robin Jennings con un suspiro-. Te encantan los gatos, Faith era alérgica. Desesperados, empezamos a intentar encontrar cosas de ti que nos recordaran a nuestra hija, pero no había ninguna.

-Pero, la pulsera... yo llevaba la pulsera de la abuela.

-Nuestra hija debió venderla. Es cierto que se la llevó cuando se marchó de casa, pero en realidad no le gustaba demasiado. Quizás tú la compraste, o te la regaló alguien. Fuimos unos tontos en fiarnos tanto de una simple joya -admitió Davina apesadumbrada.

-No es posible -dijo Faith muy despacio. De pronto la pulsera que ella había tenido como un talismán acababa de perder toda su importancia.

Gianni le hizo un gesto tranquilizador.

-A nosotros nos encantaría que no quisiera creerlo -anunció Davina Jennings a la vez que lanzaba a Gianni una amarga mirada de desprecio-. Para todos los efectos ella es nuestra hija, la queremos y no queremos perderla. Ni Robin ni yo queremos que

nada cambie, ya se lo dijimos anoche.

-Y yo les pregunté qué pensaban hacer si aparecía la verdadera Faith -le recordó Gianni sin titubear.

Davina se puso a la defensiva.

-No es muy probable que eso ocurra después de diez años.

-No me puedo creer que esto esté sucediendo de verdad -intervino Faith después de un tiempo-. Me estáis diciendo que no soy vuestra hija, que nunca lo he sido... que la vida que vivo en realidad pertenece a otra mujer.

-Tu nombre es Milly Henner y tienes veinticuatro años -le informó Gianni-. Y mientras yo esté aquí, no tienes nada que temer.

«Milly», pensó aturdida. Me llamo Milly. Intentó con gran esfuerzo concentrarse en algunos pensamientos que se cruzaban por su mente como relámpagos. Observó con dolor y total desorientación a las dos personas que había creído sus padres.

-¿Cuánto tiempo hace que sabéis que no soy vuestra hija?

El silencio era ensordecedor. Parecía que ninguno de los dos quería contestar. Pero a Gianni no le ocurría lo mismo.

-Hace unos dieciocho meses que lo saben, solo entonces se admitieron el uno al otro lo que los dos por separado sospechaban.

-Estuvimos toda la noche hablando -interrumpió de golpe Robin Jennings-. Pero no sabíamos qué hacer. Tú nos habías aceptado y nosotros os queríamos mucho a Connor y a ti. Para todo el mundo tú eras nuestra hija.

-Era preferible guardar el secreto antes de tener que hacer frente a la vergüenza de admitir que habíais cometido un error tan atroz -los acusó Milly, que deseaba desesperadamente seguir siendo Faith y que, en ese momento, odiaba a todos los que se encontraban en la habitación. Todos ellos sabían quiénes eran y cuál era su sitio, sin embargo ella era una intrusa incluso para sí misma.

-Éramos felices con las cosas tal y como estaban -explicó Davina con vehemencia-. ¡Seguimos creyendo que nada tiene por qué cambiar!

Milly los observó sintiéndose cada vez más cansada.

-Yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para encontrar a su verdadera hija -les prometió Gianni-. Pero Milly no se puede quedar aquí por más tiempo.

-Claro que puede si ella quiere -afirmó Robin Jennings tajantemente.

-Podrá mantener el contacto con ustedes, incluso visitarlos. ¡Pero lo hará como la persona que realmente es y no como la que a ustedes les gustaría que fuera! -Gianni tenía la atención puesta en el

rostro de Milly y en sus ojos horrorizados-. Ella tiene otra vida y tiene que conocer esa otra vida antes de tomar ninguna decisión.

-¡Por amor de Dios, pero si está prometida... se va a casar dentro de nada! -exclamó Davina.

-¿Y cómo crees que va a reaccionar Edward ante este engaño? -gruñó su marido-. Yo me encargaré de eso, quedaré con él y se lo explicaré todo.

Milly estudió la situación en medio de una terrible sensación de irrealidad. Gianni se mantenía de pie apartado de los demás, con su característica autodisciplina. Sus brillantes ojos la miraban sin poder ocultar la compasión que hacía que Milly solo deseara morir. Se puso en pie y salió de la habitación.

Cuando Davina se levantó dispuesta a seguirla, Gianni la detuvo agarrándola por el brazo.

-Señora Jennings, en esto no puede ayudarla. Al menos, no ahora. Se siente traicionada por las dos personas en las que más confiaba. Necesita tiempo para asimilarlo.

-¿Y cuáles son sus planes para ella, señor D'Angelo? -le preguntó Davina con amargura.

Gianni miró a la pareja con hostilidad. Quizás quisieran a Milly, pero le habían hecho mucho daño. Tres años antes le habían negado la ayuda profesional que necesitaba; no hicieron nada para ayudarla a recuperar la memoria. Y, lo que era totalmente imperdonable, cuando se dieron cuenta del error que habían cometido, fueron demasiado egoístas como para resolverlo. Prefirieron no considerar el hecho de que la desconocida que habían identificado como su hija debía de tener otra vida en algún lugar.

Milly estudió su imagen en el espejo de su dormitorio.

«¿Quién soy? ¿Quién es Milly Henner?»

Esa no era su casa, allí no era donde ella había crecido. Esas personas que estaban abajo no eran sus padres. Nada de lo que creía suyo lo era realmente.

Al sentir que el mundo que ella había creído real con tanta inocencia se venía abajo, Milly experimentó una ráfaga de auténtico terror.

-Milly... vuelve al hotel conmigo.

Se dio la vuelta y miró a Gianni. El más profundo odio recorrió su cuerpo. Él había provocado todo aquello, le había destrozado la vida.

-Te odio... -consiguió decir temblando.

-Lo superarás -le prometió Gianni sin atisbo de duda.

-Yo quiero a Edward -admitió ella mirando hacia otro lado.

-También eso lo superarás -afirmó ásperamente.

-¡No puedes quitármelo! -exclamó Milly con repentina violencia-. ¡Me puedes quitar todo lo demás, pero a Edward no!

-No es posible que lo ames -la mirada de Gianni era oscura como una noche sin luna y su tono de auténtico desdén-. Es imposible. ¡Él no es nadie, no es nada!

Milly apretó los dientes con fuerza.

-¡Es el hombre al que quiero!

Gianni respiró hondo, sus ojos dorados tenían un brillo amenazador.

-¡No es posible que estés enamorada de un trepa calculador como ese!

-¡Lo mío con Edward no es asunto tuyo! ¿Es que no has causado ya bastante daño?

Él la observó un instante y luego, sin previo aviso, se acercó a ella, la rodeó con sus brazos y la besó. De pronto, ella se dio cuenta de que su cuerpo ardía en cada punto que se encontraba en contacto con el de él. El ardiente ataque de aquella boca grande y sensual fue como una revelación. Nunca nada le había parecido tan necesario. Un ansia irreprimible se estaba apoderando de ella con tal fuerza que la cabeza le daba vueltas. Arrastrada por la más poderosa excitación, se pegó a su masculino cuerpo a la vez que sus labios expulsaban un gemido que expresaba su rendición.

-¡Faith! -interrumpió Davina alarmada.

Al notar que Gianni la apartaba de él, Milly comenzó a temblar. Se quedó mirando avergonzada a la mujer que los observaba desde la puerta.

-¡Yo no soy Faith! -se oyó decir a sí misma con torpeza ya que no conseguía respirar con normalidad-. Soy Milly.

-¡Sigues estando prometida! -dijo Davina al tiempo que se volvía hacia Gianni-. Está enfadada y confundida, ¿por qué no la deja en paz?

Por un momento, Milly se encontró en su propio mundo. No podía asimilar la aterradora intensidad de lo que Gianni le había hecho sentir. Se acababa de comportar como una cualquiera al arrimarse a él con ese ansia. Si eso la hacía sentirse mortificada, se lo tenía merecido. Pero, como muy bien había dicho Davina, no estaba en condiciones de saber qué sentía exactamente...

-Creo que va siendo hora de que Milly sepa la verdad sobre su compromiso con Edward -murmuró Gianni con sequedad.

-No tengo la menor idea de qué está hablando -dijo Davina.

Gianni miró a Milly torciendo el gesto.

-Al casarse contigo, Edward se convertirá en socio de pleno derecho de la empresa familiar.

Milly se quedó mirándolo perpleja ante tal afirmación.

-Eso no es cierto.

-Esa noticia iba a ser nuestro regalo de bodas para Edward y para ti -a Davina le temblaba la mandíbula al pronunciar esas palabras.

Gianni lanzó una carcajada llena de sarcasmo.

-¿Por qué no le cuenta la verdad, señora Jennings? ¡Ustedes se lo prometieron a Benson incluso antes de que le pidiera a Milly que se casara con él!

-¡Eso es mentira! -Milly tenía los puños apretados mientras esperaba la respuesta de Davina, deseosa de que rebatiera las humillantes acusaciones de Gianni.

El rostro de la señora Jennings se enrojeció de vergüenza.

-Señor D'Angelo, aquello solo fue un acuerdo de negocios; Edward es el lógico sucesor de mi marido.

-Esas asociaciones tan gratuitas no son muy comunes en el mundo de los negocios -rebatió Gianni duramente-. Además, deberían haberle advertido a Benson que no se lo contara a su madre; ella se ha asegurado de que toda la ciudad sepa por qué motivos Edward está dispuesto a hacerse cargo del hijo de otro hombre.

Milly deseaba con todas sus fuerzas que Davina le asegurara que todo aquello era mentira, pero no parecía que fuera a hacerlo, así es que la joven alzó la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Solo Edward podría decirle lo que realmente había sucedido. Solo él podía prometerle que no había necesitado un soborno para convencerla de que se casara con él.

-¿Dónde demonios vas? -le preguntó Davina.

-A ver a Edward -Milly miró a Gianni sin poder ocultar el profundo odio que en esos momentos sentía por él-. ¡Eres un auténtico bastardo! ¡Y no necesito recordarlo para saber por qué te dejé!

Capítulo 5

Negándose a cambiar de opinión, Milly se fue a ver a Edward a Jennings Engineering. Por el camino, pensó en los meses que llevaba saliendo con Edward.

Desde el principio había sido cariñoso y atento con ella, «¿el novio perfecto para una madre soltera?», le preguntó una cínica voz interior. Ahora se daba cuenta de cuánto la habían animado sus «falsos padres» a empezar aquella relación pero, ¿por qué no iban a hacerlo? Como amigo de la familia y trabajador de la empresa, Edward les había parecido el novio ideal.

Dejó el coche en el aparcamiento de la fábrica, algo aliviada porque Robin Jennings todavía estuviera en casa. No quería que nadie más se entrometiera en su conversación con Edward.

Se convenció a sí misma de que estaba perfectamente a pesar de los terribles descubrimientos de las últimas horas. Gianni había intentado destruirla, pero mientras pudiera contar con Edward sería capaz de hacer frente a todo lo demás. Intentó acallar una vocecita interior que le decía que estaba al borde del precipicio aferrada a su última posibilidad de no caer.

Edward estaba en su despacho, donde recibió su visita con sorpresa. La tensión de la discusión de la noche anterior se reflejaba en la frialdad con la que la saludó.

-Te iba a llamar esta tarde -le dijo como defendiéndose.

-Necesitaba verte y hablar contigo. Esta mañana me he enterado de algo y me gustaría que me lo contaras tú abiertamente.

-Al contrario que la tuya, mi vida es un libro abierto -replicó Edward-. Yo nunca te he ocultado nada.

-¿Y qué hay del hecho de que te conviertas en socio de la empresa el día que te cases conmigo? -preguntó Milly con la esperanza de que le dijera que eso era una versión muy retorcida de la verdad.

Edward se puso en tensión.

-Tus padres me dijeron que querían que fuera una sorpresa, por eso no lo hablé contigo.

Milly notó cómo las piernas le empezaban a flaquear.

-¿Me habrías pedido que me casara contigo si ese trato no hubiera existido? Por favor, sé sincero.

El rostro normalmente pálido de Edward adquirió un tono

rojizo.

-Esa pregunta es muy injusta.

-Pero no niegas que el trato estuviera encima de la mesa antes de que decidieras pedírmelo, ¿no?

Edward la observó con un resentimiento que ni siquiera trataba de ocultar.

-No sé por qué eso te causa tanto problema. La generosa oferta de tu padre significaba que íbamos a tener un futuro económicamente estable, claro que influyó en mi decisión.

Milly empezó a sentir náuseas.

-¿Y el amor tiene algo que ver en todo esto?

-Yo te tengo mucho cariño, pero mentiría si no admitiera que también me preocupaban mucho los riesgos de empezar una relación estable contigo.

-¿Los riesgos?

-¿De verdad hace falta que te lo explique? ¡La terrible sorpresa de anoche nunca habría ocurrido en una relación normal! -le recordó lleno de resentimiento-. Como cualquier hombre, quiero estar seguro de que lo sé todo acerca del pasado de mi mujer. Tú no me puedes dar esa seguridad.

-Pero el hecho de tener un futuro económicamente estable compensaba todos esos inconvenientes -concluyó Milly a la vez que luchaba por mantener un tono de voz normal-. Sin embargo, dijiste que me querías.

-¡Por amor de Dios, Faith! Estás hablando como una adolescente.

-A lo mejor es que por dentro sigo siendo una adolescente. Si hubiera sabido todas las dudas que tenías sobre mí, no habría accedido a casarme contigo -diciendo esto, Milly se levantó y dejó su anillo de compromiso sobre la mesa.

Edward se puso furioso.

-¡Tú me pediste que fuera sincero!

Quizás estuviera siendo sincero, pero también la había estado menospreciando de forma cruel desde el principio de la conversación.

-Creo que cuando oigas lo que tiene que decirte tu jefe, te vas a alegrar de que te haya devuelto el anillo. No te preocupes, me imagino que, de todas maneras, te ofrecerá ser socio. Espero que tengas suerte, Edward.

Cuando se dirigía hacía la puerta, él la agarró de la muñeca de forma muy violenta para intentar detenerla.

-¿Quién te crees que eres para hablarme de ese modo? -le preguntó iracundo.

-Déjame... me estás haciendo daño -le pidió Milly asustada.

-Ayer también me ofendiste con tu comportamiento. Tengo la sensación de que, desde que has descubierto que el padre de Connor es un hombre tan rico, se te han subido los humos. ¡Vuelve a ponerte el anillo y dejemos de hablar de estas tonterías!

Milly se sentía acobardada por la violencia que estaba mostrando Edward, por eso se sintió aliviada cuando oyó que alguien llamaba a la puerta y vio entrar a la secretaria. Edward la soltó inmediatamente y ella aprovechó para salir corriendo, sin hacer caso a los gritos de Edward. Ya en recepción, miró las llaves del coche, que todavía tenía en la mano, y dudó qué hacer. En seguida decidió dejarlas en recepción para que se las dieran a Robin Jennings. De pronto, se dio cuenta de que no quería nada que hubiera pertenecido a Faith Jennings.

Edward nunca la había querido, era obvio. Pero, ¿cómo es que nunca se había dado cuenta de lo violento que podía ser cuando se enfadaba? La razón era que, hasta la noche anterior, ella nunca había hecho que él se enfadara, nunca le había llevado la contraria. Para él, había sido como un felpudo, siempre avergonzada por su condición de madre soltera y considerándose afortunada por haber encontrado a un hombre respetable que quisiera casarse con ella.

Cuando salió, hacía viento y frío. Se acordó de que había dejado la chaqueta en el coche, pero no quiso volver a entrar a las oficinas. Sin darse cuenta, acabó en la carretera sin poder parar de andar, el monótono ruido del tráfico la tranquilizaba. De pronto, estaba sintiendo todos los golpes que había sufrido en las últimas veinticuatro horas. Ella pensaba que podía confiar en Edward para que la ayudara a superar lo demás, pero eso también se le había venido abajo. Lo más extraño era que ya no sentía ninguna pena, en realidad no sentía nada en absoluto...

-¿Dónde demonios se ha metido? -bramó Gianni al teléfono.

-Ya la hemos encontrado. Está bien. Está sentada en un banco del parque, al lado del estanque.

-¡Madre di Dio! ¡No quiero que os separéis de ella hasta que yo llegue!

Después de decirle a su chófer que fuera lo más deprisa posible, Gianni se tomó un brandy para tomar fuerzas. Estaba furioso consigo mismo. Sabía que tenía que ir con calma con Milly. El psicólogo le había advertido que debía ir poco a poco. Sin embargo, había hecho justo lo contrario desde el principio.

A pesar de su reputación de brillante estratega, había llevado

todo aquello con la misma delicadeza con la que entra un elefante en una cacharrería. El hecho de verse afectado por su propia torpeza no le importaba tanto. Lo que le dolía enormemente era que esa torpeza estuviera haciendo sufrir a Milly.

En el lago Milly sabía que la estaban observando. Al reconocer a aquellos hombres con traje oscuro intentando no llamar la atención casi sintió ganas de sonreír. Gianni debía de haber mandado que la siguieran. Mientras se mantuvieran a distancia. Le resultaba reconfortante que alguien estuviera cuidando de ella.

El sonido de unos pasos le hizo girar la cabeza. Era Gianni que iba hacia ella. Milly tuvo que admitir que aquellos duros rasgos y la seriedad que los invadía en esos momentos no le quitaban ni un ápice de atractivo. Llevaba un abrigo de cachemira gris claro que lo protegía del frío y que hacía que su maravilloso pelo negro azabache destacara aún más.

-Este es un sitio algo sombrío -el tono de su voz denotaba preocupación-. Y además hace muchísimo frío. ¿Dónde está tu abrigo?

Incluso antes de que se quitara el abrigo y se lo pusiera a ella sobre los hombros sin darle ninguna importancia, la sensación de profunda soledad de Milly empezó a disiparse.

-¿Por qué demonios sonríes? -preguntó Gianni sorprendido.

Arropada no solo por el suave tejido del abrigo sino también por su cálido aroma que estaba impregnado en la ropa, Milly lo miró con sus tiernos ojos azules

-No lo sé.

-¿Por qué has dejado tu coche en la fábrica? ¿Se ha estropeado?

-No es mi coche. Me lo regalaron los Jennings cuando todavía creían que yo era su hija.

Al levantar la mano para sujetar el abrigo que se le estaba cayendo, Gianni exclamó algo en italiano y le tomó la mano. Milly se puso nerviosa cuando vio que él estaba observando el cardenal que tenía en la muñeca.

-¡Esto no te lo has hecho tú sola! ¡Maldita sea! -exclamó furioso.

Milly retiró la mano y la escondió bajo el abrigo rápidamente.

-¡Ese bastardo! ¡Le voy a hacer pagar muy caro el haberte hecho daño!

-¡No! -susurró Milly-. Esos moretones no tienen ninguna importancia comparado con todo lo que me han enseñado. A lo mejor estoy siendo injusta con Edward, pero creo que se habría comportado del mismo modo una vez estuviéramos casados. De

verdad pensaba que se estaba rebajando al casarse conmigo. Nunca me habría aceptado tal y como soy.

Gianni le miró a la otra mano y se percató de que el anillo de compromiso ya no estaba allí. Milly vio cómo aquellos oscuros ojos brillaban con auténtica satisfacción. En el fondo, estaba empezando a comprender a Gianni. Estaba encantado de que se hubiera roto el compromiso, pero no iba a perder el tiempo en demostrarlo con palabras convencionales.

-No tengo ningún familiar directo, ¿no? -preguntó Milly de pronto.

Gianni frunció el ceño y eso fue respuesta suficiente para ella. Miró hacia otro lado empeñada en no dejar ver que se acababa de desvanecer otra pequeña esperanza.

-¿Cómo has llegado a esa conclusión?

-Estoy convencida de que si hubiera habido alguien sufriendo por tener noticias mías se lo habrías dicho a Robin y Davina para hacerles sentir aún peor.

Gianni lanzó una carcajada que, por mucho que le costase, le daba la razón a Milly.

-Deduzco que mis padres murieron hace mucho.

-Tu madre cuando tenías ocho años y tu padre poco antes de que nos conociéramos -le confirmó Gianni fríamente-. Eres hija única y, por lo que yo sé, no tienes más parientes.

Por tanto, aparte de Connor, estaba totalmente sola.

-Vámonos -le tomó la mano con fuerza y tiró de ella para levantarla y comenzar a andar-. ¿Por qué has venido aquí?

-Aquí he pasado muchos momentos felices con Connor... pero hoy me sentía tan perdida... -confesó a su pesar.

-Hasta las peores situaciones tienen un lado positivo. Has tenido una experiencia extraordinaria. ¿Cuánta gente tiene la oportunidad de vivir más de una vida?

Milly se quedó desconcertada. La verdad es que eso ni se le había pasado por la cabeza.

-Ahora mismo estás entre dos vidas, pero no perdida. Me tienes a mí -le dijo con una calma sorprendente.

-Haces que todo parezca muy sencillo.

-Es que lo es. Este no es tu lugar, por eso te sientes tan rara. Sé que tienes cariño a los Jennings, pero la verdad es que no te han hecho ningún favor. Si ellos no te hubieran identificado, yo te habría encontrado hace mucho -le recordó con tristeza.

-¿Tú denunciaste mi desaparición?

-¡Por supuesto! -exclamó, como sintiéndose insultado solo

porque a ella se le hubiera ocurrido siquiera considerar la posibilidad de que no lo hubiera hecho.

-¡Cómo me habría gustado que me hubieras encontrado tú antes...! -sin darse cuenta, Milly dijo en voz alta lo que estaba pensando, lo que le hizo sentirse muy incómoda. Todos los muros que había intentado levantar para protegerse de Gianni se habían venido abajo, y eso la hacía muy vulnerable.

-No tuve suerte. Tú te marchaste del apartamento por voluntad propia, no había nada sospechoso, así es que a la policía no le interesó mucho. Los mayores de edad tienen derecho a desaparecer si quieren -le explicó con tristeza.

A la salida del parque, los estaba esperando la limusina y Milly se subió sin protestar.

Solo unas horas antes había odiado a Gianni D'Angelo con todas sus fuerzas. Él había destruido todo su mundo y por ello había sido el blanco de todo su resentimiento. Sin embargo ahora, oyéndolo hablar por teléfono en italiano, no podía evitar observarlo con el más intenso interés. Su cuerpo sexy y elegante le cortaba la respiración. Era tan guapo...

Al notar que se estaba sonrojando, Milly tuvo que mirar hacia otro lado. ¿Cómo podía estar pensando en esas cosas en un momento como aquel? Necesitaba confiar en él pero, ¿podría hacerlo cuando ni siquiera era capaz de confiar en sí misma? Si algo había aprendido en las últimas horas, era que todo tenía un precio.

-¿Dijiste que querías que volviera contigo por Connor? -se ruborizó aún más al darse cuenta de que estaba siendo demasiado directa.

-No -contestó Gianni tajantemente, con toda la calma de la que ella carecía-. Nunca sería capaz de fingir tanto, ni siquiera por mi hijo. Si intentaras alejarme de él, lucharía por medios legales, pero creo que tú ya sabes que Connor tiene derecho a llegar a conocer bien a su padre.

-Sí -Milly estaba impresionada por su análisis de la realidad.

La limusina cruzó la ciudad pasando por la calle principal, donde se detuvo un momento. Gianni bajó la ventanilla y uno de sus hombres le dio una caja de pizza.

Gianni se colocó la caja sobre las piernas y ofreció a Milly sin ningún tipo de ceremonia.

-A ti te vuelve loca la pizza.

-¿De verdad? -la pizza no figuraba precisamente en el menú de los Jennings y Edward odiaba toda clase de comida rápida.

-Esta mañana ni siquiera has desayunado. Tienes que comer algo

antes de que vayamos a recoger a Connor –le dijo Gianni mientras le servía un refresco del mueble bar del coche-. ¿Por qué me miras así?

-Por nada... -seguramente era la combinación de la enorme limusina, la modesta pizza y la total falta de esnobismo de Gianni. O quizás la normalidad con la que él actuaba para hacer que ella se sintiera mejor, y siempre sin darle importancia alguna, como si el que él se ocupara de ella fuera lo más normal del mundo.

Milly estaba encantada con esas atenciones, especialmente después de la increíble insensibilidad que había demostrado Edward. Al abrir la caja y sacar una porción de pizza, le sorprendió notar que se le estaba haciendo la boca agua.

-¿Tú no vas a comer?

-No, no tengo hambre.

Ella por el contrario tenía un apetito voraz y nada le había sabido nunca tan delicioso como aquella pizza. Cuando ya no pudo comer más se quedó chupándose los dedos llena de satisfacción, hasta que un sexto sentido le hizo levantar la mirada. Los ardientes ojos de Gianni estaban observando todos los movimientos de sus dedos y de su boca, lanzándole un mensaje de hambre masculina que ella recibió con los ojos abiertos de par en par. El ambiente era electrizante.

Milly empezó a moverse inquieta y con la respiración entrecortada. Comenzó a sentir una fuerte oleada de calor entre los muslos que la hizo ruborizarse y sentirse turbada. Estaba alterada por una reacción que no podía controlar. De pronto se estremeció de dolor al notar una fuerte tensión en los pechos y los pezones duros. La carga sexual que había en el aire la estaba poniendo nerviosa. También la tensión de Gianni era obvia, también él tenía el rostro sonrojado. Ella, con las pupilas totalmente dilatadas le aguantó la mirada sin decir ni palabra, invadida por una mezcla de excitación miedo y fascinación.

-Sé que no puedo tocarte, así es que deja de provocarme -le dijo Gianni en tono reprobatorio.

Milly cerró los ojos increíblemente avergonzada.

-¡Yo no soy así... de verdad! -exclamó, negándose a aceptar lo que estaba sintiendo.

-Intenta ser más abierta. Solías pensar que el querer arrancarme la ropa a la mínima oportunidad era algo sano y perfectamente normal -las palabras de Gianni le quemaban por dentro como si estuviera tragando fuego-. Y a mí me ocurría lo mismo; una vez soporté un vuelo de dieciséis horas solo para pasar un rato contigo

y volver a tomar el avión de nuevo.

Aquella profunda voz le estaba haciendo evocar las más eróticas imágenes. ¿Había llegado a cruzar medio mundo volando para pasar un par de horas con ella? Aquello la dejó aturdida. ¿Acaso había mujer en el mundo capaz de no sentirse halagada ante tan extravagante gesto?

-Cada vez que hacíamos el amor era como si fuera la primera vez. Nunca nos saciábamos. No me gusta que nada se escape a mi control -confesó Gianni en voz muy baja-. Pero nunca nadie me ha hecho sentir lo que tú me haces sentir y, si yo no me avergüenzo de ello, ¿por qué lo vas a hacer tú? He reservado la suite que hay encima de la mía para Connor y para ti.

Milly miró hacia arriba y se encontró con sus ojos.

-Yo...

-Tienes que romper con todo. Cuándo decidas hacerlo es cosa tuya, pero si te quedas con los Jennings es probable que tengas que soportar demasiada presión, y ya tienes bastantes cosas que solucionar. Ellos no están preparados para aceptar que las cosas han cambiado.

«Las cosas han cambiado», esa era una forma demasiado simplista de describir los acontecimientos que acababan de convertir sus últimos tres años en una pantomima. ¿Pero mudarse a un hotel tan repentinamente? ¿Al hotel de Gianni? Necesitaba estar sola, por muy difícil que le resultase.

-¿Podrías dejarme sola?

-Si es eso lo que quieres.

No estaba del todo segura de quererlo, pero por algún motivo creía que era mejor darle esa impresión.

-Pero me gustaría pasar algún tiempo con Connor -terminó de decir Gianni.

-Podría haber ido a casa de mi amiga Louise... pero no creo que ella tenga sitio para nosotros.

Salió del coche a buscar al niño, que se puso como loco al ver la limusina; con solo ver a Gianni se le iluminó la cara. Connor se subió al asiento de atrás, pegándose a su padre tanto como pudo.

-¡Prooom, prooom! -dijo riendo, impaciente por que la limusina se pusiera en marcha.

El corazón de Milly se estremeció al oír cómo a la risa de su hijo se unía la de Gianni. En su oscuro rostro apareció una sonrisa fácil y natural, una sonrisa que a ella nunca le había enseñado. Aquella sonrisa eliminó de su rostro todo atisbo de gravedad. «¿Puedo confiar en él... me arriesgo? ¿Qué puedo perder?»

Gianni observó a Milly caminar por la espaciosa habitación, su esbelto cuello estaba tenso como la cuerda de un arco.

Hasta el momento, ella había controlado la situación muy bien. La vuelta a casa de los Jennings había sido una prueba muy difícil. La recibieron con recriminaciones sobre la manera en que había tratado a Edward y la prisa que se había dado en salir de su casa. A él lo recibieron como si hubiera sido el diablo el que había entrado en su casa.

Aun así, Milly se sentó un rato con Robin y Davina para decirles lo agradecida que estaba por todo lo que habían hecho por ella. Todo lo que había dicho y hecho era lo más apropiado, se había comportado de forma comprensiva, agradecida y leal. Su actuación había sido impresionante. Pero Gianni la estuvo observando, pendiente de que en cualquier momento sus ojos dejaran adivinar que estaba fingiendo.

Gianni solía pensar que con Milly lo que se veía era lo que realmente había. Pero ninguna mujer decente lo habría engañado con su propio hermano, y solo por un breve encuentro sexual. Eso le había hecho descubrir, con toda la amargura del mundo, que Milly en realidad tenía un corazón muy superficial y desleal que se ocupaba de mantener perfectamente escondido. ¡Por nada del mundo iba a permitir que lo volviera a engañar de nuevo con su peligrosa amabilidad!

Entonces, ¿por qué seguía agarrándole la mano y dándole apoyo? Ella no se merecía todo eso. ¡Estaba jugando con él como una encantadora de serpientes! Solo porque parecía tan frágil y desamparada, pero a la vez tan valiente frente a la adversidad. ¡Estaba siendo un completo idiota! Tener a un millonario pidiéndole que volviera con él debía de ser un gran consuelo. No era nada extraño que estuviera siendo tan fuerte. De pronto, Gianni deseó haber aparecido en un coche viejo y haber fingido que era pobre...

Aquellos pensamientos le estaban poniendo cada vez más triste, así que decidió salir.

-Cuando quieras comer, llama al servicio de habitaciones -le dijo a Milly.

Ella se detuvo y lo miró con sus tristes ojos azules.

-¿Dónde vas?

-Verás, es que todo esto me está retrasando mucho en mi trabajo -le informó con frialdad-. Así es que voy a ver si soluciono algunas cosas.

Milly sintió una repentina inseguridad al pensar que se le veía harto de ella. Pero considerando por todo lo que había tenido que

pasar en los últimos días, no era nada extraño que se comportara así. Intentó que su temblorosa boca esbozara una sonrisa.

-Lo siento mucho, Gianni.

Gianni se encogió de hombros.

-¿El qué sientes?

-Que he sido muy egoísta -reconoció Milly con culpabilidad-. Te he arrastrado a todos mis problemas y ¡esta mañana incluso te he insultado! Si no fuera por ti, todavía seguiría pensando que soy Faith Jennings. Sin embargo, no me he dignado a darte las gracias ni una sola vez.

-No quiero tu gratitud.

Milly lo miró confundida.

-¿Y no te puedes traer aquí el trabajo? -dijo a su pesar.

-Hay media docena de personas trabajando en esto, no creo que Connor pudiera dormir con tanto jaleo.

Milly asintió y se obligó a sonreír comprensivamente, pero enseguida miró hacia otro lado.

Gianni abrió la puerta.

-¿Cómo te puedo localizar si lo necesito? -le preguntó cuando ya estaba a punto de salir.

-Solo me voy al piso de abajo -señaló secamente.

-Bueno, ¿cuál es tu número de habitación? -dijo impaciente.

Gianni la observó detenidamente durante un largo y tenso momento.

-Haré que te traigan un teléfono... ¿de acuerdo?

Milly volvió a asentir.

Él apretó los labios aún más.

-Puedes llamarme cuando quieras... ¿de acuerdo?

Milly siguió asintiendo como una marioneta, pero pensando que no lo iba a llamar, seguro que él prefería que no lo interrumpiera. Pero ¿no se daba cuenta de que ella necesitaba hablar?

Gianni era la única persona que conocía a Milly Henner, era su único vínculo con veintitrés años de su vida.

Allí sola y con Connor profundamente dormido en uno de los dormitorios, Milly pidió que le subieran la cena. Comió con toda tranquilidad, pero la verdad era que no estaba saboreando nada. Después, se dio una larga ducha, se secó el pelo y se puso un camisón de algodón azul claro. Al salir del cuarto de baño estaba sonando el teléfono móvil que Gianni había hecho que le subieran.

-¿Sí?

-¿Por qué demonios no me has llamado? -preguntó Gianni.

-No quería molestarte.

-¿Cómo quieres que trabaje si estoy preocupado preguntándome por qué no me has llamado?

-Lo siento, no pensé que te fueras a preocupar -Milly se sentó en el sofá más cercano, mucho más relajada al oír sus palabras-. Gianni, ¿te puedo preguntar unas cuantas cosas sobre nosotros?

-Solo tres preguntas.

-¿Cómo nos conocimos?

-Saliste de mi tarta de cumpleaños. Siguiente pregunta.

-¿Que hice... qué? -preguntó Milly atónita-. ¿De verdad?

-De verdad. Solo te quedan dos preguntas -le recordó Gianni.

-¿Por qué... por qué te dejé? -dijo con algo de miedo. Por un momento, no se oyó nada al otro lado del teléfono.

-Esa pregunta está entre las prohibidas.

-¡No es justo! -protestó Milly-. ¡Quiero saberlo!

-No te lo voy a decir. Cuando se te ocurra otra cosa que preguntarme en su lugar, llámame -sugirió Gianni fríamente y colgó.

¿Había hecho él algo horrible que la obligó a marcharse? ¿Lo había hecho ella? A lo mejor tuvieron una pelea y dijeron cosas que no debían, quizás Gianni se comportó como un tonto y ni siquiera quería recordarlo.

Esperó diez minutos para volver a llamarlo.

-Soy yo.

-Ya sé que eres tú.

-Segunda pregunta -empezó a decir tímidamente-. ¿Yo era feliz estando contigo?

-Yo creía que eras enormemente feliz, pero eso no es algo que pueda decirte yo.

Durante los últimos tres años, Milly no había vivido ni un instante en el que se sintiera «enormemente feliz». Tal concepto de felicidad le parecía increíble.

-Gianni... ¿cómo era yo entonces?

-Testaruda, con mucho genio, llena de vida, poco convencional... ¡Dios, no es justo que me hagas hablar de esto!

Milly empezó a respirar de forma entrecortada, perpleja ante la lista de adjetivos que él acababa de utilizar para describirla.

-¿Estás bien?

Emitió un sollozo ahogado, que intentó disimular rápidamente.

-Sí, estoy bien, creo que me voy a ir a la cama.

Por lo visto Milly Henner era una mujer totalmente distinta. Llena de personalidad, fuerte... ¿poco convencional? Milly se rió tristemente por tal ironía.

Exhausta de tanto pensar, no tardó en quedarse dormida. Pero unos inquietantes sueños la mantenían inquieta y sin parar de moverse, bombardeada por imágenes aterradoras que acabaron por despertarla. Estaba temblando y llorando y tan confundida que no sabía ni dónde estaba.

-¡Dio mío, cara... cálmate!

Al oír la voz de Gianni se quedó helada y luego se derrumbó entre sus brazos, aliviada de que él estuviera allí.

Capítulo 6

Milly apretó la cara llena de lágrimas contra el pecho de Gianni.

-Ha debido de ser una pesadilla, cara -le dijo Gianni alejándola para poder mirarla.

-Estaba luchando con alguien en medio de la oscuridad... ¡parecía tan real!

-No es posible. Nunca te ha ocurrido nada así, al menos no desde que yo te conozco -Gianni extendió sus enormes manos sobre las mejillas de Milly a la vez que observaba su rostro todavía asustado.

Sus palabras consiguieron que desapareciera gran parte de la tensión, pero no toda. Nunca había tenido un sueño así y no podía evitar pensar que a lo mejor lo había provocado algo perteneciente a su pasado.

-Antes de despertar, me estabas llamando a voz en grito.

-¿De verdad? -no quería seguir hablando del sueño, la asustaba demasiado. De pronto, puso cara de incomprensión-. ¿Cómo me has podido oír... quiero decir, tú de dónde has salido?

-Estaba en el salón de tu suite -le explicó Gianni-. Me había venido aquí a trabajar, pensé que era mejor que no te quedaras sola esta noche. Si no te hubieras despertado, ni siquiera te habrías enterado de que estaba aquí.

A media luz, Milly lo observó detenidamente por vez primera. Sin la corbata y la americana y con la camisa medio abierta mostrando el cuello bronceado y algo de vello masculino, le resultaba mucho más cercano que nunca. Incluso su mandíbula parecía menos agresiva, a lo mejor era por la incipiente barba, que además le añadía atractivo. Al percatarse de lo que se le estaba pasando por la cabeza, se alejó de él y se recostó sobre los almohadones.

-Bueno, voy a seguir trabajando -dijo Gianni empezando a levantarse.

Milly se puso en tensión.

-¿Te tienes que ir ya?

-¿Quieres que me quede?

Ella asintió.

-Y que hablemos de algo alegre. Podrías contarme cosas de mis padres, si te apetece.

Gianni se acomodó sobre la cama, estirando las piernas al

tiempo que le lanzaba una tierna mirada con los ojos entreabiertos.

-Sabes lo que va a pasar, ¿no? -murmuró provocador.

-No va a pasar nada -contestó Milly ruborizada-: Piensa en la cama como si fuera un sofá.

Gianni se echó a reír moviendo la cabeza con arrogancia.

-Tus padres... tú me contaste que estaban locos el uno por el otro. Se llamaban Leo y Suzanne, tu padre era londinense y tu madre francesa.

-¿Francesa? -se volvió a mirarlo sorprendida.

-Sí, tú eres prácticamente bilingüe. ¿Todavía no te has dado cuenta? Viviste en París hasta los ocho años.

-A ver, tienes que empezar desde el principio. ¿Sabes cuándo se casaron?

-No estaban casados... no eran demasiado partidarios del matrimonio.

Milly se quedó helada.

-¿Quieres decir que yo soy...?

-Sí.

Empezó a mover la cabeza y a reírse al pensar en lo irónico de la situación. Gianni se inclinó hacia ella y la agarró por los hombros.

-¿Qué te parece tan divertido?

-Es tan irónico. Estos tres años he vivido en un mundo en el que los hijos ilegítimos eran un problema muy serio y ahora resulta que ¡yo misma soy una hija ilegítima! Cuéntame más cosas de Leo y Suzanne -le pidió impaciente.

-Eran artistas callejeros.

-«Artistas callejeros» -repitió Milly en voz baja y luego sonrió-. Me gusta.

-Suzanne murió atropellada por un conductor borracho. Tu padre nunca llegó a superarlo, ese fue el final de vuestro hogar estable. Te llevó a vagar por toda Europa; así que no conociste muchos colegios. Pero adorabas a tu padre, siempre daba la sensación de que habías tenido una infancia muy feliz.

Milly miró a Gianni con la expresión de un niño escuchando un cuento apasionante.

-Me alegro de haber sido tan feliz.

-Siempre fuiste una optimista empedernida -dijo esto mirándola con los ojos brillantes a la vez que sus dedos jugueteaban con un mechón de pelo rubio que le rozaba el brazo.

Al instante, el corazón de Milly empezó a latir aceleradamente y se le encogió el estómago. El silencio se hizo eterno. A Gianni se le dibujó en el rostro una elocuente sonrisa que la dejó hipnotizada.

-Sin embargo yo soy muy pesimista sobre la mayoría de las cosas -le dijo él susurrando-. Solo hay una cosa que casi nunca me decepciona...

Todo aquello estaba provocando en Milly las más curiosas sensaciones. Notaba el cuerpo muy pesado pero a la vez increíblemente vivo y despierto, con todos los sentidos alerta. Tenía una voz maravillosa que hacía que un escalofrío le recorriera la columna vertebral. Era como el chocolate negro. Peligroso... Peligrosamente delicioso, peligrosamente sexy...

Cada vez más acalorada, intentó concentrarse en sus palabras, pero fue difícil porque él seguía callado. Solo la miraba con los ojos entreabiertos y seductores. Fue como una ola que la llenó de deseo. Recordó aquel maravilloso beso. Los fuegos artificiales y cohetes que provocó en ella. De forma inconsciente, empezó a subir la cabeza a la vez que entreabría los labios, su cuerpo había comenzado a inclinarse hacia él; era como un imán.

-Tú nunca me has decepcionado en eso -siguió susurrando Gianni.

Milly no sabía de qué estaba hablando, no era capaz de hilar dos ideas de forma lógica.

-¿Nunca? -consiguió preguntar.

-En ese aspecto de nuestra relación, yo tenía control absoluto -la sensual boca de Gianni se curvó y apareció una sonrisa malévola que provocó un estremecimiento en Milly.

La luz tenue acentuaba sus rasgos de estatua de bronce. Su piel oscura contrastaba con la blancura inmaculada de la camisa.

Ella estaba tan tensa que le dolían los músculos. Pero no podía moverse, no podía apartar los ojos de él, no podía deshacerse de la excitación que se estaba apoderando de ella y le impedía reaccionar. En ese momento, Gianni se inclinó suavemente sobre ella. Podía notar su respiración en la cara; cada vez más cerca, hasta que sintió que su lengua en los labios ligeramente entreabiertos. Gimió de placer a la vez que le tendía los brazos para acercarse más a él.

Sus bocas se volvieron a juntar, el cuerpo de Milly se volvió a estremecer. «Solo un beso, uno solo», se prometió ella como un alcohólico que sabe que desea algo que no le conviene.

-Gianni... -susurró entre gemidos de placer.

Él siguió besándole las mejillas, la frente, los párpados, provocándola con delicados besos hasta que ella ya no pudo más y se aproximó a él aún más.

-Cuándo, cómo y dónde yo quiera -murmuró Gianni-, no hace

falta que diga nada, ni haga nada. Simplemente empiezo a pensar en el sexo y tú te derrites, estamos tan bien sintonizados...

Entonces la besó de verdad y fue como si la lanzaran en un cohete. En décimas de segundo, ardía de pasión.

Gianni se separó de ella un instante para tumbarla sobre la cama y quitarse la camisa con impaciencia. Milly se sentía transportada a otro mundo, tuvo que concentrarse para recuperar la respiración. Tenía el torso de un dios griego: hombros anchos y los abdominales marcados.

Sintió una especie de pinchazo en la pelvis, su cuerpo y todos sus sentidos reaccionaban al reconocer a Gianni como su amante. Su olor, su suavidad, incluso su sabor. No podía creer lo que estaba viviendo.

-Gianni... -murmuró con voz entrecortada, intentando recuperar el control sobre su cuerpo, poner algo de realidad en su confusión-. Yo... nosotros...

Él volvió a pegarse a ella, con los ojos encendidos como el fuego, tan excitado como ella. El ansia que observaba en él la hacía retorcerse de placer, con un gemido de abandono volvió a abrir los labios, esa vez para besarlo.

Gianni la atrajo hacia sí y siguió explorando el interior de su boca con una pasión que la paralizaba.

-Los dos necesitábamos esto. Tú me deseas... siempre me deseas.

Ella lo miró, el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Le acarició la boca con la mano temblorosa pero dirigida por un impulso imparable.

-Te necesito tanto como el aire que respiro –susurró agitada.

En ese momento, él la levantó un instante para quitarle el camisón con una rapidez que la dejó impresionada. Observó anonadada sus pechos hinchados por la excitación. Le ardía la cara y se sentía tímida e indefensa ante la mirada ardiente de Gianni, que estudiaba su cuerpo desnudo; notaba sus ojos posarse sobre ella como si fueran auténtico fuego.

-Dio -gimió al tiempo que levantaba una mano para acariciarle un pecho pálido, coronado por el pezón erecto.

Milly respondió con apasionada violencia, acompañada de gemidos de placer. Tenía la mente bloqueada por la excitación, no podía percibir nada que no fuera físico. Mientras él seguía tocándola con delicadeza su pecho recibía las caricias agradecido y el corazón latía con más y más fuerza.

-Siempre me ha encantado tu pecho. Eres exquisita -le dijo Gianni, zambullendo una mano entre su pelo rubio, que caía en

cascada sobre la almohada, y empezando a hacer con la boca lo que segundos antes habían hecho sus dedos.

La excitación había tomado el control de su cuerpo por completo. La habilidad erótica que demostraban sus labios y la humedad de su lengua en el pecho la arrastraban a un mundo de sensaciones desconocidas. Estaba gimiendo y retorciéndose de placer, un placer tan intenso que no se creía capaz de soportarlo. Cada vez notaba con más fuerza que algo palpitaba dentro de ella, algo que se estaba convirtiendo en auténtico dolor entre los muslos.

Gianni se detuvo solo un momento para liberarse de la ropa que le quedaba. Ella estaba temblando, todo su cuerpo estaba agitado por la pasión y le suplicaba que continuara.

-Gianni... por favor... -dijo Milly sin saber siquiera de dónde procedían aquellas palabras.

-Duele sentir tanto deseo, ¿verdad?

-Sí... -era como tener un nudo dentro que cada vez apretaba más. Lo miró cautivada, deteniéndose especialmente en el violento y poderoso símbolo de su virilidad. La boca se le quedó seca y sintió de pronto como si dentro de ella se acabaran de romper todas las cadenas, dejando que todo fluyera e inundara el centro mismo de su ser.

Gianni tiró de ella con ímpetu masculino. Se quedó mirándola a la cara, él tenía todos los músculos del rostro en tensión.

-Siempre nos hemos entendido muy bien en esto, cara mía.

Algo en el tono de sus palabras le dio miedo, pero antes de tener tiempo de analizarlo, dejó paso a las sensaciones que le estaba provocando notar a Gianni explorando lo más íntimo de su ser. Su cuerpo se deshizo con un placer casi insoportable. Era algo totalmente irracional que la estaba invadiendo por completo y hacía que pareciera que el mundo entero giraba al ritmo de sus movimientos; unos movimientos que necesitaba que continuaran hasta su último aliento de vida.

Incluso en tal estado de excitación, le sorprendió cuando Gianni se sumergió en ella por completo. De repente, él estaba allí, donde su cuerpo más palpitaba de placer, abriéndose camino dentro de ella con una fuerza que le hizo gritar.

Milly buscó la mirada de su amante en mitad de la más absoluta pasión, pero en sus ojos solo encontró oscuridad.

-¿Gianni…?

-¡Madre di Dio... tengo que bloquear todos mis recuerdos para poder hacer esto! -exclamó Gianni violentamente, empujando dentro de ella otra vez.

Incluso intentando entender qué le ocurría, su cuerpo se veía arrastrado por unas sensaciones de las que estaba muy necesitado después de tanto tiempo. Su confusión no llegaba a ser tan poderosa como el ansia que él había despertado en ella. Fue entonces cuando sintió una liberación.

En pocos segundos, Gianni también alcanzó esa liberación y lo proclamó con un poderoso gemido. Milly lo abrazó con el rostro lleno de lágrimas. Aquel llanto no la sorprendía, a veces amaba tanto a aquel hombre que quería gritarlo desde los tejados. Besó su piel desnuda y húmeda de sudor con sincera adoración.

Entonces, Gianni se separó de ella con una violencia incomprensible y acompañando el movimiento con un juramento en italiano. Se quedó mirándola con una rabia abrasadora.

-Adiós, Edward... hola, Gianni. Y todo en el mismo día, ¿verdad? -dijo iracundo en un tono dolorosamente irónico. Al pronunciar estas palabras se quedó pálido-. ¿Qué clase de idiota te crees que soy?

Milly estaba estupefacta. El velo cegador de la pasión y la satisfacción sexual había desaparecido tan de repente que parecía que no hubiera existido nunca. Observó a Gianni intentando buscar una respuesta a su comportamiento y de pronto cayó en la cuenta de que el pasado y el presente estaban unidos dentro de su cabeza por vez primera.

Gianni resopló con fuerza.

-Está bien, quizás tú no estabas pensando eso y yo he reaccionado de forma exagerada -admitió con un inusualmente marcado acento italiano.

Milly recordó lo increíblemente siciliano que podía ser Gianni a veces. Su memoria estaba sufriendo un auténtico bombardeo de imágenes del pasado.

-Deja de mirarme de ese modo -le dijo él entonces.

Ella se dio perfecta cuenta de que Gianni pensaba que iba a tener que disculparse y recordó que odiaba hacerlo, prefería hundirse aún más en la equivocación antes que hacer frente a la realidad.

Milly estaba paralizada por la importancia de lo que estaba ocurriendo en su cerebro, por fin acababa de recuperar la memoria.

-Milly... -dijo Gianni incorporándose en la cama y mirando su rostro angustiado y ausente. Aunque parecía que lo estaba mirando a él, se dio cuenta de que, por alguna razón, en realidad no estaba allí.

Gianni... el amor de su vida. Estaba empezando a identificar las

cosas en medio de su agonía. Huir de él y admitir el fracaso fue como clavarse un puñal en el corazón.

-Tú me odias... -dijo agitando la cabeza en un gesto de negación mientras las lágrimas recorrían sus mejillas-. ¡Me has hecho el amor odiándome!

Gianni estaba atónito.

-¿Quieres saber cómo sé todo eso? -le preguntó con sarcasmo-. Lo sé porque me acuerdo de todo... pero no quiero hacerlo... ¡no quiero recordarlo! -sollozó llena de dolor.

Gianni acostó a Milly en la enorme cama con dosel del dormitorio de su casa de campo. Todavía en el hotel, el médico le había dado un sedante y le había dicho a Gianni claramente y sin ningún paliativo lo que opinaba de él.

Había sido obvio que la cama de la habitación del hotel acababa de acoger a más de una persona. Con una humildad que habría dejado boquiabierto a cualquiera que lo conociera, el siciliano escuchó cómo el médico lo describía como un canalla egoísta. Pero esos adjetivos eran más suaves que lo que él mismo se habría dicho si hubiera dado voz a la culpabilidad que lo devoraba.

-¿No duermes? -preguntó Connor con el rostro lleno de esperanza.

-No, no duermo -le confirmó Milly mientras abrazaba a su hijo y besaba aquellas suaves mejillas-. Deduzco que he dormido demasiado.

Connor se levantó de la cama para recoger algo del suelo con toda rapidez y enseñárselo a su madre. Era un cuento infantil. El niño señaló a la princesa de pelo rubio que aparecía durmiendo en la portada y dijo:

-¡Esta es mami!

Al ver el título, Milly tuvo que tomar aire. La Bella Durmiente. Gianni había tenido mucha imaginación para explicarle al niño la repentina necesidad de dormir que había sentido su madre.

¿Por qué, por qué no le habría dejado que siguiera perdida? No era solo que reclamara a Connor, reclamaba venganza. Venganza como solo un siciliano podía concebirla. Stefano ya la había destruido en un ataque de lujuria y alcohol. Ni en su lecho de muerte conseguiría que Gianni la perdonara por lo que él creía que le había hecho. Si al menos al reencontrarse con él hubiera sabido que la odiaba y la despreciaba de ese modo...

Desde aquella maravillosa cama, observó la habitación antes de levantarse. Lo único que conocía de la casa era el baño,

perfectamente equipado, que había utilizado al llegar; pero había otras tres puertas en aquel dormitorio.

Se dirigió hacia una de las ventanas para mirar al exterior. Había un precioso jardín y un bosque a lo lejos. Se fue a dar una ducha. Se estaba secando el pelo cuando oyó que alguien llamaba a la puerta del baño. Se asomó una chica de pelo castaño que se sonrojó al ver a Milly en albornoz.

-Lo siento, señorita Henner, no me había dado cuenta de que se había levantado. Soy Barbara Withers.

-¡Barb! -la interrumpió Connor al reconocerla.

-Estoy cuidando de Connor temporalmente. El señor D'Angelo dejó muy claro que el empleo definitivo dependía de su aprobación.

-Sí... -dijo Milly consciente del nerviosismo de la joven y mostrando a la vez su propio desconcierto.

-Le iba a proponer si quería que me llevara a Connor a jugar fuera, como el señor D'Angelo le dejó al niño después de desayunar, he pensado que estaría cansada.

Así que Connor no había entrado en la habitación por si solo; Gianni lo había dejado allí silenciosamente mientras ella dormía. Quizás fuera mejor que no le hubiera dicho nada delante del niño, no quería que su hijo estuviera presente cuando lo volviera a ver.

-Seguro que a Connor le apetece mucho la idea -contestó Milly esbozando una forzada sonrisa. La agotaba solo pensar lo que se le venía encima. Tenía que enfrentarse al hombre que, después de aquella horrible noche de hacía tres años, se negó a volver a verla y a contestar a sus cartas y llamadas. No le costó ningún trabajo juzgarla, dejarla, y sustituirla por otra a toda velocidad.

Milly echó un vistazo a su ropa y se dio cuenta de que sentía cierta aversión a volver a utilizar la ropa que había llevado mientras era Faith Jennings. Pero no tenía ninguna otra cosa que ponerse; se acordó con tristeza del magnífico vestuario que decidió abandonar en el armario cuando se marchó de París tres años antes.

Al final, se puso unos vaqueros gastados y una camisa negra. Con el pelo suelto sobre los hombros, salió en busca de Gianni.

Se encontró en un largo pasillo adornado con multitud de cuadros. El toque de Gianni estaba por todas partes: en los magníficos muebles, en las más fabulosas obras de arte. Siempre se rodeaba de cosas hermosas, tenía un gusto exquisito y un nivel cultural considerable, todo ello conseguido con esfuerzo siendo ya adulto.

Muy pocas personas podían llegar hasta donde estaba Gianni, después de haber tenido una infancia tan horrible. Había crecido

con un padre alcohólico y una madre prostituta que lo abandonó y a quién sustituyó una madrastra que lo alimentaba peor que a un perro y que, a los diez años, lo dejaba en las calles de Palermo para que se buscara la vida por sí solo.

¿Por qué estaba acordándose de todo eso? , se preguntó Milly con rabia.

Era como si su inconsciente estuviera desbordado: los recuerdos fluían en contra de su propia voluntad y se negaban a desaparecer.

El año en que ella cumplió los diecinueve años su vida cambió por completo; Leo, su irresponsable pero tremendamente encantador padre, murió en España de un ataque al corazón.

Tras once años de vida itinerante con su padre, Milly quiso echar raíces en algún lugar y hacer planes de futuro. Solicitó un curso de horticultura en un colegio de Londres, lo que requirió mucho valor, puesto que no tenía ninguna titulación. Por eso se sintió tan alegre cuando la aceptaron y se convirtió en estudiante.

Vivía con estrecheces en una diminuta habitación. Trabajaba media jornada en un supermercado para completar lo poco que le daba la beca. Su primera amiga de verdad fue la inquieta rubia que vivía enfrente de ella. Lisa trabajaba haciendo strip-tease y vivía mucho más desahogada que ella.

Una tarde, Lisa se presentó histérica en su habitación.

-¡Tengo una actuación esta noche y no puedo hacerla! -le dijo gritando-. Acaba de llamarme Steve para invitarme a cenar y no puedo decirle que no, ya sabes cómo es. ¡Si no voy, se lo pedirá a otra!

Lisa estaba enamorada de un auténtico cretino, se podría haber llenado un libro con todas las faenas que le hacía aquel egoísta. Sin embargo, en cuanto la llamaba, Lisa lo dejaba todo y corría a su encuentro.

-Por favor, ve a esa actuación por mí -le suplicó histérica-. No te tienes que quitar la ropa, lo único que tienes que hacer es salir vestida de ángel de una tarta de cartón y sonreír.

Milly accedió a regañadientes. Lisa corrió a su habitación y volvió con un traje de ángel y un arpa.

-Es un traje muy anticuado, pero los ejecutivos quieren cosas discretas y con gusto, tienen miedo de ofender a su jefe. Es su cumpleaños, se llama D'Angelo... ángel, ¡qué gracia!, ¿no?

Y así fue como acabó saliendo de la tarta de cumpleaños de Gianni. De pronto se encontró con unos enormes ojos oscuros y brillantes. Aquellos ojos la impresionaron tanto que tropezó con el enorme traje, tiró la mitad de los vasos que había sobre la mesa y

aterrizó en los brazos de Gianni. Todavía recordaba el silencio sepulcral que provocó su torpeza.

-Feliz cumpleaños, señor D'Angelo -consiguió decir tartamudeando.

-¿Y qué haces en los bises? -le preguntó Gianni lleno de ironía-. ¿Tirar el edificio?

La vergüenza de Milly se convirtió en rabia ante tan sarcástico comentario.

-¡Eres un estúpido desconsiderado! -le reprochó Milly-. ¡Vamos, ayúdame! ¿Es que no tienes modales?

Los empleados observaban atónitos las escena, tan atónitos como Gianni, que tardó un poco en reaccionar.

-Tienes mucho genio para lo pequeñita que eres, ¿no?

-¡Eres un cerdo ignorante! -exclamó ella mientras él le tendía una mano para ayudarla, pero ella prefirió quedarse sentada desenredándose la ropa y así poder levantarse sin ayuda.

-Bueno, y después de esto, ¿qué haces? -le preguntó con aire burlón acomodándose en la silla.

-Si tienes la esperanza de que me desnude, siento decirte que hoy no es tu día. Yo me quedo con toda la ropa puesta.

Gianni la observó divertido.

-¿No se supone que me tienes que cantar el Cumpleaños Feliz?

-No sería capaz ni de entonar la primera nota.

-No...desde luego, como artista no tienes precio -bromeó Gianni con los ojos clavados en aquella cara tan expresiva.

Poniéndose de pie y dejando ver así su imponente altura, Gianni la tomó de la mano y le dijo al público boquiabierto:

-La próxima vez que queráis darme una sorpresa, mirad bien el reglamento de seguridad. Si se llega a hacer daño, este angelito nos podría haber demandado.

-¡Suéltame la mano! -le pidió Milly mientras que él la acompañaba hacia la puerta.

-¿Esta era tu última actuación?

-Era la única.

-Entonces te llevo a casa.

-No, gracias -contestó soltándole la mano y apresurándose al baño, donde ya se había cambiado antes.

Cuando salió ya con su ropa puesta, unos vaqueros y un suéter, Gianni la estaba esperando.

-Eres obstinado, ¿eh?

-Tú eres preciosa. No pongas esa cara, no te pega ser tímida -le dijo provocador-. Te llevaré a casa, te vistes y luego salimos a

cenar.

-No, gracias -contestó algo molesta porque el plan la empezaba a tentar, por mucho que supiera que no era nada adecuado.

-¿Por qué no?

-¿Cuántas razones necesitas?

-Esto es muy divertido, dime todo lo que quieras.

-De acuerdo. Uno, eres demasiado listo para mí. Dos, tienes pinta de estar podrido de dinero. Tres, debes de tener por lo menos diez años más que yo y no creo que tengamos ni una sola cosa en común.

-¿Siempre eres tan... mordaz?

-No, tú sacas lo mejor de mí.

-¿Odio al instante?

-No, cuando te ví me pareciste muy atractivo... pero no quiero seguir con esto -admitió avergonzada por la manera en la que lo había estado atacando-. Bueno, adiós. ¡Que tengas feliz cumpleaños!

Al día siguiente, cuando llegó de la escuela, Gianni la estaba esperando en su casa y Lisa lo estaba entreteniendo mientras esperaba.

-¿Cómo demonios te has enterado de dónde vivo?

-Soborné al dueño de la agencia de strip-tease. Me dijo que te llamabas Lisa, luego Lisa me ha explicado quién eres realmente -le explicó con una sonrisa encantadora.

-No deberías haber venido aquí.

-¡Dio mío...! ¿Qué esperabas? ¿Creías que me iba a olvidar de ti con lo que los dos sentimos?

-Dime algo que tengamos en común.

-Sexo.

-Cuando se te ocurra algo más cenaré contigo -le dijo ruborizada.

Gianni puso el pie en la puerta que Milly intentaba cerrar.

-El mal genio.

-¡Eres tan persistente!

-De acuerdo -se encogió de hombros con increíble elegancia-. Me largo.

Dejó que llegara al piso de abajo y al darse cuenta de que si le dejaba marchar lo más probable era que no lo volviera a ver se asomó a la escalera y le dijo:

-Solo cenar... ¿de acuerdo?

-¿Y desayunar? -preguntó sin dudarlo un segundo.

-Ni hablar, pero me alegro de que seas tan sincero sobre tus intenciones. La sinceridad es muy importante para mí, aunque no

siempre sea fácil aceptarla. Por eso debo decirte que no me va el sexo por el sexo, soy muy romántica.

Gianni suspiró.

-Me parece que uno de los dos se va a llevar una decepción.

-No seré yo -le dijo Milly con dulzura-. No podría enamorarme de alguien como tú.

-¿Por qué iba yo a querer que lo hicieras? Lo único por lo que me interesas es...

-Cállate antes de que pierdas una cita para cenar -le aconsejó ella.

Al volver a la realidad alejándose de los recuerdos. Milly parpadeó y miró a su alrededor: seguía en el pasillo. Respiró hondo y se dirigió hacia la escalera. Mientras bajaba vio a Gianni entrar en la casa. Nada más verlo sintió que el corazón empezaba a palpitar agitado. Se quedó parada en el segundo escalón, de forma que, por una vez en la vida estaba a su mismo nivel.

Capítulo 7

-Gianni... -apenas podía pronunciar su nombre.

-No tienes muy buen aspecto -le dijo con los ojos fijos en ella, pero sin expresión alguna-. Deberías haberte quedado en la cama.

Sí, así podría manejarla mejor, pensó Milly.

-Estoy bien -mintió aterrada de que pudiera notar cuánto la seguía afectando.

Gianni la observó detenidamente. Era tan pequeña y delgada, tan pálida, con esos ojos angustiados clavados en él como si fuera a atacarla. El miedo que no podía ocultar lo llenó de amarga rabia.

De pronto, deseó que no hubiera recuperado la memoria. ¡Los recuerdos no traían más que dolor! La noche del hotel había estado tan dulce. Abierta y confiada, tal y como la recordaba. Era la única persona que lo trataba como a alguien normal y corriente: lo regañaba cuando llegaba tarde, se quejaba cuando lo veía absorto en sus pensamientos, llegando a bostezar de aburrimiento cuando le hablaba de negocios y olvidándose de él por completo cuando se ponía a trabajar en su precioso jardín. Ella era diferente a todas las demás mujeres que había habido en su vida, tanto antes como después de ella.

Milly era consciente de estar mirando a Gianni totalmente absorta, pero los fuertes latidos de su corazón la tenían paralizada. Aquellos ojos tan fríos y oscuros como una noche de invierno no eran buena señal. Y era aún peor lo guapísimo que estaba con ese traje informal color caramelo. Tenía que decir algo urgentemente, pero tenía la mente en blanco. No sabía por dónde empezar y, si lo hacía, no sabría dónde parar. Era más seguro quedarse en silencio.

De repente, Gianni le tendió una mano y Milly se quedó perpleja. Era lo último que esperaba en ese momento. Levantó el brazo a cámara lenta. El acercó también la otra mano para tomarla por la cintura y ponerla en el suelo de mármol.

Estaba desconcertada, pero lo cierto era que se sintió aliviada al no estar al mismo nivel que él, ya no se tenía que enfrentar a sus ojos de forma tan directa, ahora tenía la mirada a la altura de su pecho.

-Tenemos que hablar-le dijo Gianni.

Milly se quedó sorprendida. Solo alguien que lo hubiera conocido íntimamente se habría dado cuenta de lo tremendamente

inusual que resultaba en él esa afirmación. Siempre que ella había querido hablar en serio, Gianni había opuesto las más elaboradas evasivas. «Luego» era una de sus favoritas, seguida por un deseo sexual irrefrenable o una cita ineludible. Milly había tardado mucho tiempo en darse cuenta de que «luego» en realidad significaba «nunca».

-Sí, tenemos mucho de que hablar -asintió Milly sintiendo una puñalada de resentimiento. ¿Qué habría hecho cambiar a Gianni? ¿Quién lo había cambiado? ¿Quién había logrado hacerle ver que la comunicación y la sinceridad eran la única salida cuando las cosas se ponían difíciles? Eso era exactamente lo que ellos habrían necesitado en otro tiempo, su propuesta llegaba demasiado tarde para ella.

La condujo hasta la biblioteca, donde había una chimenea encendida. Se acercó hasta el escritorio y pidió por teléfono que les llevaran café; mientras Milly se calentaba las manos al calor del fuego, con la mirada perdida en las llamas.

-¿Qué te parece la casa? -le preguntó Gianni.

-Es preciosa -se contuvo de decir lo que pensaba: que no era lo que había esperado, pero no quería entrar en ningún tema que lo distrajera de lo que le quería decir.

-Los jardines son famosos y me he asegurado de que estén bien cuidados -le explicó con suavidad. Milly se aproximó a la ventana más cercana. Le encantaban los jardines, pero en ese momento estaba demasiado furiosa como para poder apreciar nada.

-Tiene un aspecto fabuloso.

-Hay una planta muy rara dentro de la propiedad, el jardinero dice que cualquiera que entienda un poco se quedará maravillado.

Milly estaba apabullada por toda esa información que no tenía ningún sentido viniendo de alguien que apenas podía diferenciar una rosa de una margarita, y que además se enorgullecía de ello. De pronto, cayó en la cuenta de algo.

-¡Dios! ¡No he hablado con Louise! ¡Es mi socia y mi mejor amiga y ni siquiera la he llamado!

Gianni le lanzó una mirada fulminante.

-La llamé yo. Estaba muy preocupada, le dije que la llamarías cuando te encontraras mejor... ¿te parece bien?

Respiró aliviada, pero se preguntaba por qué le habría contestado con esa impaciencia, parecía como si lo hubiera interrumpido cuando iba a decir algo importante. Se abrió la puerta y entró una doncella con el café.

Milly se sentó en un sillón de cuero y sirvió el café. Sin dudarlo

ni un instante, puso tres terrones en la taza de Gianni.

-Hablemos primero de las cosas prácticas, vamos a quitarlas de en medio cuanto antes -anunció él con decisión y tranquilidad-. Lo primero que quiero saber es si tienes la menor idea de quién te dejó tirada en aquella carretera de Cornwall, o de cómo ocurrió.

Milly se quedó helada. No estaba preparada para esas preguntas tan directas.

-Sé que debe de ser muy duro para ti recordar todas esas cosas, pero hay que hacerlo -Gianni la miraba con los ojos llenos de expectación.

En ese mismo instante, se sintió transportada a aquella horrible noche que prefería haber dejado enterrada para siempre, por razones que nada tenían que ver con el accidente. Se quedó lívida y le empezaron a temblar las manos. Lo único que esperaba era que no se le ocurriera preguntarle qué había ido a hacer a Cornwall, si lo hacía, no podría decirle la verdad.

-¿Milly... recuerdas lo que sucedió?

-En parte... pero no con mucha claridad -un taxi la había dejado en la puerta de la casa de campo en la que Stefano se alojaba con su novia. Olvidó pedirle al taxista que la esperara, lo que fue un error imperdonable. Le costó mucho decidirse a enfrentarse con Stefano. Cuando salió de allí, se sentía muerta por dentro y no le importaba nada; ni la oscuridad, ni el viento, ni la lluvia. Simplemente echó a andar rápidamente. -Me perdí -dijo entre dientes.

-¿Pero dónde fue eso? ¿Por qué ibas andando?

-Venía de hacer una visita... me equivoqué con el horario de los autobuses que tenía que tomar para volver, por eso decidí andar -continuó hablando determinada a no decirle ninguna mentira absoluta-. Era una noche muy húmeda.

Gianni se agachó y le tomó las manos entre las suyas.

-Ya hace mucho tiempo de eso, cara. No te puede seguir afectando.

Milly se apoyó en él buscando ayuda desesperada, tenía la sensación de estarlo engañando.

-No hay mucho que contar. Creo que oí acercarse el coche que me atropelló pero eso es todo. No recuerdo haber visto aquel coche o el momento en el que me golpeó. Lo que me sigue dando escalofríos es pensar que mientras estaba allí herida, alguien vino y me robó.

-Puede que el conductor que te atropelló fuera la misma persona que te robó -dijo Gianni, y Milly pudo ver cómo una tremenda ira se apoderaba de él solo con considerar esa posibilidad. Aquella

reacción hizo que ella se sintiera mejor-. Pero me temo que la policía esperará que les des más detalles.

-¿La policía? -repitió Milly sorprendida.

-¡Algún desgraciado te dejó en esa cuneta como si fueras un trasto! -le recordó Gianni con furia-. Habrías muerto si ese motorista no te hubiera visto. ¡Fue un milagro que no abortaras!

Milly suspiró.

-Pero yo no quiero volver a hablar con la policía sobre este tema.

-Tendrás que hacer una declaración nueva, entiendo que no te guste la idea de remover todo aquello de nuevo -admitió con tono tranquilizador-. Tengo más preguntas que quiero que me contestes, pero podemos dejarlas por ahora.

-Sí... -dijo Milly mirando hacia otro lado. Le palpitaba la cabeza y tenía el estómago encogido. No quería que Gianni supiera que aquel día había ido a ver a Stefano, sabía cómo interpretaría tal visita. Por supuesto, Stefano se había asegurado de no contárselo. Aquella noche el hermano de Gianni la trató como a una apestada. Milly apartó ese recuerdo de su memoria con gran esfuerzo.

-De acuerdo -continuó él como si estuviera en una reunión y fuera a pasar al siguiente punto del orden del día-. Me imagino que te gustaría saber dónde nos lleva todo esto.

Teniendo en cuenta que, en los dos años de relación con él, nunca había tenido la sensación de que aquello los llevara a ningún sitio, aparte de a la siguiente visita relámpago, Milly se quedó perpleja ante tal afirmación.

Gianni se apoyó en el escritorio. Tenía un aspecto increíblemente sofisticado y elegante con aquel traje informal y la camiseta negra. Milly apartó la mirada de él.

-Para empezar, creo que debería decirte por qué compré esta casa hace dos años.

Ella no entendía qué podía tener eso que ver con ella.

-Este lugar está muy bien comunicado, tanto con el aeropuerto como con la City de Londres. Tenía la esperanza de que, una vez que consiguiera encontraros, os vendrías aquí.

-¿Aquí? ¿Por qué?

-Obviamente quiero que viváis en un lugar donde me resulte sencillo mantener el contacto con Connor y Heywood House cumple los requisitos a la perfección.

-¿Compraste esta casa para mí hace dos años? -Milly estaba pensando en voz alta y, al darse cuenta, se sonrojó avergonzada.

Naturalmente, no lo había hecho por ella sino por su hijo. Tres

años antes, nunca habría imaginado que a él le ilusionaría hasta tal extremo la idea de tener un hijo. Haciendo un esfuerzo, Milly volvió a centrar la atención en él.

-A todos los efectos Heywood House te pertenece hasta que Connor cumpla los veinticinco años -dio los detalles con total tranquilidad-. Tengo la intención de arreglar toda la documentación que sea necesaria, ahora esta es tu casa. Quiero que aquí te sientas segura.

Todo quedaba atado y bien atado. Era típico de Gianni. Ya había ideado la forma de controlarla mejor y, a través de ella, a su hijo.

Por primera vez desde que había recuperado la memoria, se acordó de las pruebas de ADN. Sintió un estremecimiento de auténtica repulsión. Solo con verla un instante con su hermano Stefano, la había creído capaz de la mayor de las maldades. Dos años de amor y devoción borrados en una décima de segundo. Le daba la sensación de que ni siquiera confiaba en que en un futuro ella no fuera a reclamar la casa o parte de ella.

-Pensé que el jardín te haría ilusión -mientras decía esas palabras la miraba como si fuera su benefactor, esperando que ella expresara su gratitud-. Obviamente, ese factor influyó en mi decisión de elegir este lugar.

-¿Y no se te ha ocurrido pensar que yo podría querer elegir por mí misma el lugar donde deseo vivir con mi hijo?

-Bueno, dentro de un límite -respondió Gianni tajantemente-. También estamos hablando de mi hijo, pero dejemos eso a un lado por ahora. Hay otra cosa más importante de la que quiero hablar contigo...

En ese momento, a Milly se le escapó una risa seca y nerviosa. Estaba tensa como las cuerdas de una guitarra.

-¿Qué es lo que te parece tan divertido? -le preguntó Gianni.

-Antes, cada vez que yo decía una frase como esa, a ti se te ponían los pelos de punta -le recordó con tristeza.

-No quiero que sigamos revolviendo en el pasado. Por el bien de Connor, debemos dejar eso a un lado.

«Por el bien de Connor». Aquellas palabras tenían un ligero tono de superioridad. Para él, la madre de su hijo era una fulana que había seducido a su hermano pequeño.

-Me gustaría que el niño llevara mi apellido.

Milly levantó la mirada con cansancio. Consiguió ponerse en pie sin poder aguantar por más tiempo lo que la estaba carcomiendo por dentro.

-Tu hermano intentó aprovecharse de mí.

Gianni se quedó helado. Una mezcla de incredulidad y de ira empezó a brillar con fuerza en sus ojos.

-Pensé que debías saberlo -completó Milly muy alterada.

-Calla... -toda la calma desapareció, la estaba observando con auténtico desdén-. No voy a escuchar tus mentiras. No voy a hablar de eso contigo, ¿capisce? Si dices una palabra más al respecto me largo...

-Adelante -dijo Milly sin ceder terreno, estaba dispuesta a aguantar cualquier tempestad.

-¡Y pongo el tema en manos de mis abogados para que, utilizando todo el dinero y el poder que tengo, consigan la custodia de Connor!

De repente, Milly se quedó sin fuerzas como si, con sus amenazas, Gianni la acabara de desinflar. Lo miró horrorizada y con el rostro lívido.

-Ahora ya lo sabes -murmuró él con dureza.

No podía soportar mirarlo, estaba demasiado asustada. ¡Asustada de Gianni! No hacía falta ser muy lista para saber el tipo de armas que podía utilizar contra ella en una batalla por la custodia. Una persona capaz de vivir durante tres años la vida de otra mujer no daría mucha imagen de madre estable. Su pasado la pondría en una difícil situación.

-Pero yo nunca te haría eso, ni a ti ni a Connor. Creo que eres una madre estupenda. No tengo ninguna intención de arrebatártelo, ¿de acuerdo? -dijo Gianni con tensión.

Milly seguía mirando por la ventana, dándole la espalda.

-Imagino que debería haber pensado que saldrías con algo así -continuó diciendo-. Pero tienes que entender que yo ya me he olvidado de todo eso.

Se refería a su supuesta traición.

-Hasta el punto que... -sorprendentemente Gianni titubeó-. Has estropeado el momento, Milly.

-¿Qué momento? -preguntó confundida.

-Estaba a punto de pedirte que te casaras conmigo. Bueno, en realidad ¡te estoy pidiendo que te cases conmigo! -repitió con fuerza.

Milly pasó de la sorpresa al asombro. Tenía que darse la vuelta y mirarlo. Tenía que mirarlo para poder creer lo que acababa de oír.

Gianni todavía tenía que añadir unas desalentadoras palabras:

-A pesar de todo lo que has hecho, estoy dispuesto a darte otra oportunidad y convertirte en mi esposa.

-Esposa... -apenas podía pronunciar aquella palabra-. Pero si tú

me odias...

-No quiero ponerme a hablar de sentimientos, es bastante irrelevante.

-Irrelevante... -Milly lo miraba confundida.

-Lo único que importa es que eres la madre de mi hijo. Connor merece tener una auténtica familia, no quiero ser solo el tipo que viene a visitarlo de vez en cuando. Quiero ser un padre de verdad. No quiero que un día, cuando sea mayor, me pregunte por qué no lo quise lo bastante como para casarme con su madre y formar parte de su vida.

Milly asintió a cámara lenta,

-Además estamos nosotros -añadió Gianni dándose cuenta de que tenía que arreglarlo-. Seamos sinceros, cara. Tú nunca has sido capaz de echarme de tu cama.

La palidez en el rostro de Milly dejó paso al rubor de la humillación.

-No veo ninguna razón por la que no podamos continuar donde lo dejamos -dijo Gianni con total convicción-. Sigue resultándome imposible mantenerme alejado de ti.

-¿Se supone que eso es un cumplido? -lo interrumpió Milly.

-Te estoy pidiendo que te cases conmigo. Entiendo que te sorprenda, pero deberías estar contenta.

-¿Por qué?

-¿Por qué? -repitió él con incredulidad-. Es lo que tú siempre quisiste, aunque no lo dijeras, ¿creías que no me daba cuenta?

Milly quería torturarlo. ¿Cómo podía un hombre tan inteligente como él hacer que una proposición de matrimonio resultara tan ofensiva?

-Has dicho que a todos los efectos esta es ahora mi casa -le recordó Milly secamente.

-¿Y eso a qué viene ahora? -le preguntó Gianni con impaciencia.

-Si esta es mi casa, puedo pedir que te marches. Te estoy pidiendo...

-Oh... vamos...

Milly miró al frente.

-En realidad no te lo estoy pidiendo. ¡Te estoy diciendo que te vayas!

-¿Cómo te atreves a hablarme así? -dijo Gianni con los ojos encendidos por el asombro y la furia.

El enfado de Milly estaba a la misma altura. Dio un paso firme hacia él.

-¿Tú te quejas de cómo te hablo? ¡Me llevaste a la cama en el

hotel solo para poder demostrarte a ti mismo que seguías excitándome tanto como siempre!

-¡Dio!... ¿Cómo puedes ser tan vulgar?

-¿Vulgar? ¿Yo? ¿Por qué no te oyes a ti mismo? ¡Tú eres el que has alardeado de que yo nunca he sido capaz de echarte de mi cama! Bueno, pues ahora que he recuperado la memoria, sé con toda seguridad que preferiría morir antes que permitirte que me vuelvas a tocar.

-¿Ah, sí?

Antes de que pudiera siquiera adivinar sus intenciones, Gianni se acercó a ella y la levantó en brazos como si fuera una muñeca.

-¡Bájame! -le gritó furiosa.

De pronto, pegó la boca a la suya con fuerza. La ira creció dentro de ella, solo para convertirse al instante en una pasión tan arrolladora que hacía daño. Sentía auténtico dolor al desearlo tanto, necesitarlo tanto. No importaba lo que hiciera, no era suficiente, ella siempre quería más. La calidez de su boca, la fuerza penetrante de su lengua le hacía volverse loca por el alivio que solo él podía darle. Hundió las manos en su pelo negro y brillante y lo besó con tal frenesí, que apenas podía respirar.

Gianni se apartó de ella. También él tenía la respiración entrecortada, pero los ojos le brillaban de satisfacción.

-Por algún motivo, no creo que la muerte antes que el deshonor vaya a ser parte de esta reconciliación, cara mía.

El fuego que Milly acababa de sentir se apagó y se convirtió en doloroso arrepentimiento. Se alejó de él atormentada por su propia debilidad.

-Vete, Gianni -le pidió desesperada.

-Llámame cuando hayas recapacitado -susurró otra vez con su tranquilidad característica.

Milly oyó el ruido de la puerta al cerrarse tras él. Estaba tremendamente avergonzada. Se había vuelto a marchar habiendo dicho la última palabra. Aunque, como siempre, las palabras no habían tenido un papel demasiado importante en su contienda. Pero no siempre habían sido así las cosas entre ellos; hubo un tiempo en el que ella era fuerte y conservaba su orgullo y su independencia y no se dejaba llevar por un hombre que se negaba a comprometerse.

Cinco años antes, nada más conocerse y admitir que sus expectativas eran diametralmente opuestas, Gianni predijo que uno de los dos acabaría por no conseguir lo que quería.

El quería una aventura sin compromisos, mientras que Milly deseaba y necesitaba algo más profundo. En una semana, ya se

había dado cuenta de las fuertes emociones que él le provocaba. El descubrimiento de que un solo beso podía encender verdadero fuego dentro de ella no fue bien recibido en absoluto.

Intentó alejarse y protegerse con multitud de reglas con las que intentaba asegurarse de no acabar como la pobre Lisa con Stevie. ¡Ningún hombre sería capaz de convertirla en una marioneta! Así pues, si Gianni no llamaba con suficiente antelación, ella estaba demasiado ocupada. Si se presentaba sin avisar, ella siempre estaba a punto de marcharse a una cita que no podía cancelar. Si llegaba tarde, ella ya había salido y nunca, nunca lo llamó.

Pero entonces Gianni se marchó tres semanas a Nueva York y se le vino todo abajo. Empezó a tachar los días en el calendario, a esperar pegada al teléfono a que él la llamara y a volverse loca pensando que quizás hubiera otras mujeres en su vida.

-¿Las hay? -le preguntó el primer día que lo vio tras el viaje.

-Por supuesto -admitió Gianni sin titubear-. Viajo mucho, sería poco práctico que no las hubiera.

Milly se sintió como si la acabaran de azotar.

-Pero si tuviéramos una aventura de verdad, eso cambiaría... ¿verdad? -dijo casi susurrando.

Gianni contestó con un leve movimiento de hombros pero a ella le bastó. Ingenuamente, había pensado que incluso él emparejaría ese tipo de intimidad con la fidelidad absoluta.

-Lo único que puedo decirte es que me alegro de haberme enterado antes de acostarme contigo -dijo a la vez que se levantaba y se disponía a marcharse del restaurante.

-No me gustan las escenas. Tampoco me gustan las mujeres celosas y posesivas -le comunicó él una vez estuvieron los dos en la calle.

-¿Entonces que estás haciendo conmigo? Porque yo soy muy celosa y muy posesiva, así es que ¡sal de mi vida y no vuelvas!

Gianni no dio señales de vida en todo un mes.

Milly perdió casi siete kilos, pero no esperó pegada al teléfono; no esperaba volver a verlo. Pero un día al llegar a casa del supermercado, él la estaba esperando.

Solo un vistazo y se puso enferma de nervios y de alegría. Gianni se la llevó a su apartamento neoyorquino y le dio la noticia de que ya no volvería a tener ninguna rival. Ella le preguntó qué podía hacer para estar segura de eso, él le contestó que no confiaba absolutamente en nadie, pero le molestaba que ella no confiara en él. Estuvieron a punto de tener otra pelea.

Ella se echó a llorar y él empezó a besarla, la respuesta normal

en Gianni cada vez que las cosas se ponían dramáticas. La pasión ardió con tanta fuerza que acabó por rendirse y entregarse. Se quedó asombrado al enterarse de que aquella era su primera vez.

Hacer el amor con Gianni fue maravilloso; pero desayunar con él a la mañana siguiente mientras hablaba por teléfono y consultaba los movimientos de la Bolsa la hizo sentir inútil, lo que no era tan maravilloso.

Así que Milly ideó nuevas reglas. No quedarse toda la noche. No preguntarle cuándo se iban a ver de nuevo. Despedirse de él siempre con una sonrisa. Lo malo era que, por aquel entonces, ella ya sabía con total seguridad que estaba enamorada de él y también sabía que él no sentía lo mismo. Estaba a gusto con ella, le hacía reír. Pero ni una sola vez dijo o hizo o algo que le diera la esperanza de que aquello fuera a durar.

Para completar su curso de horticultura, Milly tenía que hacer unas prácticas de dos meses en algún parque o jardín. La destinaron a una propiedad privada lejos de Londres. Cuando le dijo a Gianni que tenía que marcharse, tuvieron una gran pelea.

-¿Cómo demonios te voy a ver si estás tan lejos? -le preguntó sin entender su decisión.

-Tú te pasas fuera del país como poco dos semanas al mes -le recordó ella.

-¡Porca miseria... no puedes comparar una cosa y otra!

-No digas lo que estás pensando -le advirtió.

-No sé a qué te refieres.

Así que fue ella la que lo dijo.

-Crees que tu vida y tus negocios son mil veces más importante que cualquier cosa que me preocupe a mí.

-Es que obviamente lo son. Y ya que hablamos del tema, se me ocurren cientos de profesiones más adecuadas que la de hurgar en el estiércol de los jardines de otra gente.

-Pero eso es exactamente lo que yo quiero hacer. Y es lo que seguiré haciendo después de que tú desaparezcas de mi vida. Así es que más vale que me lo tome en serio -replicó Milly con voz trémula.

-¿Más en serio que a mí? ¿Acaso no te he ofrecido encontrarte un trabajo en condiciones?

-Estoy contenta con la profesión que he elegido.

-Muy bien. Entonces no esperes que te siga.

-Nunca lo he esperado. Estás demasiado acostumbrado a que sean los demás los que te sigan a ti -señaló con dignidad-. Así que eso es todo. Hemos llegado al final.

-Ahórrame los convencionalismos -le dijo Gianni mientras ella caminaba hacia la puerta-. Dime, ¿me estás dejando otra vez?

Milly lo pensó un segundo y asintió.

-¿Qué pretendes conseguir con esta maniobra? -le preguntó él con enorme frialdad.

-Adiós -contestó ásperamente.

Sí que fue a visitarla al norte. La limusina se le quedó atascada en un camino lleno de barro, pero se puso aún más furioso cuando se tuvo que alojar en un pequeño hotel que distaba mucho de los lujos a los que estaba acostumbrado. Además, Milly no le permitió ir a buscarla a la casa donde ella estaba viviendo porque no quería escandalizar a los dueños. No conseguía hacerle entender que era un tanto extraño que una estudiante de jardinería tuviera un novio rico y mucho mayor que ella, y que todo eso no le vendría nada bien a su reputación.

-Bueno, pues entonces te compraré un enorme jardín para ti sola -anunció en mitad de la noche.

-No seas tonto.

-De acuerdo, me compraré el jardín para mí y te pagaré para que lo cuides.

-Es absurdo. Deja de fantasear.

-Me gustaría que tuvieras un momento para mí cuando tengo algo de tiempo libre.

-Sé perfectamente lo que sientes. Me pasa a mí mucho más que a ti -protestó ya casi dormida.

-¿Por qué demonios habré venido a este lodazal?

Por el sexo, solo por el sexo, pensó Milly, todavía sorprendida de que se sintiera tan atraído por ella. Tenía un cuerpo bastante corriente: delgado y con buenas curvas, pero muy lejos de ser espectacular. Aun así, él seguía volviendo a ella una otra vez y ella cada vez tenía más expectativas al respecto, lo que la preocupaba enormemente. Al fin y al cabo, algún día acabaría por perder el interés por ella y desaparecería.

Volvió a visitarla los tres fines de semana siguientes. Ella estaba tan encantada, que no podía disimularlo. Cada vez le resultaba más difícil obedecer sus propias normas. Aquel verano él pasó mucho tiempo fuera; Milly no conseguía dormir, ni comer.

Ya llevaban seis meses juntos y ella cometió la tontería de mencionarlo.

-¿Tanto? -dijo Gianni frunciendo el ceño. Después, estuvo callado el resto de la noche.

Pasó una semana entera y él no la llamaba, así que lo llamó ella

furiosa para decirle que lo suyo había terminado, que se iba a buscar un hombre que la tratara con el respeto que merecía.

-Avísale de lo exigente que eres, del mal genio que tienes y de esa manía de decir cosas que realmente no sientes.

-Se acabó, Gianni...

-Te paso a recoger a las ocho y, como no estés lista, no te esperaré. Ya va siendo hora de que te comportes como una adulta y dejes de hacerte la dura.

Cuando estaba a punto de empezar el nuevo curso, cayó enferma con una fuerte amigdalitis. Gianni estaba en Sudamérica. Le dijo que creía que tenía gripe pero que podía seguir yendo a clase y a trabajar. Cuando él volvió, no tenía fuerzas ni para levantarse de la cama.

Gianni se enfadó muchísimo con ella e hizo que la viera otro médico. El diagnóstico fue mononucleosis. Tenía que pasar varias semanas de reposo total, por lo que no podría ir a clase ni a trabajar. El médico también le prohibió tener todo tipo de relaciones íntimas durante algún tiempo. De pronto, se le vino el mundo encima. No conseguía entender por qué Gianni, amenazado con semanas de abstinencia, seguía siendo tan increíblemente atento con ella.

Dos días después, se dirigía a París en el jet privado de Gianni para pasar la convalecencia en una fabulosa casa de campo con jardín. Cuando menos fuerza tenía para hacerle frente, él le hizo una sorprendente proposición.

Sus argumentos eran irrebatibles. ¿Quién iba a cuidar de ella en Londres? A él le sería imposible hacerlo a tanta distancia. Ya que no podía estudiar ni trabajar, era mejor que se tomara aquello como unas vacaciones. La triste verdad era que ella se sentía tan agradecida de que él no la hubiese abandonado que no podía protestar.

Estuvo encantador mientras estuvo enferma. Se dio cuenta de que le gustaba sentirse necesitado y que, con su empeño por reafirmar su independencia, lo único que había conseguido era perderse lo mejor de él. Desde ese momento, Gianni se convirtió en el amor de su vida, el centro de su existencia. Las últimas barreras acababan de caer. Le dijo que lo amaba, él se quedó helado, pero eso no hizo que Milly se acobardara. Cuanto más se lo decía, mejor reaccionaba él, con el tiempo acabó respondiendo con una sonrisa.

Decidió que a lo mejor, inundándolo de amor, confianza y afecto, también sus barreras terminarían por venirse abajo. Lo único que deseaba entonces era que él respondiera a todo su amor. Así

que nunca llegó a terminar el curso de horticultura.

Gianni pasó a ser su dedicación exclusiva y acabó consiguiendo que las cosas fueran tal y cómo él deseaba. Le compró ropa y joyas y vivieron a caballo entre el apartamento de Nueva York y la casa de París, dependiendo de sus negocios. Sin darse cuenta, se convirtió en su amante y en su mantenida. Pero él tenía razón; ella era enormemente feliz... hasta el día que descubrió que se había quedado embarazada.

En el calor de la pasión, a menudo Gianni había dejado de lado las precauciones necesarias. Ella lo sabía, los dos lo sabían. Pero, como otras muchas cosas, nunca hablaron del riesgo que corrían.

El día que Milly le dio la noticia, Gianni se quedó lívido, parecía un adolescente que realmente creía que no podía ser tan fácil dejar embarazada a una chica.

-No puede ser...

-Pues sí, no hay ninguna duda -aseguró, cada vez más preocupada-. Fue aquella noche que...

-De acuerdo, no entremos en detalles -la interrumpió

-No quieres hablar de ello, ¿no?

-No, ahora mismo no -contestó mirando su reloj, con cara de disculpa y desesperación.

-¿Tienes que hacer alguna llamada?

-No.

-¿Tienes una reunión a las once de la noche? Podemos celebrarlo -dijo irónicamente.

-¿Celebrarlo? -dijo Gianni estupefacto-. ¿Estás embarazada, no estamos casados y quieres celebrarlo?

-Bueno, tú eres el que ha estado jugando a la ruleta rusa con mi cuerpo, ¿qué pensabas que iba a pasar?

-La verdad es que no lo pensaba.

Sin embargo sí que pensaba detenidamente en el resto de las cosas. Planeaba las estrategias de su negocio mientras dormía, pero le estaba diciendo totalmente en serio que, ni por un momento, había tenido en cuenta las consecuencias que podía tener hacer el amor sin ningún tipo de anticonceptivos.

-No voy a abortar, creo que eso también debes saberlo -susurró débilmente.

-¡Madre de Dio! ¿Por qué siempre crees saber lo que estoy pensando cuando no es así? ¡Yo no apruebo el aborto!

Eso hizo que Milly se sintiera ligeramente mejor.

-Estoy cansada, me voy a la cama.

-Yo voy a dar una vuelta.

-Ya.

Milly salió de la habitación pensando que tenía razón, la mayoría de las veces no tenía la menor idea de lo que le pasaba por la cabeza. Sin embargo aquella noche sí creía saberlo. Tal vez no aprobara el aborto, pero tampoco deseaba que ella tuviera el niño.

Los siguientes acontecimientos la dejaron perpleja. Gianni salió de la casa de París y desapareció durante treinta y seis horas. Incluso apagó el teléfono móvil, cosa que nunca hacía; sus guardaespaldas comprobaron que no se encontraba en ningún hospital y hasta llegaron a considerar la posibilidad de que lo hubieran secuestrado. No podían creer que Gianni hubiera decidido desaparecer deliberadamente sin cancelar sus compromisos.

Por su parte, Milly estaba convencida de que estaba con otra mujer.

Pero volvió, pálido y demacrado, y con un enorme ramo de flores. Ella no dijo ni palabra, como si hubiera estado fuera una hora. Gianni estaba aliviado por la tranquila reacción de Milly, la rodeó entre sus brazos y, por primera vez en su vida, simplemente la abrazó, tan fuertemente que apenas le dejaba respirar.

-Me pillaste por sorpresa. Pensé en mi propio padre -empezó a hablar con voz apagada-. Él era tan cruel... No sé cómo ser padre, pero no quiero perderte.

Nunca había amado tanto a Gianni como lo hizo en ese momento. Era un verdadero avance para él: confiaba en ella como para hablarle por vez primera de su infancia y admitir sus dudas sobre sí mismo. Sin embargo, solo dos meses más tarde, él casi consiguió destruirla por no tener fe en ella...

De vuelta al presente, Milly paseó la mirada por la biblioteca de Heywood House con el rostro lleno de lágrimas. «Tienes que parar esto. La vida sigue después de Gianni». Hacía tres años no había tenido fuerzas para seguir adelante. Pero ahora era más madura, más inteligente... aunque seguía tan desesperadamente enamorada de él como siempre.

Capítulo 8

-Gianni... soy yo -anunció Milly cuando oyó su voz al otro lado del teléfono.

-Te escucho -respondió él con suavidad.

-Connor está todo el tiempo preguntando por ti -tenía los ojos clavados en su hijo, que esperaba balanceando las piernas con desgana-. Cuando te pedí que te marcharas, no tuve en cuenta que a él también le acaba de cambiar la vida por completo. Lo último que necesita en estos momentos es que desaparezcas.

-Puedo estar ahí en dos horas -la interrumpió Gianni dulcemente-. Pero, ¿por qué has esperado dos días para llamarme?

-Necesitaba algo de tiempo para pensar.

Milly se despidió antes de darle tiempo a que le preguntara qué había decidido con respecto a su proposición. Respiró hondo para tranquilizarse.

Comió con Connor, que apenas probó bocado de lo emocionado que estaba. Lo dejó al cuidado de Barbara y fue a perderse por el enorme jardín deseando no ver a Gianni cuando fuera a estar con su hijo.

Encontró tremendamente terapéutico trabajar en el jardín. Iba a casarse con Gianni. Por supuesto que iba a hacerlo. Si se casaba con ella, ya no podría utilizar su pasado en una hipotética lucha por la custodia. Estaría más segura siendo su mujer. De esa forma, solo de esa forma, podía asegurarse de que Gianni no intentaría arrebatarle a su hijo.

Además, si no se casaba con él, ¿no acabaría casándose con otra? Eso era algo que sabía que no podría soportar. Era demasiado posesiva.

-Me encanta cuando te arreglas para mí, cara...

Milly se quedó inmóvil observándolo a contra luz. La miraba con una sensual sonrisa en el rostro. Llevaba un abrigo de cachemira azul oscuro que le daba un aspecto espectacular. Ella notaba la boca seca y el corazón acelerado.

Se tuvo que apoyar en la pala para no perder el equilibrio. Llevaba el pelo alborotado recogido con una goma, unos vaqueros viejos, un jersey enorme y unas botas de trabajo.

-Has perdido la noción del tiempo. No te has dado cuenta de que estaba aquí.

-Me habría sido imposible no darme cuenta de que habías llegado, el helicóptero hace mucho ruido al aterrizar, y eso ha sido hace más de dos horas.

-Tenías el teléfono desconectado; te he encontrado porque Barbara Withers me ha dicho dónde estabas -Gianni estaba furioso por haber tenido que buscarla- No deberías estar aquí con el frío que hace.

-Estás molesto porque no estuviera esperándote -interpretó Milly sin dificultad-. ¿Por qué has venido hasta aquí a buscar una respuesta que no necesitas? La última vez dejaste muy claro que ya sabías mi respuesta.

Él seguía mirándola, pero tenía los ojos cada vez más brillantes y oscuros.

-Y -continuó hablando con frialdad-, como de costumbre, estabas en lo cierto. ¿Cómo podría decir que no?

-Te vas a casar conmigo -completó él sin prestar atención al tono en el que ella estaba hablándole, con la facilidad de un hombre que siempre evitaba la confrontación con las mujeres. Mantuvo la calma, pero los ojos le resplandecían como estrellas.

-Pero hay algunas condiciones -matizó Milly.

Gianni dio un paso hacia ella y, sin darse cuenta, metió sus preciosos zapatos italianos en el barro.

-¿Condiciones? -Para empezar, me gustaría que te hicieras unos análisis médicos, quiero asegurarme de que estás en perfecto estado de salud.

-¿A qué viene eso?

-Lo creas o no, yo no he tenido relaciones con nadie más que contigo -afirmó Milly viendo cómo su expresión de sorpresa se acentuaba aún más-. Sin embargo, tú no puedes darme las mismas garantías, creo que tengo derecho a pedírtelo.

-¡Porca miseria! ¿Crees que me voy a tragar que no te acostaste con tu prometido?

-Me da igual lo que tú creas...

-Entonces ¿a qué demonios viene esto? Nunca he sido promiscuo... ¿por qué me miras así?

Milly siguió cavando, acordándose con amargo dolor de cómo se había refugiado en los brazos de otra mujer tres años antes.

-No deberías necesitar que yo te lo dijera.

El silencio se hizo atronador entre los dos. Milly recabó fuerzas para continuar.

-Sé por experiencia que a veces no eres todo lo cuidadoso que deberías.

-¡Nunca he corrido un riesgo así con nadie excepto contigo! -replicó él con rabia.

-¿Y por qué conmigo?

Cerró los puños con fuerza y se alejó un poco de ella.

-Eso era diferente…

-¿En qué era diferente?

Se quedó en silencio.

-«En perfecto estado de salud» -repitió eligiendo el mal menor-. De acuerdo, eso ya está solucionado. Mis últimos análisis son de hace menos de un mes.

Pero si pensaba que se iba librar tan fácilmente estaba muy equivocado. Milly todavía no había terminado.

-También espero que me seas totalmente fiel.

La sorpresa de Gianni no le cabía en el rostro.

-¿Cómo puedes tener el valor de exigirme tú a mí tal cosa?

-Creo que Connor necesita estabilidad -se sonrojó al percatarse de que en lo primero en lo que había pensado había sido en su propia necesidad.

-¿Connor? -repitió él con dureza.

-Debes darle buen ejemplo. Nuestro hijo tiene que poder sentir respeto por nuestro matrimonio. Por eso no estaría bien que tuvieras una amante -explicó Milly-. Si descubriera que me has sido infiel, pediría el divorcio. No me gustaría que Connor se viera afectado por una relación destructiva.

De pronto, desapareció toda la comprensión que Gianni había estado tratando de mostrar.

-¿Tú me estás dando lecciones de fidelidad? -dijo con fuerte acento siciliano.

-No creo que decir lo que espero en el futuro sea darte lecciones de nada -respondió con cabezonería-. Además, tú dijiste que habías dejado atrás el pasado…

Gianni se puso rojo de rabia. Se quedó mirándola en silencio incapaz de creer que tuviera la desfachatez de recordarle esas palabras.

-Por último -añadió Milly algo alterada-, no estoy dispuesta a firmar un contrato prematrimonial.

Al oír esa provocadora afirmación, Gianni la miró con una frialdad capaz de helar el fuego.

-No es que quiera arrebatarte parte de tu riqueza -explicó Milly-, es que creo que, sin ese acuerdo, tú respetarás más nuestro matrimonio; ya que a mí no me respetas, quizás sientas respeto por lo que te podría costar un divorcio.

Milly hizo entonces un gesto de desesperación.

-Gianni... cuando me marché de la casa de París, dejé allí todo lo que tú me habías regalado: ropa, joyas, tarjetas de crédito. No me llevé nada. ¿No te demuestra eso que no quiero aprovecharme de tu dinero? -oyó en su propia voz un tono de súplica que le hizo sentir vergüenza.

Con los ojos abiertos de par en par, Gianni simplemente dio media vuelta y empezó a andar en dirección a la casa.

-¡Gianni! -lo llamó ella.

Él ni siquiera se detuvo. Ella echó a correr tras él, hasta que se dio cuenta de que no podría alcanzarlo.

-Gianni, si aceptas mis condiciones... ¡Haré todo lo que pueda para que todo vuelva a ser como antes!

De repente, él se detuvo en seco, aunque no se dio la vuelta.

-Va a ser muy difícil, pero intentaré volver a confiar en ti -prometió Milly con la voz ahogada por el llanto al pensar en todo lo que habían compartido y que él le había arrebatado cruelmente.

Gianni se dio la vuelta y la miró con incredulidad.

-¿Tú intentarás volver a confiar en mí?

No era necesario decir nada más. Simplemente, dio media vuelta y siguió andando.

Hasta que no se puso a hablar con él, ni ella misma se había dado cuenta de toda la amargura que tenía acumulada. Tres años antes, él le había hecho demasiado daño. Nada más descubrirla con Stefano se marchó al Caribe con una modelo. Mientras tanto Milly lo esperó desesperada en París con la remota esperanza de que aquel niño que todavía no había nacido le diera razones para volver a ponerse en contacto con ella, aunque fuera por teléfono.

Desde el jardín, vio cómo despegaba su helicóptero.

Al día siguiente, sonó el teléfono a las siete de la mañana cuando Milly estaba saliendo de la ducha.

-Sabes cómo conseguir lo que quieres -murmuró Gianni-. Pero yo también...

Se sentó en la alfombra envuelta en la toalla, sin poder hablar.

-Me prometes que dejarás enterrado todo lo referente al pasado.

-¡No puedo!

-Y que no volverás a decirme que me amas.

Ella apretó los dientes sin contestarle, entonces oyó que Gianni se echaba a reír.

-Pensé que eso serías capaz de cumplirlo...

-Tengo que hacerlo quiera o no, ¿verdad?

-Hace solo una semana estabas locamente enamorada de otro...

-¡Hasta que recuperé la memoria y todo cambió! No es justo que me eches eso en cara... yo... Gianni... piensa lo que quieras.

-Siempre lo hago. Quiero hacer las cosas a mi modo. Necesito que vengas esta noche a la casa de París.

Milly estremeció por la sorpresa

-¿Todavía tienes esa casa?

-Alrededor de las siete -continuó como si ella no hubiera dicho ni palabra-. Te irán a recoger y estarás de vuelta con Connor mañana temprano.

-Pero no quiero irme a París esta noche -admitió Milly en voz baja.

-No es negociable. Hasta luego -dijo Gianni antes de colgar.

«¿Hacer las cosas a su modo?» En París, en el sitio donde más felices habían sido. Stefano nunca había estado en aquella casa de campo. En cuanto se dio cuenta de que se estaba acordando del hermano de Gianni, Milly intentó borrar el pensamiento de su cabeza, pero el resentimiento que le provocaba pudo más que ella y no fue capaz de deshacerse de su recuerdo...

Gianni había intentado mantener a Stefano y a Milly alejados el uno del otro. Si Stefano no hubiera decidido romper esas normas, seguramente ella no habría llegado a conocerlo. A lo largo de su relación, Gianni lo había mencionado alguna vez, pero nunca había sugerido que se conocieran.

Stefano y Gianni eran hermanastros. A los once años habían enviado a Stefano a Sicilia y desde entonces Gianni se había encargado de él. Milly lo conoció en el apartamento de Nueva York. Por aquel entonces, Stefano estaba estudiando en Harvard y se presentó en su puerta una noche en la que también Gianni estaba allí.

-¡Ahora sé por qué últimamente veo tan poco a mi hermano! -dijo Stefano riéndose.

Al principio, Gianni se mostró incómodo ante la visita de su hermano pequeño, pero Milly, sabiendo el cariño que le tenía, se alegró de conocerlo. ¡Qué difícil le resultaba pensar que en algún momento Stefano le había caído bien!

Era un chico inmaduro y bastante mimado por culpa de Gianni, pero era entretenido estar con él. En los últimos meses de la relación, Stefano la visitaba siempre que se enteraba de que estaba en Nueva York. Algunas veces, Gianni también estaba, otras no. Al ver que a Gianni le gustaba que se llevaran bien, ella había hecho todo lo posible para ser amable con él.

-Si de verdad le importas, debería casarse contigo -le dijo una vez Stefano, haciendo que ella se sonrojara.

En aquel momento, no le dio demasiada importancia a su comentario, no se dio cuanta de que el interés que Stefano sentía por ella se estaba haciendo muy personal. Al fin y al cabo, Stefano tenía una novia con la que vivía y ella tenía una relación muy apasionada con Gianni. Poco después de conocer a Stefano fue cuando descubrió que estaba embarazada.

La noche en la que el mundo se le vino abajo, estaba sola cuando llegó Stefano. Él había estado bebiendo y, por primera vez, Milly se encontró incómoda con él, aunque no sabía por qué... hasta que él empezó a hablar.

-Tú ni siquiera me ves, ¿verdad? -le preguntó él con resentimiento-. Para ti solo soy el hermano de Gianni. Te vengo a ver y lo único de lo que hablamos es de él.

-No te entiendo...

-¡Estoy enamorado de ti! -confesó en tono acusador-. Tú ni lo habías notado, ¿a que no?

Milly estaba aterrorizada.

-Has bebido demasiado... no sabes lo que estás diciendo.

-¡Deja de hablarme como si fuera un crío! -dijo Stefano lleno de furia-. Tú no eres mucho mayor que yo, pero Gianni sí. ¡Es casi de otra generación! Tienes muchas más cosas en común conmigo...

-Vamos simplemente a olvidar lo que estás diciendo -le cortó Milly tajantemente-. Sabes lo que siento por tu hermano.

-¿Y qué es lo que siente él por ti? -preguntó, abofeteándola con sus palabras:-. Viene, te lleva a la cama y se vuelve a marchar volando. Lo único que hace es utilizarte... ¿Es que no lo ves?

-No voy a hablar de nuestra relación contigo -le advirtió ella seriamente, muy dolida por su afirmación.

-No me digas que no sientes nada por mí porque no te creo. ¡Nunca he conocido a ninguna chica que no pensara que yo era especial! Yo te trataría como a una reina.

-Bueno, ya es suficiente, Stefano. Para mí, efectivamente, eres única y exclusivamente el hermano de Gianni y voy a olvidar que esto ha sucedido, igual que quiero que lo olvides tú mañana por la mañana. Ahora voy a llamar un taxi para que te puedas ir a casa.

-Yo llamaré al taxi cuando quiera irme -le dijo Stefano en tono amenazante-. Esta casa es de Gianni, no tuya. ¡Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí!

Al empezar a deambular por la habitación, Milly se dio cuenta de que estaba mucho más borracho de lo que había pensado en un

primer momento, todo aquello le estaba haciendo sentirse aturdida.

-Mira, Stefano, solo es un capricho, solo eso.

-¡No es un capricho! ¡Te quiero de verdad!

-Pero yo no siento lo mismo -le dijo Milly empezando a sentir náuseas.

-Lo harías si me dejaras ayudarte -siguió él con cabezonería, a la vez que se iba acercando a ella-. A lo mejor no soy un semental como Gianni, ¡pero tampoco soy un adolescente virgen!

Milly cada vez se sentía más asqueada.

-Mira, márchate. No me encuentro bien. Me voy a ir a la cama -le dijo mientras buscaba la soledad del cuarto de baño que había al lado del dormitorio.

Al llegar al baño tuvo que vomitar. Cuando se estaba recuperando oyó un ruido y dio por hecho que sería el de la puerta del apartamento al cerrarse tras Stefano. Pensó en salir a echar el cerrojo y apagar las luces, pero al final decidió darse una ducha antes. Estaba agotada y muy molesta. Su malestar aumentaba al pensar que tendría que ocultarle a Gianni todo el incidente.

¿Cómo iba decírselo sin provocar un enfrentamiento entre los dos hermanos? Por nada del mundo quería ser la causa de ningún problema entre Gianni y su único familiar con vida. Y, aunque eso no la admitió en el momento, tampoco quería añadir más tensiones a su propia relación.

Así pues, a pesar de desear con todas su fuerzas llamar a Gianni y hablar de lo que acababa de ocurrir, resistió la tentación y se convenció a sí misma de que la sensación que sentía en el estómago pronto desaparecería.

Se puso el camisón y se metió en la cama. La puerta del dormitorio seguía entreabierta, la luz del pasillo seguía encendida. Demasiado agotada para levantarse a apagarla, hundió la cabeza en la almohada y se quedó dormida. En ningún momento se le pasó por la cabeza la posibilidad de no estar sola en el apartamento...

Milly volvió al presente con una desagradable sensación en la boca del estómago. Todavía le costaba comprender cómo el arrogante egoísmo de un adolescente incapaz de aceptar el rechazo podía haber arruinado su vida.

Capítulo 9

Milly entró en la casa de la Rue de Varenne con las llaves que Gianni había dejado para ella en el aeropuerto. Nada más entrar y quitarse el abrigo, el corazón le empezó a latir con fuerza. Se reprendió por todo ese tonto nerviosismo. Seguro que todo estaba muy cambiado. Si Gianni se había quedado con la casa para utilizarla él, lo más lógico era que hubiera hecho muchas alteraciones. Los colores vivos, la artesanía exótica y los muebles cómodos que ella había elegido habrían sido sustituidos por tonos suaves, elegancia clásica y espléndidas antigüedades.

Así pues fue un auténtico shock para Milly encender la luz y ver que todo seguía exactamente igual a como ella lo había dejado tres años antes. Echó un vistazo rápido y por fin subió al dormitorio que una vez habían compartido. La puerta que daba al maravilloso baño de mármol estaba abierta.

Milly se quedó mirando la gigantesca bañera acordándose de la noche en la que se estaba dando un baño de burbujas y Gianni le tomó aquella foto a escondidas. Lo persiguió por todo el piso superior con una toalla enrollada al cuerpo, hasta que por fin lo acorraló en el dormitorio.

-¡Dame esa cámara! -le pidió furiosa.

-Ven por ella.

-¡Gianni... te lo advierto!

-Dio mío, estás tan sexy cuando te pones agresiva.

Milly intentó arrebatarle la cámara pero, en vez de eso, acabó en sus brazos sin poder hablar por la pasión de sus besos.

-Quiero que destruyas ese carrete -le dijo bastante después, todavía sin aliento por el agotamiento del sexo.

Gianni la miró con una seductora sonrisa y no dijo nada.

Aquel recuerdo había sido tan real, que Milly estaba mirando la cama casi esperando ver la imagen de Gianni y ella allí tumbados. Se dio la vuelta para echar un vistazo al vestidor. Allí estaba toda su ropa colgada y protegida por bolsas. Fue a toda prisa a mirar los armarios del baño.

Con las piernas temblorosas, volvió a dormitorio y se sentó en el borde de la cama. Increíblemente Gianni había dejado allí todas sus cosas, no se había deshecho de nada, no había cambiado absolutamente nada. En aquella habitación era como si esos tres

años no hubieran transcurrido. Toda la casa parecía haber quedado detenida en el tiempo.

-No te creerías la de veces que te he imaginado aquí... -esa voz oscura y profunda la hizo estremecerse y girar la cabeza rápidamente.

Milly estaba guapísima, tuvo que admitir Gianni con satisfacción, sin lograr comprender por qué esa pequeña mujer lo excitaba hasta tal punto. Era sexo, solo sexo. Aquella explicación le bastaba.

De pronto, ella se levantó estirándose con nerviosismo el vestido azul turquesa que llevaba.

-No te oí llegar...

Sus ojos oscuros se pasearon por el cuerpo de ella, deteniéndose especialmente en la boca, en sus pechos firmes y sus caderas redondeadas y marcadas suavemente por el vestido.

-Has estado de compras.

-No, esto fue un capricho del año pasado que no me había llegado a poner.

-Sexy, cara mía -le dijo Gianni con satisfacción a la vez que se quitaba el abrigo y lo dejaba caer.

El corazón de Milly empezó a latir con tal fuerza que parecía que se le iba a escapar del pecho. Él se quitó también la chaqueta del traje que llevaba debajo y siguió aflojándose la corbata y desabrochando los botones de la camisa.

-Gianni... -empezó a decir mientras, involuntariamente, se cuerpo reaccionaba a la poderosa carga sexual que había en el ambiente. Notó cómo se le hinchaban los pechos con voluptuosidad y se le endurecían los pezones-. Creo que deberíamos hablar.

-Hablar nunca nos ha llevado a ningún lado.

-¡Será porque nunca lo hemos hecho realmente!

-Todo tal y como era antes -le recordó con un brillo especial en los ojos-. Lo prometiste.

¿Lo había prometido? ¿No había dicho que lo intentaría? Pero a medida que Gianni se iba acercando, la pregunta fue perdiendo el sentido y otros impulsos más básicos tomaron el control. De pronto no podía esperar a aproximarse más y más a él.

-Me deseas... -dijo él mientras le acariciaba la barbilla haciéndola mirar hacia arriba y encontrarse con el ansia que él no podía ocultar.

Ya sin aliento, observó aquellos espectaculares ojos.

-Siempre.

-Eso es todo lo que necesito, cara mía -afirmó Gianni con total convicción.

Fue ella la que dio el primer paso, animándolo a besar aquellos labios hambrientos. La cabeza le daba vueltas. Era como beber agua en mitad del desierto: era todo dulzura. Sintió que moriría si no bebía hasta saciarse. Todos los recuerdos dolorosos se esfumaron.

Gianni le bajó la cremallera del vestido y se lo quitó por completo. Ella misma se desabrochó el sujetador y Gianni recibió con una sonrisa la desnudez de aquellos pechos hermosos y tremendamente excitados.

La espalda de Milly se arqueó mientras su experta boca se paseaba ansiosa por sus pezones. Él la chupaba y ella se agarraba con fuerza a sus hombros que, frustrantemente, seguían cubiertos por la camisa.

-Quítate la ropa -le pidió ella impaciente.

Gianni se incorporó un poco y se quedó mirando aquella cara sonrojada y los labios húmedos de deseo. Ella se incorporó también y él se quedó maravillado al ver su preciosa desnudez.

-Dio... ya no aguanto más.

Volvió a tumbarla y siguió saboreando todo su cuerpo. Gianni la miró a la cara con sonrisa de satisfacción.

-Puede que desee poseerte como un animal hambriento, pero esta noche va a ser diferente.

-¿Diferente?

-Especial -le dijo Gianni volviendo a besar sus labios entreabiertos. Esa vez no fueron solo fuegos artificiales, era toda una orquesta iluminada por explosiones de color.

-Me vuelve loca tu forma de besar -le confesó acalorada a la vez que intentaba despojarle de la camisa-. Pero si no te quitas la ropa ahora mismo voy a gritar.

Por fin Gianni se puso en pie. Ella lo observó con deleite.

-Me encanta que no puedas apartar la mirada de mí.

Sentía el cuerpo estremecerse por la urgente necesidad de tocarlo. Él estaba increíblemente excitado. Volvió a la cama y ella sintió que se le derretían hasta los huesos al contacto con su piel. La puso en pie para quitarle las medias con toda suavidad.

-Tengo que hacer realidad tres años de sueños eróticos -dijo justo antes de empezar a besarle el vientre mientras ella se estremecía.

Tenía las fuertes manos en sus caderas. El más mínimo roce provocaba en Milly auténticas descargas eléctricas. Con extrema delicadeza, empezó a aventurarse en el húmedo y acalorado centro

del cuerpo femenino. Ella se retorció de placer mientras él conseguía volverla loca con la experta maestría de su lengua, una habilidad que la llevaba desde los gemidos de éxtasis hasta verdaderas súplicas para que siguiera satisfaciéndola hasta el final.

-Dio... ¡Cómo me gusta torturarte de placer! No he pensado en otra cosa desde que te ví en el aeropuerto. No puedo trabajar, no puedo dormir...

Al terminar de decir esas palabras, se colocó encima de ella y entró en su cuerpo con un gemido de satisfacción extrema. Ella lo miró a los ojos durante una décima de segundo, hasta que el placer se hizo tan intenso que ya no fue capaz de prestar atención a nada más.

-Eres suave como el satén.

Mientras él se movía dentro de ella, ella se aferraba a su cuerpo jadeando a cada embestida. Se entregó sin inhibición alguna y alcanzó un clímax que la dejó flotando.

Aliviándola de su peso, Gianni se tumbó a su lado y volvió a buscarla con sus cariñosos brazos. Aquel deseo de proximidad incluso después del sexo la llenó de cálidas sensaciones.

Gianni acarició sus mejillas húmedas por lágrimas de placer y ternura.

-Especial -susurró mirándola a los ojos-. Eres la mujer que más veces me ha vuelto completamente loco de pasión.

-¿De verdad? -preguntó Milly.

-De verdad, cara mía -contestó empezando a besarla de nuevo.

Gianni se despertó en mitad de la noche y buscó a Milly a su lado, pero ella no estaba. Encendió la luz para mirar el reloj, era medianoche. Salió del dormitorio totalmente desnudo.

Encontró a Milly en la cocina tenuemente iluminada. Estaba de espaldas a él, descalza y con una camiseta enorme suya. Estaba controlando algo que había en el horno. Sintió el aroma casi olvidado a hojaldre y manzanas asadas. Se quedó lívido.

Se dio cuenta de que tenía los puños fuertemente apretados y estaba cubierto por un sudor frío. Se dio la vuelta y volvió al pasillo, donde se quedó apoyado en la pared. ¿Dónde creía que había ido? Se alteró al reconocer su propio terror, el mismo terror que había conseguido mantener alejado desde la niñez.

Siendo muy niño, Gianni había aprendido de la peor manera posible que no podía depender de nadie. Ni de su madre, que lo dejaba fuera de casa durante horas mientras ella entretenía a sus clientes; ni de su supuesto padre, que bebía hasta acabar golpeándolo con el cinturón; ni de su madrastra, que lo detestaba y

aprovechaba cualquier oportunidad para humillarlo.

Tampoco los tíos profundamente religiosos que lo sacaron del orfanato cuando tenía trece años y se lo llevaron a Londres para que ocupara el lugar de su difunto hijo. Durante algún tiempo, se sintió querido, hasta que empezaron a recordarle constantemente todo lo que les debía. Nunca lo adoptaron oficialmente y se desentendieron de él por completo tan pronto como se dieron cuenta de que no tenía ninguna vocación religiosa.

Sin embargo, la ternura y el cariño de Milly habían conseguido arrastrarlo y lo habían maravillado su ingenuidad y su carácter tan peligrosamente abierto. ¿Acaso no se daba cuenta de que él acabaría haciéndole daño? ¿No sabía que donde ella era todo sensibilidad y generosidad, él no tenía nada más que un enorme vacío? Pero había sido el destino el que le había gastado la última y cruel broma. El día que encontró a Milly con su hermano fue justo el día en el que se dio cuenta de cuánto la amaba.

Reaccionando por el frío de la pared en la que estaba apoyado, Gianni volvió arriba y se metió en la ducha. Para Milly el amor no había sido más que una brisa, mientras que para él fue viento helador. Así pues, ¡que no esperara que prepararle su dulce preferido iba a bastar para cambiar el trato al que habían llegado!

Milly subió la bandeja al dormitorio. Se sentía feliz, increíblemente feliz. Gianni había estado tan tierno, tan cariñoso, incluso había bromeado. Había sido como si de verdad el incidente con Stefano nunca hubiera existido.

Gianni estaba en la cama completamente despierto trabajando en su ordenador portátil. Tenía el pelo todavía mojado tras la ducha. Se le veía aún más moreno y exótico por el contraste con las sábanas blancas.

-Pensé que a lo mejor tenías hambre... -dijo colocando la bandeja sobre la cama y sintiéndose algo avergonzada de repente. A lo mejor se había excedido un poco al ponerse a cocinar en mitad de la noche.

-No, pero adelante, por mí no te cohíbas -murmuró Gianni sin apartar los ojos de la pantalla.

-Te he traído algo que te gusta.

Al fin echó un vistazo a la bandeja. Entonces, le lanzó una gélida mirada de incomprensión que la hizo sentir muy incómoda.

-Puede que no disponga de cocinero, pero puedo permitirme encargar lo que me apetezca -le recordó cargado de sarcasmo-. Así es que, ¿por qué demonios has tenido que levantarte a estas horas y ponerte a cocinar?

Profundamente herida, Milly recogió la bandeja, que habría deseado tirarle a la cara, y se dispuso a salir del dormitorio.

-No necesito tus cuidados domésticos en este momento -añadió Gianni.

Definitivamente, de no ser por las tazas de café hirviendo le habría tirado la bandeja encima. ¿Por qué demonios se estaba portando así de repente?

Había estado tan diferente en la cama. En cuanto satisfacía sus necesidades sexuales, volvía a despreciarla de nuevo. Bueno, pues ella se negaba a tolerar tal comportamiento. No iba a caer tan bajo. ¿O acaso ya lo había hecho?

¿Acaso no había volado hasta París de un día para otro como una prostituta a domicilio? Él sabía que la podía tener siempre que quisiera. Siempre. Milly analizó la situación con angustia. Se dio cuenta de que ella misma tenía gran parte de culpa. Esa noche había sido su marioneta.

-¿Vas a volver a la cama? -le preguntó Gianni desde la puerta de la cocina como si nada hubiese pasado.

Milly se dio la vuelta y lo miró con los ojos encendidos como poderosas estrellas azules. Agarró un plato y se lo tiró con todas sus fuerzas. Gianni lo esquivó con buenos reflejos pero totalmente perplejo. El plato se estrelló a pocos centímetros de él, donde acabó también el segundo proyectil.

-Si quisiera darte, lo haría -le advirtió furiosa-. Así que, ¡sal de aquí antes de que se me olvide que la violencia no es la respuesta!

-Esta bien... si tan importante es para ti, comeré un poco -respondió Gianni imperturbable.

-¿Cómo puedes ser tan estúpido? -murmuró desesperada.

-¿Y tú? -replicó él, frío como el hielo.

Milly le dio la espalda para no ver lo que sus gélidos ojos le decían.

-Lo siento si he herido tus sentimientos -murmuró Gianni sin demasiada convicción.

Lo había hecho a propósito. Ella sabía que había rechazado sus pastelitos adrede. Pero también sabía que no buscaba aquella pelea antes de casarse. Lo que no sabía era si eso era prueba de su inteligencia o de su cobardía.

Volvió al dormitorio derrotada. En su lado de la cama encontró una cajita con el logotipo de una exclusiva joyería. La dejó encima de la mesilla sin abrirla siquiera y con mucho cuidado de no mirar a Gianni. Quería que se diera cuenta del daño que le había hecho.

-Es un anillo -le dijo Gianni sin sentimiento alguno.

A Milly le empezó a picar la curiosidad. Abrió la cajita y vio un deslumbrante rubí rodeado de diamantes.

Se puso el anillo en la mano derecha y, con el entusiasmo del que acaba de recibir un montón de ropa para lavar, le dijo:

-Muy bien, gracias.

-Te lo has puesto en la mano que no es.

-¿Cómo?

-Es un anillo de compromiso.

Milly se dio la vuelta para mirarlo con los ojos totalmente abiertos por la incredulidad.

-¿Un anillo de compromiso?

-¿Por qué no? Nos vamos a casar -contestó Gianni justo antes de apagar la luz.

Lo que se le había olvidado mencionar era cuándo.

-Hola... -saludó Milly mientras se sentaba a la mesa. Una doncella que no conocía la acababa de despertar.

-Te habría dejado dormir, pero sé que quieres volver pronto para ver a Connor -le explicó Gianni con una cálida sonrisa que le recordó lo desinhibida que había estado hacia el amanecer, cuando todavía muy dormida, había notado el cuerpo de Gianni pegado al suyo, buscándola. Aun conociendo las habilidades de su amante, aquel avance la había pillado desprevenida y recibió con sorpresa toda su exquisita seducción y su empeño en proporcionarle el mayor de los placeres.

Gianni observó que parecía muy triste. Respirando hondo para tomar fuerzas, le tomó la mano.

Milly se quedó desconcertada; Gianni no era muy dado a las demostraciones de afecto fuera del dormitorio.

-Anoche nada fue como yo había planeado -admitió con el nerviosismo de un hombre que jamás daba explicaciones de sus actos-. Teníamos una reserva en Castle's, se suponía que íbamos a salir a cenar, pero al llegar y verte aquí...

Al ver que el titubeo amenazaba con convertirse en silencio, Milly juntó la otra mano, abrazando la de él.

-¿Sí? -lo animó a hablar con un susurro.

-Era como si nunca nos hubiéramos separado.

-Creía que era eso lo que querías.

-Lo era... lo es... pero por un momento anoche yo no... Milly esperó sin aliento a que completara la frase, pero el silencio continuó. Estaba maravillada de que Gianni estuviera haciendo el increíble esfuerzo de explicar que su pasión había sido espontánea y

que había planeado una velada totalmente diferente.

Pero la segunda confesión había sido mucho más sorprendente. En tan pocas palabras, Gianni le estaba diciendo que por un momento todas las cosas sin resolver que había en su pasado se habían apoderado de él y eso explicaba su cambio de humor.

-Gianni, me alegro de que me lo hayas dicho, sé lo difícil que es para ti...

-Bueno, y ahora que eso ha quedado resuelto, cara mía, deberíamos hablar de la boda. He solicitado una licencia especial. Podemos casamos esta misma semana.

Como manera de cambiar de tema no estaba nada mal. Había estado a punto de hablar de sus sentimientos. Milly se había quedado muda de asombro.

-¿Esta semana?

-¿Por qué no? No hay razón para esperar.

-Supongo que no... -tenía la atención fija en sus maravillosos ojos. Se había equivocado del todo, no estaba utilizando el anillo de compromiso para retrasar la boda. Más bien, estaba deseando correr hacia el altar.

-Connor me necesita -señaló Gianni.

La sonrisa soñadora de Milly se desvaneció.

-Claro, por supuesto.

Louise Barclay observó a su amiga vestida de novia. El traje era un diseño increíblemente elegante de seda con adornos de encaje que resaltaban la estilizada figura de Milly.

-Estás realmente enamorada de él, ¿verdad?

Milly se quedó inmóvil ante tal pregunta.

-¿Cómo lo sabes?

Louise fingió en broma que tenía que concentrarse profundamente para contestar.

-Debe de ser por la forma en la que su nombre aparece en todo lo que dices, o por la cara que se te pone cada vez que lo mencionas...

-¡Louise! -exclamó Milly.

-O podría ser porque lo has llamado unas cuatro veces en las dos últimas horas. Había oído hablar de los nervios de antes de la boda, pero las últimas dos veces él estaba en el piso de abajo -señaló su amiga en tono burlón.

Milly se ruborizó.

-Bueno, es que las llamadas son una especie de chiste privado entre nosotros.

-No, si no os estoy criticando. Obviamente él también está loco por ti.

Milly tuvo que mirar a otro lado con los ojos empañados. Llevaba cuatro días sin ver a Gianni porque se había tenido que ir al extranjero por negocios. Pero, desde que había vuelto de París, los había visitado regularmente y, por teléfono, había sido el Gianni que ella recordaba, tierno, bromista y cariñoso. Por eso las llamadas habían cobrado tanta importancia para ella.

-¿Y por qué, cuando desapareciste, Gianni no intentó encontrarte a través de la televisión y la radio?

Milly recibió la pregunta con tensión.

-Porque, estrictamente hablando, no era una desaparición. Me fui de París porque habíamos roto. Teníamos serios problemas.

Su amiga se echó a reír.

-Pero nada que no hayáis podido superar... ¡en solo una semana tras el reencuentro!

Lo malo era que no era cierto. Nunca podrían olvidar el incidente de Stefano.

De pronto, sonó el teléfono móvil.

-¿Gianni…?

-Voy hacia la iglesia, todavía no hay ningún atasco ni ningún árbol caído bloqueando la carretera.

-No seas malo.

-Claro que todavía puede aparecer en la iglesia alguna hermosa mujer de mi pasado e impedir la boda.

-¡No tiene ninguna gracia! -interrumpió Milly enfadada.

-Milly... ve hasta la puerta del dormitorio, ábrela, baja las escaleras y métete en el coche -le fue dando instrucciones con tono bromista-. Como me hagas esperar...

-¿Qué? -preguntó Milly mientras se dirigía hacia la puerta.

-Ya te enterarás esta noche -le prometió con una voz tan sexy que a Milly se le aceleró el corazón.

-Gianni, voy a llegar tardísimo...

-Pues no te voy a esperar.

-Sí, sí lo harás -murmuró sonriente antes de colgar.

En las escaleras, Milly observó sorprendida la cantidad de gente que había entrando y saliendo del salón. Estaba a punto de preguntar qué sucedía cuando vio a Robin Jennings yendo hacia ella sonriente.

-Gianni quería que te diera una sorpresa.

Milly le dio un sincero abrazo.

-Me alegro mucho de que estés aquí para compartir este

momento conmigo.

Después de esa, las sorpresas se fueron haciendo cada vez mayores. El aparcamiento de la iglesia estaba lleno de coches de lujo. Mientras Robin la ayudaba a salir del coche, los encargados de seguridad se apresuraron a protegerla de un grupo de fotógrafos y periodistas que la bombardeaban a preguntas.

-¿Qué ocurre? -preguntó Milly mostrando su incomprensión.

-Gianni mencionó que quería presumir de ti ante el mundo entero -le confió Robin.

En la iglesia no había siquiera sitio para estar de pie.

Gianni observó a Milly acercarse por el pasillo con auténtico deleite.

-¿Por qué no me dijiste que ibas a invitar a tanta gente? -le preguntó en cuanto estuvieron solos en la limusina-. ¡Mañana vamos a aparecer en todos los periódicos y tú detestas esas cosas! También se sabrá todo lo que me pasó a mí.

Gianni la miró divertido con sus brillantes ojos.

-Citando las palabras de alguien de mi equipo de relaciones públicas... «es como un cuento de hadas». Es bastante romántico. Tú eres una mezcla de la Bella Durmiente y Cenicienta... yo todavía estoy intentando ser el príncipe.

-¿De verdad dijiste que querías presumir de mí ante el mundo entero?

-No me acuerdo -contestó Gianni ruborizándose.

En la recepción, rodeada por quinientos invitados, Milly se sintió en mitad de un torbellino.

Hacia las tres de la tarde, se escabulló un momento para hablar a solas con Davina Jennings. Después de hablar un rato con Connor y darle un montón de abrazos, le contó que Edward se había convertido en socio de Jennings Engineering.

-Tengo que admitir que está llevando muy bien lo de haberte perdido -le confesó Davina con tristeza-. La verdad es que ahora que ha pasado algo de tiempo, creo que estaba más interesado en el negocio que en ti. Tomaste la decisión adecuada.

En ese momento, Davina puso en la mano de Milly una joya que le era muy familiar.

-La pulsera, te la dejaste en tu dormitorio.

-Pero, no puedo quedármela, era de tu abuela.

-Milly, tú siempre serás parte de nuestra familia -le dijo Davina con dulzura-. Pero, ahora que has recuperado la memoria, me gustaría que me dijeras cómo llegó la pulsera a tus manos.

-Lo compré en un mercadillo un par de días antes del accidente -

aquel día Milly dio la vuelta a la pulsera y vio la palabra «Faith», no se le ocurrió que fuera un nombre. Para ella era un mensaje para que tuviera fe, para que siguiera luchando por muy difíciles que se pusieran las cosas. Se la puso y la llevó como un talismán desde el día que tomó el tren hacia Cornwall.

-Ahora te pertenece. Al menos a ti te gustó lo bastante como para comprarla -comentó Davina llena de pesadumbre-. Bueno, ya está bien. ¿Has vuelto a hablar con la policía sobre el accidente?

-Gianni creía que debía llamarlos, así es que anteayer hice una nueva declaración. Pero me temo que, ni habiendo recuperado la memoria, les pude dar ningún dato que les pudiera ser de utilidad.

-Bueno, no es culpa tuya. Por cierto, Gianni me ha hablado de las indagaciones que ha estado haciendo por nosotros. Estoy convencida de que, si es posible localizar a nuestra hija después de tanto tiempo, él es el único que puede hacerlo. Aunque el día que nos obligó a decirte la verdad no me fié mucho de él. Tendría que haberme dado cuenta de que, después de haber conseguido encontrarte, le daba miedo volver a perderte -explicó sonriendo.

Milly se rió ante la idea de ver a Gianni asustado.

-¡Tiene nervios de acero!

-No cuando es algo relacionado contigo -respondió Davina con total convicción.

Después de la cena, Connor se quedó dormido en los brazos de su madre.

-Es hora de que se vaya a la cama -dijo Gianni.

Barbara Withers estaba absorta bailando y Gianni estaba dispuesto a intervenir hasta que Milly le regañó por no tener en cuenta los sentimientos de sus empleados.

-¿Cuántos empleados tienes tú? -le preguntó él mientras subía a Connor a su dormitorio.

-Ninguno... pero sé lo que está bien y lo que no -respondió Milly sin dejarse acobardar-. A veces creo que eres demasiado exigente.

Gianni observó su mirada desafiante y valiente y se echó a reír.

-¡Dio mío... cuánto te he echado de menos!

A Milly se le cortó la respiración al oír tal confesión.

-A veces me pregunto si no perdería la memoria para no tener que enfrentarme al recuerdo del dolor -admitió con nerviosismo.

Las palabras de Milly provocaron un silencio sepulcral. Consciente de acababa de ir contra lo acordado, recogió a Connor de los brazos de Gianni y lo metió en la cama. Pero no iba a ser ese el único momento de tensión de la noche. Al volver de acostar al niño, una chica morena se acercó a hablar con Gianni.

-¿Cómo es que Stefano no está aquí?

Milly notó que la mano que Gianni tenía en su espalda se ponía increíblemente tensa.

-Es que no está bien.

-Dios, ¿es algo serio?

-Me temo que sí.

-Pobre Stefano -contestó la chica apenada-. Parece que no tiene mucha suerte últimamente. Solía ser tan divertido.

-A lo mejor es que por fin ha madurado -sugirió Gianni secamente.

Rápidamente, llevó a su mujer hasta la pista de baile. Pasaron bastantes minutos hasta que Milly consiguió volver a respirar con normalidad. ¿Habría invitado a Stefano a la boda? ¿O acaso lo que acababa de oír había sido solo una excusa para justificar la ausencia de su único hermano?

-Quería que este fuera un día maravilloso -susurró Gianni con rabia.

-Lo ha sido. ¡No se te ocurra pensar lo contrario! He conocido a cientos de personas y todos han sido encantadores conmigo. He conseguido ser el centro de atención sin que nadie pensara que era tu trofeo. ¡Y, por primera vez desde que te conozco, has apagado el teléfono móvil!

Sus brillantes y por fin alegres ojos observaron el rostro radiante de felicidad de su esposa con tal intensidad que Milly sintió mariposas en el estómago. Arrimándola hacia sí, se quejó de la incómoda diferencia de altura que había entre ellos. Así que la levantó hasta salvar esa diferencia. La besó con tal ansia que cuando volvió a poner los pies en el suelo, ella estaba temblando como una hoja.

-Necesito estar a solas contigo. Te quiero para mí solo, cara mía -dijo Gianni encerrándola entre sus brazos.

-Pues me temo que vas a tener que esperar.

-Si hubiéramos podido irnos de luna de miel, habríamos salido de aquí hace horas -protestó él lleno de frustración.

-¿Y por qué no hemos podido?

-Porque no podíamos llevamos a Connor al extranjero. No tiene documentación.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Milly frunciendo el ceño.

-Milly, tú pudiste volver a tu verdadera identidad porque ya existía de antes. Sin embargo, nuestro hijo está registrado como hijo de Faith Jennings. Eso habrá que arreglarlo antes hacerle el nuevo certificado de nacimiento.

-¡Dios, nunca había pensado en ello!

-Ya está en trámites, no te preocupes. En cuanto pase el día de Navidad, me pondré a buscar una playa cálida y desierta para recibir al Año Nuevo.

-¿Con Connor, un cubo y una pala?

-Por ahora, la fantasía es lo único que tengo -contestó Gianni bromeando, a la vez que conducía sus pasos hasta detrás de una columna, donde, alzándola de nuevo hasta su altura, volvió a poseer su boca con ansiedad.

Milly se sintió arder.

-Gianni...

-Estoy como si hubiera bebido demasiado champán. Me empujas hasta el borde del precipicio. A veces te necesito tanto, que creo que voy a romperme.

Al aturdimiento del deseo, se añadió una oleada de la más pura felicidad. ¿Se habría dado cuenta de lo que acababa de decir? Había dicho necesitar, no desear. Gianni, que se jactaba de no haber necesitado nunca a nadie ni a nada, cuya creencia en la autosuficiencia era famosa, acababa de admitir que la necesitaba.

Sin embargo cuando, unas horas más tarde, se encontraron por fin en la intimidad de su dormitorio, Gianni se transformó en la personificación de la paciencia. La despojó del vestido de novia con manos delicadas y cuidadosas. Amó cada poro de su piel mientras la iba desnudando poco a poco, hasta que ella ya no aguantó más, se moría de deseo y le suplicó que la hiciera suya del todo y cuando por fin su cuerpo entró en el de ella, fue la experiencia más maravillosa del mundo.

Dos semanas después, Gianni observaba cómo Milly encendía las luces del árbol de Navidad que habían colocado en el salón de Heywood House.

Sonreía como una niña. Aquel era el tercer árbol que adornaba esa semana. Habían ido de compras a Harrods y a muchos otros sitios hasta encontrar todo lo necesario. Milly le había hecho ver que la casa era muy grande y que no estaba haciendo nada más que lo necesario. La verdad era que ella adoraba las Navidades y le encantaba cumplir todas y cada una de las tradiciones, incluso dejar una copa para Santa Claus en Nochebuena.

-¿Qué te parece? -le preguntó de pronto.

-Espectacular -Gianni se quedó embobado mirando aquel rostro sonriente, el pelo cayendo en cascada sobre los hombros y los chispeantes ojos azul zafiro-. Las Navidades no eran lo mismo sin ti,

cara mía.

Milly se quedó inmóvil con miedo a darle demasiada importancia a esa clara referencia al pasado.

-¿Ah, no?

-No. Dejé de celebrarlas -admitió él.

-¡Oh. Gianni! -Milly se enterneció al imaginarse lo que describían sus palabras. Lo rodeó con sus brazos y lo cubrió de besos-. ¡Vamos a pasar las Navidades más felices del mundo!

Lo dijo totalmente convencida de que sería así. Habían pasado juntos todas y cada una de las horas de las últimas dos semanas, amándose y riendo. Nunca había sido tan feliz, nunca había visto a Gianni tan relajado y satisfecho.

Gianni le demostraba a cada momento que podía dejar a un lado el sórdido incidente con Stefano. Mientras no se hablara del tema, todo iría bien. Ella todavía no podía entender cómo era capaz de hacerlo. Tal vez fuese porque sabía que aquella noche no llegaron a nada en el terreno sexual. Gianni había aceptado la versión de su hermano: que ella se sentía sola y él estaba borracho y que por unos minutos el deseo había podido más que la decencia.

Esa misma tarde, Milly estaba en los brazos de Gianni frente a la chimenea de la biblioteca, contándole entre besos cómo iba a ser la nueva rosaleda que estaba planeando cuando se oyó el timbre de la puerta.

Con una exclamación de fastidio, Gianni se levantó a abrir la puerta. Milly se quedó sentada con los ojos cerrados y algo adormecida.

-Despierta, cara mía. Tenemos visita.

Algo en la voz de Gianni le hizo sentirse inquieta. Abrió los ojos con esfuerzo y después con consternación al ver al joven que se encontraba ya en el centro de la habitación. Era Stefano.

Capítulo 10

El rostro de Stefano tenía tanta tensión acumulada que parecía mucho mayor de lo que era en realidad. Llevaba el pelo más corto y estaba mucho más delgado. Toda aquella efervescencia juvenil parecía haberlo abandonado. Su mirada esquivaba los ojos de Milly y de Gianni.

-¿Alguien quiere beber algo? -preguntó Milly poniéndose en pie.

-No, gracias... Tenemos que hablar -anunció Stefano fríamente.

-Hablaremos en otro sitio -propuso Gianni con tranquilidad, pero miró a Milly como dando a entender que hubiera esperado que se sintiera más incómoda por la presencia de su hermano.

-Necesito que Milly esté presente -dijo Stefano con firmeza-. Y tú, Gianni, tienes que prometerme que vas a escucharme. No me importa lo que hagas después, pero tienes que darme una oportunidad para que me explique. Eres mi hermano y he sido muy injusto contigo -empezó a decir Stefano agachando la cabeza-. Yo te he mentido, te he engañado. No hice nada cuando pude ayudarte. Ví un reportaje de la boda en la prensa del corazón y me enteré de todo... del accidente de Milly, todo... me imagino que ya no he podido aguantarlo por más tiempo.

Milly tuvo que sentarse de nuevo porque le temblaban las piernas. Por lo que a ellos dos se refería, era como si ella no estuviera allí.

Gianni estaba inmóvil.

-¿En qué me has mentido?

-Sobre aquella noche en Nueva York con Milly -dijo Stefano torpemente.

-Pero si no te hacía ninguna falta mentir. ¡Yo lo ví con mis propios ojos!

-¡Tú nunca me habrías perdonado por lo que hice! -explotó Stefano crudamente-. Habrías pensado que era una especie de pervertido. ¡Tuve que mentirte! Era ella o yo.

Gianni tenía el rostro lívido y demacrado.

-Milly me dijo que tú la habías acosado...

El silencio envolvió la habitación como una enorme burbuja de cristal a punto de estallar.

Milly se aclaró la garganta y se dispuso a hablar.

-Stefano me dijo que me quería. Estaba borracho. Yo me

encontraba mal y le dije que se fuera a casa -explicó ella-. Oí el ruido de la puerta mientras estaba en el baño. Pensé que se había ido...

-Abrí la puerta, pero luego cambié de opinión -dijo el hermano más joven entre dientes.

-Así que me metí en la cama y me quedé dormida.

Gianni la observó y luego miró a su hermano con incredulidad.

-La ví dormida. Solo quería besarla. Solo eso. ¡Lo juro! -prometió Stefano sintiéndose débil ante la mirada amenazante de su hermano.

-Creo que a lo mejor pensaste que si me besabas serías capaz de demostrar que yo te respondería -intervino Milly con desprecio-. Estabas enfadado conmigo. Había herido tu orgullo y solo por eso ¡casi me matas de miedo!

-¡Estaba como una cuba... apenas sabía lo que estaba haciendo!

Gianni tenía los puños cerrados y miraba a su hermano con profunda repulsión.

-Me pregunto cuántos violadores dicen lo mismo.

Milly se volvió a poner en pie, a punto de entrar en erupción como un volcán.

-¡No te las des de santo ahora! -le gritó a Gianni con furia-. Si Stefano hubiera sido un violador, tú le habrías abierto las puertas de par en par. ¡Tú te marchaste y me dejaste allí con él!

Gianni se quedó helado mirando a Milly con profundo dolor en el rostro.

-No tenía intención de asustarte, pero al despertarte te pusiste como loca, como si te estuvieran atacando...

-¡Es que la estaban atacando! -exclamó Gianni con los dientes apretados intentando controlar su furia-. Cuando tocas a una mujer sin su consentimiento, la estás atacando.

-¡Me asusté! Cuando tú nos viste solo estaba tratando de sujetarla para que se calmara.

-¿Cómo demonios esperas que me crea eso? ¡Eres un canalla mentiroso! Aquella noche viniste a mí llorando, explicándome que no habías podido resistirte a sus insinuaciones. No era suficiente haber atacado a una mujer embarazada, sino que además decidiste destruir nuestra relación con tal de ocultar lo que habías hecho,

Stefano se dejó caer sobre el escritorio en busca de apoyo.

-Gianni, yo entonces no sabía que estaba embarazada. ¡Si lo hubiera sabido, no la habría tocado! Dio mío... sé que la asusté, ¡pero de verdad no era mi intención!

Milly observó a Stefano sin ocultar su desprecio.

-Esa defensa tendría algún valor si hubieras retirado todas tus mentiras después de pensar en el daño que estabas provocando. Pero incluso semanas después de aquella noche, seguías empeñado en continuar mintiendo.

-¿Estás diciendo que viste a Stefano después de aquella noche? -Gianni parecía aturdido.

-Gianni, una vez me preguntaste por qué había ido a Cornwall hace tres años. Te lo voy a decir. Fui allí a enfrentarme con él. Averigüé dónde estaba haciéndome pasar por una amiga de su novia para que su madre me diera la dirección.

Stefano tenía la mirada perdida en el vacío.

-¿Fuiste a Cornwall a verlo? ¿Por qué? -el asombró impedía a Gianni sacar conclusiones lógicas.

-Milly quería que te dijera la verdad -habló Stefano avergonzado-. Intentó convencerme diciéndome que estaba embarazada, pero yo ya lo sabía porque me lo habías contado tú. Me puso furioso que me hubiera localizado. No quería tener nada que ver por si tú te enterabas, podrías haber empezado a dudar de mi historia y pensar que teníamos una aventura...

-¡Per amor de Dio...! -Gianni miró perplejo a su hermano y le dio la espalda.

-Cuando llegué, Stefano había estado ahogando sus penas en alcohol otra vez -reveló Milly con pesar-. Había tenido una pelea con su novia y ella se acababa de marchar dejándolo allí solo.

-Era demasiado tarde para decir la verdad. Ya estaba hundido hasta el cuello. Lo único que podía hacer era enfrentarme a lo que ya estaba hecho -argumentó Stefano.

La mirada de Gianni estaba clavada en Milly.

-¡Dime que la noche de la que estás hablando no es la misma del atropello! -le pidió casi suplicando.

-Sí, fue esa misma noche. Fue hasta allí en taxi, pero le dije que se marchara.

Al ver cómo lo estaba mirando su hermano, Stefano dio unos pasos para alejarse de él.

-¡Hasta que no lo ví en los periódicos la semana pasada, no supe lo que le ocurrió a Milly aquella noche! ¿Cómo iba a saberlo? Ella se marchó, yo pensé que tendría el coche en la puerta.

-Tampoco te importaba demasiado -lo acusó ella desesperada-. Me echabas a mí la culpa de la situación en la que estabas con Gianni.

-Yo volví a Nueva York a la mañana siguiente -continuó insensible, como si ella no hubiera hablado-. No tenía la menor idea

de que la hubieran atropellado al marcharse de allí.

-Pero pocos días después sí te enteraste de que yo la estaba buscando desesperado -intervino Gianni iracundo-. ¡Aun así no fuiste capaz de decirme ni palabra! Pudiste contarme que la habías visto en Cornwall. La busqué por toda Francia durante meses, mientras en Inglaterra la identificaban como otra mujer.

-Yo no sabía nada de eso -insistió Stefano con el rostro totalmente empapado en sudor-. Si he venido hoy aquí, es porque ya no aguantaba más el cargo de conciencia.

-No, has venido porque ahora Milly es mi mujer. Diste por hecho que yo ya sabría todo esto y creíste que confesar era la única opción que tenías.

-Eso no es cierto, Gianni -protestó su hermano sin color en el rostro.

-Tu conciencia ha despertado demasiado tarde. No estabas contento con hacer daño a Milly una vez y se lo hiciste otra. También me privaste de disfrutar de los primeros años de vida de mi hijo -le reprochó Gianni violentamente-. Pero lo que nunca, nunca podré perdonar es la equivocación que yo mismo cometí. Puse la lealtad a la familia por encima de todo... Eres como nuestro padre. Todo debilidad, mentiras y falta de escrúpulos. Es lo que me merezco por ser tan estúpido, ¿no?

Con la mirada fija en su hermano, Stefano parecía estar menguando.

-Yo no soy así... no lo soy. He cambiado mucho desde entonces. Tuve que mentirte... estaba asustado.

Entonces, Gianni le contestó algo en italiano, a lo que su hermano contestó con una verdadera súplica.

-¿Cómo iba admitir la verdad sabiendo que me matarías? ¿Crees que en cuanto te ví en el apartamento no me di cuenta de que ella sería lo primero para ti? Era ella o yo... ¡tienes que entenderlo!

-Vete a casa, Stefano -le sugirió Milly agotada.

Gianni no dijo nada, era como si Stefano se hubiera vuelto invisible. Este lo miró un segundo suplicando perdón y se marchó en silencio.

De pronto, Gianni soltó una fría carcajada que le puso a Milly los pelos de punta.

-¡Porca miseria! ¡Y pensar que yo tenía celos de ese infeliz!

-¿Celos? -preguntó Milly sorprendida-. ¿De Stefano…?

Gianni respiró hondo.

-Sí, mucho antes de aquella noche, cada vez que os veía juntos, me moría de celos -admitió amargamente.

-No puedo creerlo... ¿Cómo demonios...?

-Tenías muchas cosas en común con él. Hablabais de cosas que yo desconocía por completo... música tecno, discotecas. Utilizabais el mismo lenguaje, hacíais las mismas bromas -enumeró Gianni dolido-. Yo te llevaba a cenas y a museos y veía cómo te aburrías.

-No podías pretender que tuviéramos los mismos gustos, las mismas aficiones...

-No me sentí así hasta que apareció Stefano.

-Pensé que te gustaba que nos lleváramos tan bien.

-Claro que me gustaba -las palabras de Gianni dejaban ver el desprecio por sí mismo que le provocaban esos sentimientos-. A veces, te llamaba desde el extranjero y podía oír a mi hermano bromeando y haciéndote reír. Me moría de celos y no podía evitarlo. Pero hasta aquella noche en que te ví con él, pensaba que era todo cosa mía; creía que estaba siendo poco razonable. Aquella noche quería darte una sorpresa. Estaba de muy buen humor. Pero cuando te ví en la cama con Stefano fue como ver todos mis temores hechos realidad. Si hubiera permanecido allí un segundo más, lo habría matado con mis propias manos. No podía soportar ni mirarte, así que no lo hice.

Siempre se protegía a sí mismo de aquellos sentimientos que no se veía capaz de afrontar.

-Tomaste el camino más fácil, como de costumbre -se lamentó Milly.

-No fue el camino más fácil, cara mía.

-Gianni, entiendo que te fueras para no matar a Stefano. Sinceramente, no me importaba lo más mínimo qué hicieras con él. Pero fue lo que hiciste después lo que destrozó nuestra relación.

-¡Fueron las mentiras de Stefano lo que nos destrozó!

-No. Eso solo lo consiguió tu empeño en no volver a verme -dijo Milly con sus bellos ojos azules inundados de dolor-. No me importa lo que creyeras que yo había hecho. Habíamos estado juntos dos años y llevaba un hijo tuyo en mi vientre. Tenía derecho a hablar contigo. ¿Y tú qué hiciste? Te negaste a recibir mis llamadas siquiera y... ¡te largaste al Caribe con otra!

-¡No tienes por qué preocuparte por eso! -le aseguró-. Nunca llegó a pasar nada entre nosotros... yo no quise.

-Eso no es lo importante -rebatió Milly disimulando lo que la satisfacía haberle oído decir eso-. Lo que importa es que me abandonaste y te negaste a hacer frente a lo que había pasado entre nosotros.

-A ver si he entendido bien -dijo Gianni con los ojos encendidos-.

¡Me estás acusando a mí, Gianni D'Angelo de huir como un cobarde!

Milly asintió.

-¿Y por qué tardaste tanto en decirle a Stefano que estaba embarazada?

Gianni frunció el ceño desconcertado.

-No era asunto suyo.

-¡Por Dios, es tu hermano!

-Todavía no sabía cómo hacer frente a la situación. No estaba preparado para hablar de ello con nadie excepto contigo.

-Y ni conmigo, si podías evitarlo. Estuviste todo ese tiempo pensando si seguir conmigo o dejarme, ¿no es así?

Gianni le lanzó una mirada fulminante.

-¡Dio... no fue así en absoluto!

-La rapidez con la que aprovechaste la mínima oportunidad para dejarme no dice mucho en tu favor.

-¡Estaba pensando en casarme contigo!

-¿Pensando? -repitió Milly con tranquilidad-. Nunca pasaste de ahí. Yo confiaba en ti. Te había amado durante dos años, pero eso no era suficiente para convencerte de que teníamos algo por lo que merecía la pena luchar -Milly miró hacia otro lado al notar que los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

Gianni se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos sin dejarse influir por la leve resistencia que oponía.

-No dejes que esto nos separe ahora. Cometí algunos errores... Bueno, de acuerdo, cometí muchísimos errores, pero en cuanto me enteré de que te habías ido de París, me puse a buscarte como loco.

-Por el niño. Si no hubiera sido por Connor, seguiría por ahí perdida.

-Estás muy alterada, no sabes lo que dices -le dijo Gianni totalmente convencido-. Está bien, no me porté como debía después de lo de Stefano, pero cuando lo asimilé...

-¿Es que no puedes admitir que estabas dolido, como haría una persona normal? -le preguntó Milly desesperada al ver que seguía sin dejarle cruzar el muro que él había levantado.

Gianni se separó de ella con gesto de dolor.

-Me voy a dar un paseo.

-¡Tú no te vas a ningún sitio! ¡Como salgas de esta casa, no volverás a entrar! -le advirtió furiosa.

-Ahora mismo estás muy enfadada conmigo y yo no sé qué decirte para defenderme -dijo Gianni rígido como un tablón de madera-. Ni siquiera me has dado la oportunidad de disculparme por haber pensado tan mal de ti.

-No quiero tus disculpas. Admito que la imagen que dábamos aquella noche no era nada buena, que estabas muy celoso y eso te llevó a malinterpretar lo que viste. Incluso admito que Stefano sea un mentiroso muy convincente y que te fiaras más de él que de mí.

-Entonces, ¿qué es lo que no admites?

-El vacío que hay en ti a la hora de expresar lo que sientes.

-Para ti nada es suficiente, ¿verdad?

-Ya no voy a seguir tus normas. Siempre era yo la que se arriesgaba... ahora te toca a ti. Tengo ganas de ver cómo te expresas sin la ayuda del sexo.

-Seguramente muy mal -admitió Gianni desconcertándola por completo-. Quieres humillarme por no haber creído en ti hace tres años.

-Gianni... ¿de verdad crees que yo te haría eso?

Entonces Gianni dio media vuelta y salió de la habitación. Milly emitió un sollozo ahogado al darse cuenta de que quizás sí se estuviera vengando un poco de él. Se limpió las lágrimas y, tomando fuerzas, fue en busca de Connor. Gianni lo había encontrado antes. Estaban sentados en la alfombra, el uno frente al otro.

-¿A ti te pregunta todo el tiempo qué tal estás? -le preguntaba sonriente Gianni a su hijo-. ¿Quiere siempre saber hasta el más insignificante de tus pensamientos?

Connor lo miró con una sonrisa encantadora.

-¿Galletas?

-Sí, me imagino que tú saldrás ganando siempre que compartas tus pensamientos con mamá. Tus deseos se hacen realidad al instante -Gianni se quedó pensando un segundo-. ¿Crees que podría funcionar igual para mí?

Milly retrocedió por el pasillo conteniendo la risa. Era una maravilla verlos juntos, Connor jugando mientras su padre se desahogaba.

Una hora después, Gianni entró en el dormitorio. Milly acababa de salir de la ducha y solo llevaba una toalla, se quedó inmóvil al verlo en la habitación. Gianni le lanzó una mirada malévola que desprendía seguridad en sí mismo.

-Bueno, ¿de qué quieres que empiece a hablar?

-De nosotros -contestó Milly en un susurro.

Gianni respiró hondo.

El silencio se hizo eterno, hasta que Milly ya no pudo aguantar más.

-¿Por qué conservaste la casa de París?

-Porque, si alguna vez decidías volver a casa, necesitarías un lugar donde vivir -explicó Gianni con toda naturalidad.

-¡Pero en todo ese tiempo no cambiaste absolutamente nada!

Gianni se encogió de hombros.

-Sí, lo conservé como un santuario.

Milly estaba anonadada.

-Cuando quería sentirme cerca de ti, iba allí a pensar, aunque nunca fui capaz de quedarme a dormir. Siguiente pregunta -le dijo Gianni como si estuvieran en un concurso.

-¿Por qué ahora puedes hablar así conmigo y antes no?

-Tengo que confiar en ti, eres mi mujer -suspiró agotado, como si esa última pregunta hubiera ido demasiado al fondo.

-He sido una estúpida. Antes no podías confiarme las cosas porque pensabas que había sucumbido a Stefano.

-Trataba de protegerme. Seguramente me haya protegido más contigo que con cualquier otra mujer con las que he estado -admitió con el rostro lleno de tensión-. Desde el principio, me sentía muy vulnerable hacia ti. Y eso no me gustaba nada, no me gustaba no tener el control de la situación.

-Pero sí que controlabas la situación cuando te quedabas callado.

-No era deliberado. Tú siempre analizas tus sentimientos, yo había aprendido a controlar los míos y estaba contento con ello. Cuando te conocí, fue sencillo continuar haciéndolo porque tú sabías lo que quería sin necesidad de decirlo. No tenía que hacer ningún esfuerzo... hasta que me dijiste que estabas embarazada y también tú dejaste de hablar. Nuestra relación se quedó sin voz, cara mía. Siempre intenté demostrarte que me importabas, pero de pronto eso dejó de ser suficiente. Sentí cómo cambiaste. Empecé a darle vueltas a lo de pedirte que te casaras conmigo, pero no quería que aceptaras solo por el niño. Sabía que no eras feliz. Por eso sentí tantos celos de Stefano. Los problemas ya estaban ahí antes de que él apareciera.

-Sí -admitió Milly sorprendida por su habilidad para razonar las cosas. Era cierto que ella cambió en aquellos meses-. Me sentía muy insegura.

-Por eso dejaste de decirme que me querías -Gianni dejó salir una triste carcajada-. Me acostumbraste a oírlo y de pronto me dejaste sin ello. Considerando que yo nunca te respondía, tengo que admitir que tenías valor. Pero yo no paraba de preguntarme qué te ocurría, pensé que quizás me culpabas del embarazo.

-¡No! -exclamó rápidamente Milly dolida de que pudiera pensar tal cosa.

-Por eso intenté no hablar del bebé. Me sentía muy culpable. Creo que me arriesgaba tanto contigo porque, inconscientemente, quería obligarme a mí mismo a comprometerme contigo.

-Pero te enfadaste mucho cuando te dije que me había quedado embarazada.

-Tuve miedo de no estar a la altura como padre -admitió Gianni con tristeza.

-Gianni, eres un padre maravilloso -le dijo Milly tiernamente.

-Estoy aprendiendo -se encogió de hombros con vergüenza-. Te decepcioné mucho y no estoy nada orgulloso de mi comportamiento. Me avergüenzo de haber creído a mi hermano en vez de a ti. Sabía que a él podía enfrentarme y no estaba tan seguro de poder hacer lo mismo contigo. La palabra «dolido» no expresa ni mucho menos lo que sentía.

-Lo sé -Milly salvó la distancia que había entre ellos y lo abrazó fuerte sintiendo su corazón latiendo con la misma fuerza que el de ella.

-No, por una vez, creo que no te puedes hacer a la idea -le dijo estrechando su cara entre sus fuertes manos-. Cuando te ví con Stefano, fue como si alguien me estuviese arrancando la vida. Te habías convertido en una parte tan importante de mí que estar sin ti era como romperme en dos. La mitad que quedó apenas podía seguir adelante.

Milly lo miró como hipnotizada.

-Tardé mucho en enamorarme, pero tardé incluso más en darme cuenta de que estaba enamorado -Gianni la observó emocionado y sin molestarse en ocultar esa emoción-. Cuando por fin me di cuenta, tú habías desaparecido.

-Tú me amabas... -dijo Milly con la voz entrecortada. Destrozada por una confesión que llegaba con tres años de retraso-. ¡Es horrible!

Gianni la levantó del suelo para llevarla en brazos a la cama.

-Solo quiero que hablemos y hacer que te sientas mejor. -Al estrecharla entre sus brazos la toalla se escurrió dejando al descubierto su pecho agitado por la respiración. Gianni resopló con fuerza- Bueno, en realidad, no hay mucho más que decir. Ahora ya sabes por qué estaba tan empeñado en que volvieras conmigo cuando te encontré.

-Querías a Connor.

-Detrás de cualquier hombre asustado se esconde un gran mentiroso -explicó Gianni a la vez que le ponía las manos en las caderas-. Te dije que era Connor por lo que queria que volvieras, a

mí mismo me dije que era por el sexo. Me decía una y otra vez que no podía confiar en ti, pero luego lo olvidaba. Lo que en realidad quería era todo... que todo volviera a ser como antes.

-Tu proposición de matrimonio me ofendió muchísimo... -le dijo antes de besarlo.

-No quería que supieras que deseaba desesperadamente que aceptaras porque todavía te amaba. Ni siquiera podía reconocerlo ante mí mismo.

-Gianni... -suspiró Milly extasiada-. Eso es lo que siempre he querido oír.

-Me hiciste pasar más pruebas que a un león de circo. Cuando hacía lo que querías, recibía la recompensa. Si no era así, me castigabas. Los primeros seis meses que estuve contigo fueron como un continuo terremoto.

Milly recorrió provocativamente sus fuertes muslos con las manos y observó el agradecimiento en aquellos ojos salvajes.

-Pero siempre te he amado -dijo seductora.

-Eres bella, inteligente, sexy y exigente...

-Muy exigente -matizó ella.

-No permitiré que nada ni nadie te vuelva a hacer daño -le prometió con la sonrisa más tierna y maravillosa del mundo.

Aunque el corazón estaba a punto de estallarle de felicidad, Milly sabía que todavía tenía algo que decir.

-Pero tienes que cuidar de tu hermano -le dijo con mucha suavidad.

-¿Te has vuelto loca? -le preguntó Gianni perplejo.

-Hoy parecía que estaba a punto de derrumbarse, en el fondo sabes que te necesita para salir adelante. Sé que no comprendes el modo en el que ha actuado, pero tú eres lo único que tiene, eres responsable de él -explicó en tono comprensivo.

-¡No es posible que le hayas perdonado lo que te hizo!

-Hace tres años, durante un momento me dio muchísimo miedo... pero después él estaba mucho más asustado que yo. Alguien con tanto miedo no podía comportarse de forma noble o sincera.

-¿Cómo es que eres tan comprensiva con él y tan dura conmigo?

-Tú eres una planta fuerte y frondosa mientras que él es una débil plantita que necesita que la ayuden a crecer.

-Cara mía, realmente sabes como tocar el lado sensible de un tipo como yo. ¿Sabes que la noche que preparaste aquellos pasteles de manzana estaba muerto de hambre?

-No, pero me alegro de saberlo.

-Puedes volver a prepararlos para mí.

-A lo mejor...

Milly entreabrió los labios con impaciencia.

-Bueno, no creo que volvamos a tener ningún problema de comunicación -proclamó satisfecho.

Tentada de decirle que lo había oído mientras ensayaba con su hijo, Milly se puso encima de él y lo empujó contra el colchón y gimió desesperada.

-Por favor, ¡cállate y bésame!

Seis días después, el día de Nochebuena, Milly escuchaba a Gianni leer a Connor un cuento sobre Santa Claus y los renos. Podía contestar todas las preguntas que le hacía el niño. No estaba nada mal para alguien que nunca había celebrado las Navidades cuando era niño.

Gianni bajó sonriente de dejar al niño en la cama.

-El año que viene no podremos acostarlo tan temprano. Ya se dará cuenta de todo.

Milly pensó en los acontecimientos de aquella semana. Toda la publicidad sobre la boda y sobre su falsa identidad había tenido importantes consecuencias para la familia Jennings. Su hija desaparecida les había escrito una carta de arrepentimiento desde el norte de Escocia.

Divorciada y con tres hijos, la verdadera Faith Jennings les explicaba que, cuanto más tiempo pasaba, más dura le resultaba la idea de ponerse en contacto con ellos. Sus padres y ella estaban planeando verse en Año Nuevo. Robin y Davina estaban emocionados ante la idea de volver a ver a su hija y convencidos de que debían aceptar su independencia. Milly creía que todo saldría bien porque Faith parecía bastante triste en la carta.

Gianni también había visto a Stefano y habían hablado. Aquella conversación provocó en Gianni un fuerte sentimiento de culpabilidad por no haber advertido nunca lo que Stefano dependía de su apoyo, o lo destrozado que se había quedado cuando dejó de tratarlo como a un hermano y solo lo ayudaba económicamente. Era demasiado pronto para decirlo, pero Milly pensaba que el proceso de recuperación estaba en marcha.

Gianni colocó un paquete envuelto en papel de regalo delante de Milly.

-Los regalos de verdad son mañana, esto es solo un capricho que te compré hace siglos.

Milly arrancó el papel y encontró un precioso ángel dorado

dentro de una bola de cristal en la que caía nieve.

-¡Gianni... es precioso! -suspiró deleitada-. ¿Dónde lo has conseguido?

-En Nueva York.

-Pero si no has ido a Nueva York desde...

-El año pasado -admitió Gianni.

-¡Pero si entonces todavía no me habías encontrado! -exclamó Milly al tiempo que empezaba a abrazarlo y a cubrirlo de besos.

Cuando el deseo se empezó a hacer demasiado intenso, ella dio un paso atrás.

-A veces te quiero tanto, que creo que no puedo aguantarlo... pero tenemos que dejar una huella de hollín al lado de la chimenea para que Connor vea por dónde ha entrado Santa Claus -le explicó disculpándose.

-Con la cantidad de chimeneas que hay en esta casa, a lo mejor: deberíamos poner una bandera en el tejado para que el pobre hombre no se haga un lío -sugirió Gianni burlón a la vez que volvía a rodearla con sus brazos, convencido de que podían poner las huellas más tarde, en lugar de en ese preciso momento.

-¡Gianni, la magia no necesita banderas!

-Tú eres la magia de mi vida, cara mía. Te quiero.

Lynne Graham - La amante del siciliano (Harlequín by Mariquiña)